MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

EL TOREO

GRAN DICCIONARIO TAUROMÁQUICO.

aprovecha
Lomeras

POR J. SANCHEZ DE NEIRA

EL TOREO

GRAN DICCIONARIO TAUROMÁQUICO

COMPRENDE

TODAS LAS VOCES TÉCNICAS CONOCIDAS EN EL ARTE;
ORÍGEN, HISTORIA, INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES, DEFENSA Y UTILIDAD
DE LAS CORRIDAS DE TOROS;
EXPLICACION DETALLADA DEL MODO DE EJECUTAR CUANTAS SUERTES ANTIGUAS Y MODERNAS
SE CONOCEN, LO CUAL CONSTITUYE EL MÁS EXTENSO

ARTE DE TOREAR

TANTO Á PIÉ COMO Á CABALLO, QUE SE HA ESCRITO HASTA EL DIA;
BIOGRAFÍAS, SEMBLANZAS, BOCETOS Y RESEÑAS
DE ESCRITORES, ARTISTAS, LIDIADORES Y OTRAS PERSONAS
QUE CON SUS TALENTOS, INFLUENCIAS Ó DE CUALQUIERA MANERA HAN CONTRIBUIDO
AL FOMENTO DE NUESTRA FIESTA NACIONAL;
GANADERÍAS, HIERROS, DIVISAS, PLAZAS, INSTRUMENTOS
DEL TOREO, ETC., ETC.,

POR

J. SANCHEZ DE NEIRA.

TOMO PRIMERO.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, número 5.
1879

4

ES PROPIEDAD DE MIGUEL GUIJARRO.

AL PÚBLICO.

Los libros no son onzas españolas
que en todas partes con aplauso corren
y que se recomiendan por sí solas
aunque poco se gasten ó se borren.
A mi quien me critica no me aflige;
á mi me hace un favor quien me corrige.

ZORRILLA.

Presento á la consideracion del público este libro que hace tiempo empecé á escribir, excitado por amigos aficionados al espectáculo nacional, que han supuesto en mí, reconociendo sin duda la fatal experiencia que dan los años, conocimientos en el arte taurino que indudablemente poseen otros con más extension y profundidad.

Mucho tiempo traté de resistir dichas excitaciones amigables; pero la insistencia fué cada vez mayor. Conocí la utilidad y áun necesidad de una obra de esta clase, que no tiene igual hasta ahora; aproveché algunos ratos que mis ocupaciones ordinarias me dejaron libre, y me ocupé en escribirla en la forma que tengo el honor de presentarla.

No sé si agradará, que es mi deseo: tengo, sin embargo, gran confianza en que así suceda, no por su mérito, que poco

tiene, sino porque la índole y forma especial de la obra han de hacer que se consulte y tenga á mano con frecuencia por los que de toros hablen.

Los curiosos y amigos de saber de todo, aunque la funcion favorita de los españoles no sea de su mayor agrado, tambien encontrarán aquí algo que les entretenga, ó al ménos que satisfaga su curiosidad, si hojeando estas páginas buscan noticias antiguas ó modernas, ó datos históricos ó de otra clase que consultar.

Y dicho esto, explicaré el pensamiento que me ha guiado al escribir el libro.

Es cosa demasiado sabida que un gran número de personas, al leer las revistas ó descripciones de nuestras fiestas de toros que se publican por la prensa periódica, no entiende muchas veces el verdadero significado de las palabras técnicas que el uso ha autorizado, pero que la Academia no ha admitido como castizas y puramente castellanas. Muchas de ellas, sin embargo, podrian aceptarse sin escrúpulo: algunas, que el Diccionario de la Lengua comprende, están definidas de distinto modo al en que las entiende el aficionado; y las más, aunque muy usadas é indispensables ya para entenderse, únicamente deben figurar en un *Diccionario* especial, puesto que pueden llamarse convencionales. Resulta de esto que el lector, ó se cansa y aburre cuando no comprende bien lo que lee, ó se burla de las palabras ininteligibles para él; y más de una vez la interpretacion de una frase ha promovido cuestiones, que han sido dirimidas por aficionados antiguos, no siem-

pre unánimes en la definicion de aquéllas, porque suele variar en algo, segun el dialecto particular de cada provincia.

Para remediar esto hasta donde sea posible, va encaminada gran parte de esta obra, que facilitará á todos el significado exacto del tecnicismo tauromáquico, segun la opinion de los más reputados inteligentes con cuya amistad me he honrado, ya que por ninguno de los escritores que se han ocupado de nuestra diversion nacional, se ha acometido esta empresa con la extension que merece, á nuestro modo de ver.

Pero ya una vez emprendidos los trabajos para esta publicacion, parecióme que no debia limitarme á lo referido, porque comprendí que, ademas de la conveniencia de decir algo sobre el orígen, vicisitudes é influencia de las corridas de toros en las costumbres españolas, es ya necesario é indispensable un *arte de torear*. He acometido esta difícil empresa, describiendo todas las suertes del toreo, con arreglo á lo que he visto en más de cuarenta años de observacion y consultado con personas competentes, sin apartarme de lo preceptuado por los grandes maestros, si bien aumentando las reglas que el moderno toreo exige para las nuevas suertes inventadas.

Creí tambien oportuno hacer detallada mencion de las diversas castas de toros más conocidas en España, condiciones precisas para su lidia, toros célebres y sus divisas, y enumerar las personas más notables que en bellas artes ó por cualquier otro medio han contribuido con sus talentos á ensalzar ó acrecentar directa ó indirectamente la aficion al espectáculo más agradable al pueblo español; porque, francamente hay

que confesarlo: sin el apoyo que de un modo ú otro ha recibido el arte, de personas que han comprendido la necesidad de proteger en todo pueblo la diversion á que más se inclina, ni aquél se hubiera elevado tanto perfeccionándose, ni pasaría de cosa admitida en fiestas de segundo órden, si la lidia hubiese continuado siendo lo que fué en su orígen.

Como complemento, y conociendo el interes que siempre despiertan las hazañas de los que más se han distinguido en las lides taurinas, he incluido extensos apuntes biográficos de los caballeros y toreros, tanto de á pié como de á caballo, que se han conocido desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias. En este punto, puedo decir con seguridad que ninguna de las obras publicadas contiene tantos nombres de lidiadores como la presente; y eso que, por la dificultad de reunir datos, es muy posible que algunos, si bien pocos, hayan sido olvidados por su escasa importancia ó pasajera vida pública.

Fácilmente se comprende que, ademas de várias noticias y documentos de mi propiedad, y áun de la de algunos amigos y antiguos aficionados, á quienes mucho agradezco lo que me han ilustrado, he tenido á la vista cuantas obras hablan de corridas de toros. De sus autores hago mencion en el sitio correspondiente, confesando con ingenuidad que sin el auxilio de todos me hubiera sido imposible escribir esta obra, que he redactado sin pretensiones.

Al principio dudé en cuanto á la forma que debiera dar á esta publicacion, puesto que ni queria tratar las cuestiones del toreo tan ligeramente como la trataron algunos autores,

ni con la extension que lo hicieron otros: lo primero, porque yo doy más importacia al arte que aquéllos; y lo segundo, para evitar digresiones y repeticiones inútiles y fatigosas al lector. Así que, aprovechando la forma que necesariamente habia de dar al vocabulario técnico, me pareció desde luégo la más adecuada la de Diccionario, que sin cansar la imaginacion del que lee con largos artículos históricos, biográficos, descriptivos ó de otra clase, que ocupan generalmente muchas páginas en los libros que he consultado, facilita por el contrario satisfacer en el acto cualquier duda ó curiosidad, con sólo buscar la palabra en el lugar correspondiente. Por eso he podido tratar separadamente, segun mi criterio, cuestiones suscitadas entre aficionados y los que no lo son, dándoles una solucion que es la más admitida entre la mayoría de los inteligentes: por eso tambien doy noticias que, como forman, digámoslo así, capítulos separados, son fáciles de retener en la memoria; y por lo mismo he podido incluir en mi Diccionario los nombres de celebridades que en mayor ó menor escala han contribuido de algun modo al esplendor del arte.

Mi obra no está escrita en competencia con otras ya publicadas, y cuyo mérito soy el primero en reconocer; pero ¿por qué no decirlo? Incluido como está en la presente, no sólo cuanto aquéllas contienen, sino muchísimo más que no ha visto la luz pública, y que es de mi propia cosecha, forzosamente he de considerar mi libro como el más extenso y completo de cuantos hasta ahora se han escrito sobre el arte de torear y sus incidencias.

En una obra de esta clase se echaría de ménos justamente, que el autor se hubiese limitado á tratar del orígen é historia del toreo en artículos cortos y separados, como tienen que ser los que en el Diccionario ocupan un lugar en la palabra ó voz á que corresponden: tambien sería falta imperdonable, ya que la obra ha de hablar de cuanto al arte taurino se refiere, dejar de decir algo en vindicacion de los ultrajes que continuamente se han dirigido y dirigen á nuestra fiesta nacional.

Por eso he escrito la primera parte de la obra, que aunque independiente en un todo del Diccionario, que ocupará el último lugar, reasume, por decirlo así, cuanto conviene saber para apreciar con exactitud lo que han sido ántes las corridas de toros, lo que son en la actualidad, tipos que las constituyen, y apreciaciones que en todas sus incidencias ofrece tan soberbio espectáculo.

El público aficionado, á cuyo juicio me someto, tendrá en cuenta con su acostumbrada benevolencia mis buenos deseos por complacerle.

EL TOREO.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LAS FIESTAS EN GENERAL, Y EN PARTICULAR DE LA DE TOROS.

«Unos hombres frecuentemente congregados á solazarse y divertirse en comun, formarán siempre un pueblo unido y afectuoso, conocerán un interes general y estarán más distantes de sacrificarle á su interes particular. Serán de ánimo más elevado, porque serán más libres, y por lo mismo serán tambien de corazon más recto y esforzado.»

JOVELLÁNOS.

La fiesta favorita del pueblo español, á la que todas las clases sociales rinden tributo, la que ven con miedo por primera vez los extranjeros, con asombro despues, y luégo con entusiasmo y ardiente pasion, ha sido, es y será siempre objeto de acaloradas polémicas, de empeñadas discusiones, sobre la conveniencia de conservarla ó prohibirla.

Este es un privilegio que tiene todo lo grande, todo lo importante, todo lo que sale de la esfera de lo ordinario y comun.

Si se tratara de uno de esos espectáculos insulsos, de ninguna significacion, que inventan los extranjeros y á poco tiem-

po caen en desuso, relegados completamente al olvido por su escasísimo atractivo, poca controversia se suscitaría; nadie hablaría de ello, y la cosa pasaría, como otras muchas, al traves de los tiempos sin dejar tras sí rastro de ninguna clase, como no le deja el humo que despide pobre chimenea de modesto hogar situado en la escondida aldea ó en la cúspide de elevada montaña.

El asunto tiene en sí mismo gravedad bastante, y áun sobrada, para ser estudiado detenidamente.

Al considerarle, nos apartarémos, hasta donde sea posible, de la pasion que ejerce sobre nosotros.

La influencia del clima, el aprecio que todo sér hace de lo que es suyo, y el apego que naturalmente tenemos á conservar aquello que nos legaron nuestros padres, y que nos alegró cuando niños, han contribuido poderosamente á arraigar en todos los españoles la pasion por sus fiestas de toros.

¿Qué extraño es que para muchos se haya hecho una necesidad, para algunos un vicio, presenciar y áun tomar parte en tan soberbio espectáculo?

Pero ante todo debemos hacer una advertencia.

Si el lector es de los implacables detractores de nuestra fiesta nacional, de los que no dan oídos á la razon, que no pase adelante, que cierre este libro y le regale sin leerle; y si le ha costado su dinero, haga caso de lo que dijo Quevedo: «El que compra libros y los escarnece, primero hace burla de sí, que gastó mal su dinero, que del autor, que se lo hizo gastar mal».

Si, por el contrario, le gustan los *galleos*, y las suertes á

piton limpio; si tiene aficion á *derribar*... vacas, ó goza con la descripcion de los *volapiés* en los *rubios,* ó de la estocada recibiendo *por todo lo alto,* mejor que con el *mete* y *saca* por lo bajo, que lea sin temor de disgustarse; que con un poco de aficion y de benevolencia por su parte, es seguro que le ha de agradar lo que digamos.

Nuestra intencion es manifiesta.

Escribimos para negar, con razones que nos parecen convincentes, que la fiesta á que tanto cariño tenemos, dañe en lo más mínimo la moralidad, los buenos sentimientos del pueblo español, calumniado en este particular, como en otros muchos, injusta y duramente por envidiosos extranjeros, hipócritas moralistas y venales filosofastros que siguen el rumbo y derrotero que otros les marcan, sin estudiar ni tener en cuenta qué moviles son los que á los primeros les impulsan, ni qué objeto se proponen.

Porque hay muchos que critican las corridas de toros nada más que porque *suponen* que á las personas ilustradas debe serles repugnante un espectáculo en que hay peligro, sin considerar que precisamente esto constituye su mérito principal, como le constituye en las acciones heroicas, en las arriesgadas exploraciones de países ignotos y en otros muchos accidentes de la vida, que más aplaudidos y elogiados son, cuanto mayor ha sido el trabajo para conseguir un objeto, más grande la dificultad para obtener el fin apetecido, y más expuesto y extraordinario el obstáculo que se ha vencido, ya sea en ciencias, artes, guerras, juegos ó pasatiempos.

Las personas ilustradas, lo mismo que las de las clases trabajadoras, necesitan forzosamente acudir á fiestas y funciones que, aunque sea por poco rato, distraigan su imaginacion de estudios serios, de trabajos de bufete y áun de los disgustos que sus delicadas profesiones les proporcionan; y claro es que, reconocida como lo está universalmente esta necesidad, y la precision de satisfacerla, cada uno se inclina al entretenimiento que más le agrada ó al que le han acostumbrado desde pequeño.

La eleccion de él es á veces hija de la casualidad, otras del instinto, pocas de la reflexion, y muchas de la costumbre ó rutina.

Si el espectáculo agrada, se sostiene y ayuda con la constante asistencia de muchos; éstos enseñan á otros, es decir, los llevan, forman el núcleo que mantiene la aficion, y la propagan y aumentan. Pero en el caso contrario, cuando el espectador no goza, no se entusiasma, inútiles serán de todo punto cuantos esfuerzos quieran hacerse para sostener, no ya para propagar, funciones que no satisfacen el gusto, ni llenan las necesidades de un pueblo; que necesidad es, como va dicho, la de procurarle recreos y diversiones que esparzan su ánimo y le distraigan de sus faenas ordinarias.

Todos los gobiernos de todas las naciones, desde los tiempos más remotos de la antigüedad, han fomentado, y hasta han inventado, diversiones públicas, que los pueblos admitian con placer y celebraban con delirio y loco frenesí.

Cuanto se ha escrito sobre esto conviene con lo que llevamos dicho.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad.

Si así no fuera, en muy poco se diferenciaría de los demas animales.

Solo, no gozaría, ó sus goces quedarían limitados á procurarse la subsistencia.

En muchas ocasiones el hombre sería peor que las fieras. Sin los vínculos que le ha creado, primeramente la familia, base de la sociedad, y luégo ésta, rompería por todo, y por todo atropellaría hasta conseguir por la fuerza bruta el objeto que se propusiera.

Pero áun para esto tendría necesidad de asociarse, de unirse á otro hombre y luégo á otros.

Por eso hoy que la civilizacion se ha abierto paso á traves de los tiempos, los goces del hombre son siempre en sociedad, unido á otros, formando parte de un mismo centro.

Tanto da que se congreguen en un templo á orar, como alrededor de una mesa á comer, ó se reunan para celebrar con juegos ú otras demostraciones de alegría, ó pena, sucesos prósperos ó fatales.

Ello es que, comprendiendo las ventajas de la sociedad, los hombres se han agrupado y han ido formando colectividades que llamamos naciones.

Cada una de éstas tiene sus hábitos é inclinaciones particulares y especiales que les son característicos.

Y entre ellas, las fiestas de distintas clases y de diferentes formas que cada una ha inventado para solazarse.

Unas se han adoptado universalmente, ó al ménos en la

mayoría de los pueblos; otras en más de uno de igual raza, y otras no han salido del pueblo que primeramente las usó.

¿Por qué? Porque los gustos, las inclinaciones y hasta los deseos y pasiones de cada uno, varían y son diferentes segun sus instintos, sus costumbres, su educacion y hasta el clima en que habita.

Porque hay cosas que, siendo fáciles para unos, son para otros muy difíciles, si no imposibles.

Por ejemplo: ¿qué torero ha habido, hay, ni habrá probablemente que no sea español?

. . . . . .

Desde el principio del mundo ha habido fiestas y funciones celebradas en conjunto ó reunion de los pueblos. Segun la Sagrada Escritura, los hebreos y judíos las celebraban ya desde tiempos de Moises, aunque no detalla la forma en que lo hicieran. Casi siempre eran religiosas, y en accion de gracias á Dios por la concesion de sucesos gratos al pueblo.

Los indios las celebran aún entre danzas, cantares y música guerrera: sacrifican animales de todas clases y hasta personas ó séres racionales; forman procesiones y hacen á su modo espléndidas iluminaciones.

Los persas las hicieron primero puramente religiosas, y luégo de distintas clases, siendo la más notable la que tributaban á la Libertad, entre cuyas ceremonias era una á fines de Diciembre de cada año, que recordaba la de las bacanales y fiestas de Sileno, la de las Saturnales romanas, y en cierto modo el paseo que hoy mismo se hace en la capital de la culta

Francia del Buey Gordo por Carnaval, puesto que tambien paseaban un toro *maniquí* con ciertas insignias, y le arrojaban despues al fuego.

Tambien los egipcios, cuya supersticion ha sido siempre exagerada, celebraron muchas fiestas precisamente durante el tiempo de la luna llena.

Los asirios y asiáticos y tambien los griegos las verificaron con grande ostentacion, y á los últimos se debe la invencion de los juegos olímpicos.

Pero Roma descolló siempre en fiestas, como en todo. Allí todo ha sido grande, hasta el crímen.

No es nuestro objeto ni la índole de este libro referir cuáles han sido y son las fiestas de que ha hecho y hace uso el mundo entero; pero necesitamos hablar de ellas, siquiera sea tan ligeramente como lo estamos haciendo.

Cumple mucho á nuestro fin.

Roma celebró fiestas á Marte con carreras de caballos y danzas guerreras; á Flora y Clóris con espectáculos indecentes; á Manía, madre de los Lares, inmolando personas jóvenes; en la llamada Lemuria, precipitando en el Tíber á treinta ancianos; y ademas otras muchísimas de distintas formas, aparato y ostentacion en todos los dias y en todos los meses del año, con diversos fines y objetos y por diferentes causas, hasta que el emperador Claudio redujo el número, y Antonino ordenó que no hubiese en todo el año más que treinta y cinco.

Aún hizo más.

La soberbia Roma, la reina del mundo, cuando estaba en

su mayor apogeo, en tiempo de Augusto, se entusiasmaba con el sangriento espectáculo de las horribles luchas de fieras y gladiadores; y el primer local que hace construir para que el inmenso pueblo pueda presenciar aquella fiesta, es el magnífico anfiteatro *Statilius Taurus*, que, como el nombre indica, estaba destinado á la lucha con toros la mayor parte de las veces.

No sólo en Roma, sino en el resto del mundo, hizo edificar circos ó anfiteatros destinados á ese fin, alguno de los cuales no ha desaparecido totalmente, merced á su sólida y espléndida construccion: ahí están Nímes en Francia, y Mérida, Tarragona, Sagunto y otras en España.

En esta nacion, sobre todo, dicha fiesta tomó mayor incremento que en las demas partes del mundo; y al paso que Roma y Grecia se afanaban por ver á los gladiadores morir á manos unos de otros, España mostraba gran predileccion por presenciar la lucha del hombre con el toro, en que, si bien es verdad que casi siempre estaba de parte del último la ventaja, no es ménos cierto que muchas veces aquél, con su seguridad en el valor, su serenidad en la destreza, y su fuerza en la inteligencia, burlaba completamente á la fiera, la rendía y tal vez conseguía su perdon por este medio, pues sabido es que entónces sólo los esclavos y penados eran los destinados á luchar con las fieras.

Parece que está, permítasenos la expresion, en la masa de la sangre de los españoles el privilegio de poder sortear con ventaja á los toros bravos, y esto no de ahora, sino de hace mu-

chos años, siglos, desde que se tiene noticia de que hay lidias con toros, lo cual no han podido ver sin envidia los extranjeros. El humanista Franc. Orih. lo afirmó claramente cuando, celebrando nuestra fiesta, escribió:

Bella per hispanos plusquam communia fines
Cum sævis hominum tauris certamina nempe
Delicias nostræ, terrores oppido gentis
Extere. . . . . .

Infinitas veces, en diversas ocasiones, en diferentes épocas y en distintos puntos del extranjero, donde tanto se critica y ha criticado nuestro espectáculo favorito, se ha intentado ejecutarle, se han hecho pruebas para siquiera en alguna ocasion poder decir á España: «Sabemos hacer lo que haces»; pero todos los intentos, todos los conatos de ejecucion se han estrellado siempre contra la impericia de los actores.

No han podido los italianos, los franceses, los sajones, ingleses, etc., ningun europeo, en fin, más que los hijos de Iberia, lidiar toros, sin sufrir las terribles consecuencias de su temerario atrevimiento; y para que su envidia más se aumente y suba de punto, la raza española que habita las Américas por nosotros conquistadas cuenta entre sus habitantes hembras varoniles que, á caballo y en campo abierto, lo mismo sortean con el capote al toro salvaje, que contribuyen á enlazarle y derribarle.

Sólo á los extranjeros no les es dado imitarnos; y eso que, haciendo justicia, no podemos negarles valor, inteligencia en los ramos del saber humano, sangre fria, reflexion, paciencia,

tenacidad, y otra porcion de vicios y virtudes que aprovechan con oportunidad.

En cambio, los españoles no han dejado nunca de hacer cuanto los extranjeros hayan practicado, sea en ciencias, en artes, en guerras, en... todo, hasta en disparates.

Y tienen que confesarlo: si ellos cuentan con un Shakespeare, un Byron, un Tasso, un Petrarca, un Chateaubriand, un Goëthe, nosotros contamos un Calderon, un Cervántes, un Lope, un Tirso, un Lista, y otros que llenan el mundo con sus nombres; si tienen un Tiziano, tenemos nosotros un Murillo; si recuerdan un Francisco I como capitan, no podrán ménos de taparse la cara para que no se les ponga delante la sombra de Francisco Aldana (1); si piensan haber sido los inventores de la locomocion por vapor, les pondrémos por delante á Blasco de Garay; y si rápidamente descendemos desde tan elevada altura á poner en parangon nuestra fiesta nacional con las que usan y á que tienen mayor inclinacion, les convencerémos de que España ha dado tan buenos aeronautas y gimnastas como ellos han tenido, aunque sean aquéllos en menor número; y hoy mismo llaman la atencion como maravilla en la gimnasia Mayol, Segundo y otros, que extranjerizan sus nombres á propósito.

España, pues, produce en cuantas clases de diversos ramos de los conocimientos humanos se han conocido, propagado y perfeccionádose, capacidades de primer órden universalmente

(1) Este soldado español, segun unos, ó Urbieta, vizcaino, segun otros autores, fué el que hizo prisionero al rey Francisco en Pavía.

apreciadas como tales; pero los extranjeros no pueden, aunque quieren, lo intentan y forman en ello empeño, conseguir que en su historia se diga: «Nuestra nacion ha hecho en *todo* cuanto haya hecho otra».

Y cuidado que no hay que decir que allí no hay bravura y valor.

No uno, sino varios domadores de fieras salvajes recorren constantemente el mundo. Llevan en su compañía leones, panteras, tigres, elefantes, etc., y venenosos reptiles y anfibios, como culebras, serpientes, cocodrilos y boas.

Los enseñan al público, les dan de comer en presencia del mismo, los castigan, les ponen ligaduras, los excitan á vengarse del daño que reciben, y hasta se meten con ellos en jaulas cerradas al efecto.

Allí con su látigo acorrala el domador á las fieras; el leon ruge y sacude su melena; el tigre acecha el momento de coger desprevenido al hombre que excita su furia; la pantera salta por encima de la cabeza de él, hostigada por la vara, que la hace mover de su rincon; la hiena y el chacal esperan que el oso estruje en sus brazos á su amo para disputarse las entrañas del mismo, y...

¿A qué decir más, si no es posible figurarse esto y mucho ménos presenciarlo sin horripilarse?

Realmente no puede darse mayor ejemplo de valor, y sin embargo, el domador de fieras no puede domar un toro.

Es decir: no es que no puede domarle, es que no se atreve á acercarse á él.

Vence, digámoslo así, y aunque no sea por muchos meses, al rey de las fieras, á los animales más feroces que la naturaleza cria, y no puede siquiera jugar, burlar á un toro, como lo hacen los españoles.

¿Por qué esta diferencia de valor?

No nos la explicamos, como no sea reconociendo al español como el sér más privilegiado de la tierra. Por algo cierta parte de España se llama, como dicen sus moradores, «la tierra de María Santísima».

Porque el español sirve para todo cuanto necesite valor, inteligencia y sagacidad, aunque su educacion haya sido muy limitada.

Hace pocos años, muy pocos, que un notable domador recorrió con media docena de leones casi todas las capitales de Europa. Su destreza y valor eran notables. En la jaula donde se encerraba con las fieras hacía actos verdaderamente terribles.

Las obligaba á girar sobre su cabeza una, diez y cien veces; se retorcían entre sus piernas, les pisaba sus garras y aplastaba sus cabezas, y hasta metía la suya propia entre los dientes de la leona, haciéndole abrir por fuerza y violencia la boca.

Un dia sucedió lo que no podia ménos de suceder, lo que todo el mundo prevé desde que no ve en aquel hombre encerrado defensa posible contra tantos feroces animales más fuertes, más fieros que él.

Daba su fiesta nocturna en el Circo Napoleon de Paris; el público aplaudía el arrojo, la... bárbara temeridad de aquel

hombre, que, despues de haber hostigado las fieras, las tenía rendidas á sus piés y áun se sentaba sobre la leona. De pronto ésta, al verle levantarse, se abalanza á él, le derriba en tierra y le rasga con sus garras la espalda y un brazo. Los espectadores, horrorizados, apartaban de allí la vista; las señoras (que tambien van señoras á ver esto) se desmayaban, y nadie sabía hacer otra cosa que gritar y pedir socorro al cielo.

Pero le habia en la tierra, y á un jóven español le estaba reservado prestarle.

Inmediatamente que vió el peligro, que comprendió la desgracia de aquel infeliz, se lanzó el jóven á la jaula, gritó con vehemencia, castigó á la leona, arrastró á la víctima hasta la puerta y la salvó.

Murió mas tarde por consecuencia de las heridas el domador; pero el español Pérez, que así se llamaba, hizo lo que ninguno se atrevió á ejecutar. El gobierno frances fué justo concediéndole, sin pedirla, una distincion.

Pero ¿qué más se quiere para probar el valor peculiar de los españoles, si basta sólo decir que en los últimos dias de Diciembre de 1877 un tigre escapado de una jaula saltaba por las calles de Madrid, y los chicos, sin temor alguno, le apedreaban, y una señora y un criado, llevando un niño, se pararon á contemplarle?...

Insistimos, pues, en que el español puede hacer cuanto otro de cualquier nacion ejecute, al paso que el extranjero no puede verificarlo.

Fáltale al ménos contar entre sus compatriotas un torero.

Puede que entónces, si los toreros fuesen ingleses, franceses, rusos ó alemanes, no se dijese que era bárbaro el espectáculo (que así le llaman los de *extranjis*). Entónces se le ensalzaría y elogiaría, y se protegería á los toreros, que tal vez llegarían á ser lores ó pares de Inglaterra, duques en Francia, príncipes en Italia, y no sabemos qué más en otras partes.

Las funciones de toros, comparadas con las demas fiestas antiguas y modernas, les llevan ventaja en muchas cosas, y esto nos proponemos demostrar en los artículos siguientes; pero ántes debemos hablar algo de nuestra fiesta en particular.

CAPITULO II.

ALGO SOBRE LA HISTORIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS.

«Pero cuando un home lidiare con otro sin precio por salvar asímismo, o algunt su amigo, o con bestia brava por probar su fuerza, estonce non serié enfamado por ende, ante ganarie prez de home valiente e esforzado.»

(*Ley IV, tit. IV, partida 7.ª*)

De buena gana haríamos gracia al lector de lo que vamos á decir en este artículo.

Le suponemos aficionado á nuestro incomparable espectáculo; y siéndolo, ¿quién no sabe, siquiera en conjunto ó á grandes rasgos, como ahora se dice, algo del principio, crecimiento y progreso de las corridas de toros?

Ademas, ¿quién no ha leido alguna de esas muchas obras que de ello tratan casi del mismo modo y con iguales palabras?

Pero parécenos que un libro como el nuestro no puede carecer de la parte histórica del toreo.

Es demasiado importante al asunto; y habiéndonos propuesto que esta obra sea la más completa de cuantas se han

escrito hasta el dia en su género, no hemos de omitir medio alguno para cumplir lo ofrecido.

Allá vamos, pues.

Quieren unos historiadores afirmar, cuando hablan del origen de las fiestas de toros, que las importaron los romanos en España durante su dominacion; al paso que otros aseguran que las trajeron los árabes cuando, venciendo á los godos, conquistaron nuestra península.

Traen aquéllos en su apoyo citas de García y de Cepeda, y vienen citando éstos á Lope, á Moratin y otros autores; como si todos ellos no convinieran en una misma cosa.

Precisamente la lectura de cuantos papeles, folletos y obras hemos consultado acerca del particular, nos ha convencido de que ni los romanos ni los árabes trajeron á España semejante fiesta.

Las fiestas ó corridas de toros nacieron en España, en España se arraigaron, en ella crecieron, se extendieron y propagaron, y en ella continuarán por mucho tiempo.

No verémos su fin nosotros, ni tampoco nuestros hijos.

Que fuera en tiempo de la dominacion romana ó del yugo de los árabes la vez primera que se corrieran, lidiaran ó mataran toros, esto no contradice nuestro aserto.

Los españoles, por el solo hecho de estar sujetos á aquellos conquistadores, no dejaron de ser españoles. Mandando unos ó gobernando otros, los españoles fueron los primeros, y casi pudiéramos decir los únicos en el mundo que, con el valor indomable que todos les conceden, con la sagacidad é inteligen-

cia que en ellos hay que reconocer, idearon y llevaron á efecto las corridas de toros independientemente de sus dominadores.

Si luégo los árabes, y áun los habitantes de otros países, han echado su cuarto á espadas, como suele decirse, y se han metido á torear con mejor ó peor suerte, eso cuando más probará que han copiado ó querido imitar lo que los españoles inventaron.

No hay noticia de que los romanos, ántes de dominarnos, celebraran funciones de toros. No puede suponerse que los grandes y magníficos circos que en todas partes hicieron construir, fueran con dicho objeto, por más que el primero de los que en Roma fundó Augusto, como ántes hemos referido, parezca indicar algo de ello.

Ni el dicho circo ó anfiteatro llamado *Statilius Taurus* en Roma, ni los de Mérida, Tarragona, Sagunto y otros en España, fueron destinados á otra cosa que á luchas, no lidias, de fieras con hombres; mejor dicho, al sacrificio de éstos por aquéllas, como castigo de delitos ó crímenes, ó de profesar religion distinta á la del Imperio.

Claro es que entre las fieras, especialmente entre las que saldrían en España á los anfiteatros, habría toros; y claro es tambien que entre las infelices víctimas que eran arrojadas á la arena, habría alguna de ánimo esforzado que, desafiando el peligro, ó por instinto de conservacion, rehuyera los golpes de la fiera, los esquivara por más ó ménos tiempo y se librara de ellos algun rato, lo cual constituiría indudablemente la principal diversion de los espectadores.

Pero esto no es torear.

Ninguna regla fija tenía hombre alguno entónces para librarse de los furores del toro; y no teniéndola, no hay arte.

Tal vez á la vista del condenado en el circo, si se conoció en alguna ocasion, por la rapidez en la huida del cuerpo del derrote del toro, que era posible evitarle, pudo engendrarse la idea de estudiar el modo de dominar tan valiente fiera.

Tal vez esta idea nació ántes, al buscar al toro en los bosques para conducirle al circo.

Ambas cosas son posibles; pero lo cierto, lo indisputable, lo que está fuera de toda duda es que no fué importada del extranjero, sino que en España tuvo su orígen.

Es verdad que los moros mostraron grande aficion á la lidia de toros y destreza para ejecutarla, tanto á pié como á caballo; pero hay que tener presente que lidiaron en España y que ellos eran españoles tambien, puesto que habiendo durado la dominacion árabe setecientos años, puede decirse sin temor de equivocarse que todos ó casi todos los habitantes de este país, trascurridos los dos primeros siglos, eran árabes de orígen, nacidos en él.

Vinieron luégo las guerras entre la raza árabe y la cristiana, y ésta fué quitando á aquélla poco á poco el territorio que ocupaba. Los cristianos, por consecuencia del botin que de las luchas les resultaba, hicieron y fundaron casas ricas que, como era de suponer, se componían de gran número de criados y hombres de armas.

Todos estos señores vieron que los árabes, ántes de salir,

por la fuerza, de sus pueblos, se adiestraban mucho en los ejercicios de la caza, tanto á pié como á caballo; en las carreras de éstos, en ejercicios de lanza, y en alancear toros los jinetes, y desjarretarlos los peones; y no quisieron ser ménos, y continuaron lo mismo que aquéllos, con iguales costumbres é inclinaciones, como nacidos en el mismo suelo.

Así es que cuando ajustaban treguas y tenían paz en sus tierras, unidos corrían toros y celebraban sus fiestas, haciendo cada uno de ellos alarde y ostentacion de su valor y pericia, en circos ó plazas cerradas, no ya en el campo, como es de presumir lo hicieran ántes.

Es comun opinion de que las primeras fiestas de toros en coso cerrado tuvieron lugar en el año de 1100.

Nosotros creemos que se verificaron algunos años ántes, y nos fundamos, entre otras cosas, en que habiendo muerto el Cid Campeador en 1098, ántes de esta fecha alanceó toros en Madrid.

Siguiéronse despues celebrando con mayor ó menor fortuna, arrojándose á lidiar gente sin experiencia ni conocimiento alguno de las reses, y por consiguiente sufriendo muy á menudo las consecuencias de su ignorancia.

Es verdad que muchas veces los caballeros y señores que se entretenían en alancear toros, cuando no querían ó no podían continuar su diversion, cuando á pesar de sus esfuerzos no lograban matar un toro, ordenaban á sus esclavos y áun á sus criados que fuesen á él con dardos y venablos á matarle.

Inútil es decir que por muy brava que fuese aquella gente, poco podía hacer sin arte, como no fuese rodar, ser volteado, herido ó muerto por la fiera.

El alto clero, cuya influencia se empezó por entónces á dejar sentir sobre los pueblos católicos, prohibió con sobrada razon los torneos y juicios de Dios, que tantos hombres costaron á la humanidad; y como consecuencia natural de ello, las corridas de toros fueron en aumento.

Pocos pueblos en España, especialmente castellanos, aragoneses y navarros, carecían de dicha diversion.

No hay que olvidar que la Andalucía, y en ella más marcadamente los reinos de Sevilla y Granada, eran por ella apasionadísimos.

Cualquier suceso fausto, cualquier obsequio de unos magnates á otros, era celebrado con corridas de toros, en que primero lidiaban los señores y luégo los plebeyos.

Por esta época fué cuando el Cid Rodrigo Díaz de Vivar asombró en una fiesta de tal manera á los espectadores, que su hazaña de matar á un toro de lanzada fué cantada más tarde en inimitables versos, tan populares que no hay nadie que los ignore.

La aficion y el entusiasmo por las corridas de toros, á pesar de las muchas desgracias que frecuentemente ocurrían, iban cada vez en aumento. Hasta los extranjeros intentaron establecerlas.

En Italia, en la misma Roma, se corrían toros por los años de 1300 en adelante; y como esta ciudad siempre ha sido

grande en todo, dispuso tambien en el año de 1332 una gran fiesta de toros en circo cerrado.

Como no podía ménos de suceder, atendida la ignorancia de los que en ella habían de tomar parte y la bravura de las fieras, la catástrofe fué horrible.

Murieron en las astas de los toros diez y nueve caballeros romanos, muchos plebeyos, y hubo gran número de heridos.

Los pobres italianos creyeron que bastaba ser hombre para hacer lo que otros hombres: no tuvieron en cuenta que para jugar con los toros es preciso haber nacido en España.

Inmediatamente, á raíz de este suceso, se prohibieron en Italia las corridas de toros, y no volvió á haberlas allí hasta que los españoles, muchos años despues, las celebraron, cuando la conquista de Flándes y los Países Bajos.

En nuestro territorio continuaron cada vez con mayor empeño. La gente jóven y potentada, lo mismo cristiana que mora, tenía á gran gala lucirse en la lidia á caballo, y rendir un toro á lanzadas ante la belleza de su amada: la competencia entre unos y otros alimentaba la noble emulacion de todos, y hasta los mismos reyes tomaban parte en las corridas; y claro es que con tales elementos, la funcion tenía que ser cada dia más buscada y apetecida.

Solía acontecer, no una, sino várias veces por esta época (siglos XIII y XIV), que al embestir la fiera derribaba al caballo, hiriéndole ó matándole, y entónces el caballero no tenía más remedio que, segun costumbre establecida por las buenas

leyes de la lidia, sacar su espada, y sin montar en otro caballo, á pié y como podía, dar muerte al toro. Para facilitar este medio, expuestísimo siempre, y mucho más cuando no hay otra cosa que valor en el que lidia, los esclavos y criados preparaban, áun á costa de su vida, la colocacion de la res, y entónces el caballero daba la estocada, como ahora decimos, *libre de cacho* la mayor parte de las veces.

Por entónces tambien había ya hombres prácticos que, por sueldo ó dinero de una vez, contribuían á la colocacion de los toros para las corridas que eran patrimonio exclusivo de los caballeros. A estos hombres indudablemente se refieren las leyes que consideraron infamados á los que lidiaban con fieras bravas por dinero.

La gran reina católica Doña Isabel I presenció una vez, ántes del año de 1500, una corrida de toros.

Hubo en ella revolcones y desgracias, segun costumbre (porque no nos cansarémos de repetir que por aquellos tiempos la lidia se verificaba en confuso tropel de gente de á pié y á caballo, sin órden, conocimientos ni práctica de ninguna clase), y la reina mostró á la fiesta gran repugnancia, y hasta intentó prohibirla.

No tiene nada de particular esto. Si en vez de aquel atropellado desórden, hubiese visto las corridas de toros actuales, ó al ménos las que hace cien años se celebraban en Madrid, otra cosa hubiera dicho. Tenía aquella señora demasiada elevacion de miras para apreciar las cosas.

Por eso su propósito de prohibirlas quedó en su pecho.

Comprendió que todos los caballeros y todo el pueblo eran entusiastas por su fiesta nacional, y que era muy peligroso intentar quitársela, porque ella necesitaba de aquellos elementos de fuerza para continuar sus conquistas de territorio y engrandecimiento de sus reinos. Dominó su pensamiento, siguió tolerando las corridas de toros, y ella que tuvo poder para decretar y llevar á efecto la expulsion de los moros y judíos de España, no se atrevió á prohibir las corridas de toros.

Bien claro lo dice en la carta que en 1493 dirigió á su confesor. En ella, hablando de dicha funcion de toros, manifiesta que se propuso no verlos más en su vida, ni ser en que se corran, «y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas». Es decir, que conocía que no bastaba su voluntad.

Cuando un pueblo unánime defiende una idea, buena ó mala, no hay poder que le resista.

Siguieron, pues, las fiestas de toros en España con entusiasmo, á pesar de que el poder eclesiástico amenazaba con excomuniones; y no bastando estas advertencias tan severas, el papa Pio V, en su famosa Bula de 20 de Noviembre de 1567, reiterando prohibiciones anteriores, impuso la pena de excomunion mayor á los príncipes cristianos que permitiesen dicha fiesta en sus dominios, á los eclesiásticos que concurriesen á verla, á cuantos la autorizasen, y á los lidiadores, privando tambien á éstos de sepultura eclesiástica si morían toreando.

No podían darse penas más terribles para todo buen cristiano contra semejantes fiestas.

No era posible ir más allá, porque en lo espiritual no hay pena mayor.

Pero la aficion estaba muy arraigada, y lo mismo los nobles que los plebeyos, las autoridades que los príncipes, siguieron consintiendo y tomando parte en las corridas de toros.

Hombres que no tenían miedo á los cuernos de las fieras, se conoce que temieron mucho ménos á los anatemas; porque dice un antiguo escritor «que se observó con sentimiento que no bastaba dicha pena, y que, á pesar de ella, el mal prevalecía; y esta observacion indujo casi forzosamente á los Pontífices sucesores de aquél á ir templando el rigor de las Bulas de sus predecesores».

A cada prohibicion que daba un prelado de la Iglesia, contestaban el pueblo y los magnates con nuevas corridas; y como la privacion es causa de mayor deseo, se repitieron tanto, que ni el mismo clero secular respetó aquellas disposiciones; llegando el caso de que los maestros de teología en Salamanca enseñaban que los clérigos, siquiera fuesen de órden mayor, podían lícitamente concurrir á las fiestas de toros.

Continuaron éstas, como decimos, extendiéndose por toda España, hasta el extremo de que el emperador Cárlos V, que ni había nacido ni se había criado en este país, tomó parte en ellas con la nobleza, y cuando nació su hijo D. Felipe mató un toro de una lanzada en la Plaza Mayor de Valladolid.

Todos los reyes sucesores de este último autorizaron y consintieron las corridas de toros.

Alguno de ellos demostró intencion de suprimirlas, y hasta

hay alguna disposicion que así lo ordena; pero nadie la cumplió.

El interes privado divisó ya por entónces un objeto de lucro en la aficion del público á las fiestas de toros.

Así es que muchos particulares solicitaron y obtuvieron de los monarcas privilegios para dar funciones en cosos cerrados, y el primero de que nosotros tenemos noticia lleva la fecha de 27 de Enero de 1612.

En él su majestad el rey D. Felipe III hizo merced en forma de privilegio, por tres vidas, á favor de Ascanio Manchino, del derecho de la renta de los corros de toros de la ciudad de Valencia; privilegio que luégo fué vendido en cantidades crecidas por los sucesores del que podríamos llamar empresario.

No se desdeñaban de serlo, ó al ménos de desempeñar este papel, personajes de importancia.

El canciller mayor y registrador del Consejo Real de Indias, D. Felipe de Salas, y D. Martin de la Bayrén, contador del marqués de Tavera, entónces virey y capitan general del reino de Valencia, fueron dueños sucesivamente, á título de compra, del antedicho privilegio, que feneció en 1647.

Pero mucho ántes de esta fecha, en 9 de Diciembre de 1625, hizo merced el rey al Hospital de Valencia, por veinte años, del antedicho privilegio, para cuando concluyesen las tres vidas por que fué concedido.

Por cierto que en el capítulo 198 de las actas de las Córtes de Monzon, celebradas en 1626, se lee que presentaron proposicion los diputados para que dicho privilegio real, concedido al Hospital por veinte años, lo fuese á perpetuidad, y que á esta

peticion se decretó: «Plau á Su Majestad prorogar dita merced al Espital per temps de altres vint añs».

Es indudable que lo mismo que en Valencia en todas las demas provincias existieron ya privilegios, á veces comprados al poder real, y en otras ocasiones otorgados por merced, para explotar el beneficio que dejaban tales fiestas.

Y poco esfuerzo necesitamos hacer para comprender que el interes particular había de buscar alicientes que en ellas ántes no hubiera y llamasen la atencion.

Tomaron incremento grande en tiempo de Felipe IV, que várias veces rejoneó y alanceó toros á caballo; y en su época y la de Cárlos II tuvieron estas fiestas un esplendor y realce extraordinarios.

No había caballero á quien se considerase como tal, que no fuese rejoneador de toros, ó que al ménos, en obsequio de su rey ó de su dama, no saliese al coso á romper un par de lanzas.

Entónces y áun ántes se escribieron libros dando reglas para torear á caballo, se enseñaba á éstos á habituarse á tan peligroso ejercicio, y se inventó la *espinillera*, ó sea la armadura de hierro que hoy se llama *mona* y sirve para cubrir la pierna.

Pero llegó á reinar Felipe V, poco aficionado á esta clase de fiestas, y los grandes de su corte se fueron apartando de ellas por no disgustarle, y porque sus ejercicios á caballo los oscurecían ya jinetes plebeyos, ó cuando más hidalguillos que hacían maravillas.

Aplicáronse los hijos del pueblo á torear, tanto á pié como á caballo; tomaron por su cuenta el palenque que se les abría; observaron lo que los nobles habían hecho; leyeron lo que ya se había escrito dando reglas para lidiar, y desde entónces, lo que el espectáculo perdió de carácter lo ganó en arte.

Se presentaron á lidiar toros en muchos pueblos principales, hombres diestros que hacían con ellos suertes de habilidad que cautivaban á los espectadores: capeaban, clavaban rejones á pié, que llamaban arpones y eran como una banderilla de las que ahora se usan; ponían parches, y con todo esto demostraban perfectamente que podía ser arte lo que hasta entónces se había conocido sólo como entretenimiento, sin reglas fijas.

Don Fernando VI no se contentó con hacer construir plazas cerradas y con las condiciones necesarias para las funciones de toros, sino que, deseando quitar á todas las conciencias timoratas cualquier pretexto para hablar en lo sucesivo contra aquéllas en sentido religioso, acudió á la Santa Sede, haciendo presente en primer lugar la inobservancia de las Bulas y Breves que las prohibieron; en segundo, que por la habilidad y destreza de los toreros era muy remoto el peligro que en la lidia pudiera haber; y en tercero, que los hospitales y casas de Beneficencia ganarían mucho con los socorros que recibirían de los productos de dicha fiesta.

Convencida de estas razones, y no sabemos si de alguna más, la corte romana, obtúvose de ella que quedasen autorizadas las corridas de toros, pero que de ningun modo se celebra-

sen en dias festivos, y que se precaviese todo peligro de muerte ó lesion.

No podía hacer ménos la curia romana que cantar la palinodia y conceder lo que ántes había negado.

Como que esta negativa no sirvió más que para dar el escándalo de inobediencia por todo un pueblo alto y bajo, noble y plebeyo, y hasta por los clérigos y monacales. Por eso decía que se toleraba la fiesta por haber advertido que las censuras impuestas para impedirla de nada habían servido en estos reinos, y que, léjos de aprovechar, perjudicaban, convirtiéndose en materia de escándalo.

Desde esta época varió de faz completamente la funcion de toros.

Fué un espectáculo que cada vez se ha ido perfeccionando más, y en el que parece imposible se haga mayor adelanto.

Hemos relatado, aunque ligeramente (porque nos hemos de extender mucho más en la segunda parte de esta obra sobre el particular), la historia de las corridas de toros como diversion hasta cierto punto desordenada; veamos ahora lo que ha sido como funcion ó espectáculo organizado.

CAPITULO III.

DEL TOREO MODERNO.—SUS VICISITUDES.—SU APOGEO.

> La lidia taurina no será causa de civilizacion, pero es efecto de una civilizacion más culta que las precedentes. Los grandes espectáculos en la antigüedad eran un frenesí del vicio, ó un frenesí de las pasiones; ellas son un frenesí de la alegria.
>
> López Martínez.

Hemos dicho en el capítulo precedente que durante el reinado de Felipe IV, y áun ántes, se habian escrito libros tratando de las corridas de toros y dando reglas en algunos para lidiarlos, ya en montería, ya en coso cerrado.

Uno de los más antiguos y mejores escritores que dieron reglas de montería para cazar toros en el campo, para correrlos y montearlos en el coso, y para darles lanzada frente á frente, fué Gonzalo Argote de Molina, que en Sevilla, año de 1582, publicó su obra con privilegio de su majestad.

Por entónces tambien se escribió otra por un jesuita de reconocido talento, llamado Castañeda, que no creemos llegara á publicarse, al ménos con su nombre, pero al que debe re-

ferirse la siguiente cláusula del testamento otorgado en Madrid por el licenciado Alonso Martínez Espadero, del Consejo Real de Indias, natural de la villa de Cáceres, á 13 de Setiembre de 1586, y abierto en 14 de Marzo de 1589 ante Jerónimo de Sosa, escribano público de su majestad y de Provincia, de esta corte.

Dice así la cláusula:

«Item: Declaro que entre mis libros hay uno escrito de mano, *cerca de la materia de los toros,* el cual, con todos los papeles que están dentro de él, eran del padre Castañeda, de la Compañía de Jesus, y ansimismo... mando se vuelvan á el dicho Provincial de la Compañía de Jesus de esta provincia de Toledo.»

Despues, raro era el libro de montería ó de ejercicios de la jineta que no hablaba algo de las corridas ó acosos de toros. El que no daba reglas para torear á caballo, ó al ménos para la montería de reses bravas, no era libro completo.

Uno de los mejores de aquella época fué el que en 1643 publicó D. Gregorio Tapia; aunque no desmerecen en mérito las obras escritas sobre lo mismo por el caballerizo de Felipe IV, D. Gaspar Bonifaz, por el santiaguista D. Luis de Trejo, y por D. Diego de Torres, y otros que citarémos en la segunda parte de esta obra.

Luégo ya, en 1726, imprimió D. Nicolas Rodrigo Novelli su *Cartilla de torear, tanto á pié como á caballo;* y en 1750 publicó sus *Reglas para torear,* más ámplias que aquéllas, D. Eugenio García Baragaña, vecino de Madrid.

Esta es la época del principio del toreo, considerado como arte.

Había lidiadores de oficio que capeaban y parcheaban, y otros que con la capa en una mano y una banderilla en la otra colocaban dicho instrumento con destreza en el morrillo del toro, segun ántes va referido.

Ya no había en los circos tumultuoso desórden, ni apiñada muchedumbre, á la que un toro, hiriéndola y golpeándola, ponía en situacion apuradísima: ya podía irse á ver la fiesta nacional con la conviccion de que ninguna desgracia sucedería.

Una docena ó dos de hombres jugaban con las fieras con tal destreza y habilidad, que eran pequeñas las plazas construidas para contener la gente que siempre se agolpaba á contemplar el valor é inteligencia de aquéllos.

Al rejoncillo, usado por los caballeros despues de la lanza, sucedió la vara de detener, ó sea la garrocha, que para el acoso y encierro de reses en plazas usaba la gente de campo.

Ganábase en esto que durase más la lidia de cada toro, economizando gastos, y demostrábase tanto valor ó más por el picador de oficio, como pudiera tener el más afamado caballero.

Claro es que con el mucho ejercicio, con la continua práctica, iban perfeccionándose cada vez más las suertes del toreo, y áun inventándose otras.

A mediados del siglo pasado, al inaugurarse en Madrid la nueva plaza de toros, donada al Hospital General por el rey

Fernando VI (1), ya se ponian banderillas á pares, como actualmente se hace, y ya tambien el inolvidable Francisco Romero habia practicado con feliz éxito la suerte de matar al toro frente á frente con estoque, como otros, pero *favorecido por la muleta* de su invencion.

Como siempre que hay emulacion, *el arte ganaba, iba adelante.*

Martincho tuvo el valor de matar un toro esperándole sentado en una silla, con grillos en los piés y sin más muleta que un ancho sombrero en la mano izquierda.

José Cándido daba el dificilísimo salto de testuz, capeaba los toros hasta rendirlos y se sentaba delante de ellos, matando algunos sin muleta y con puñal, en vez de puntilla.

Juanijon picaba toros puesto á caballo sobre otro hombre.

Y todo esto no era, como suponen los enemigos de nuestra diversion favorita, ningun acto bárbaro, sino consecuencia del estudio que de la índole de las reses hicieron aquellos hombres, y de la inteligencia valerosa que les era peculiar.

Las corridas de toros, como espectáculo público, se aclimatarón, echaron hondas raíces en el suelo español, y desde entónces fué imposible suprimirlas totalmente.

No habia podido hacerlo Isabel la Católica; no consiguieron ser obedecidos los Papas cuando tanto se les respetaba por el orbe católico; ¿cómo habia de conseguirlo el rey Cárlos III? El buen señor, recien venido de allá, de Nápoles, vió las

(1) Véase en la segunda parte de esta obra la palabra *plazas*.

corridas de toros, se asustó de tanto valor, no comprendió que á éste va acompañada la inteligencia, se figuró mil catástrofes, y ordenó la prohibicion.

Pero le sucedió lo que á los Papas.

A pesar de su real decreto, se corrian toros en muchos pueblos con y sin conocimiento de las autoridades; los ricos, los potentados, hacian en sus posesiones y casas de recreo pequeñas plazas donde corrian toros; hubo patios en los conventos en que se lidiaron reses, y como dice el célebre Abenamar, hablando de la popularidad y aceptacion de esta fiesta, «una de las causas que han contribuido á ello ha sido la odiosidad que han mostrado algunos hácia la misma, y la prohibicion del dicho rey, *pues se exasperó de tal modo la aficion que casi era epidémica*».

No tuvo más remedio que ceder y volverse atrás de lo mandado.

Al principio consintió corridas de novillos embolados, luégo alguna de toros, con pretexto de que sus productos eran para fines benéficos, y más tarde, para obsequiar á un príncipe extranjero y para celebrar los desposorios de Cárlos IV y María Luisa, hace renacer con toda magnificencia este grandioso espectáculo, cada vez más aplaudido.

Un autor dice que durante el reinado de Cárlos III, que comprendió veintiocho años hasta 1788, se verificaron en la plaza de Madrid unas cuatrocientas cuarenta corridas, y se dió muerte á cerca de cuatro mil quinientos toros. Estos ocasionaron várias cogidas, pero no hubo muerto lidiador alguno.

La fiesta iba adelante, en progreso.

Eran los picadores aventajados; los banderilleros, notables: á Francisco Romero sucedieron sus hijos, que mataron, como él, los toros cara á cara; pero se presentó entónces en la arena un hombre que habia de eclipsar las glorias de los anteriores matadores.

Este hombre era Joaquin Rodríguez (*Costilláres*).

Comprendió su inteligencia lo difícil que era matar un toro que no arrancaba, esperándole, y conociendo que *al que no viene hay que irsele*, inventó el volapié.

Suerte notable y de valor, utilísima y necesaria en muchos casos.

El arte, pues, dió un paso más á su perfeccion.

Vienen despues los célebres Pedro Romero y José Delgado (a) *Hillo*. El uno formal, serio, fuerte con el valor que da el conocimiento exacto de su profesion; y el otro alegre, jugueton con los toros, audaz y valiente hasta la temeridad. Recibe Romero las reses con una perfeccion nunca vista, y con su capote salva siempre las vidas de sus compañeros; y Delgado capea inimitablemente de todas maneras, pone banderillas como nadie, y mata toros con un arrojo incomparable.

Por desgracia, Costilláres se inutiliza fuera de la lidia, Pepe Hillo muere en la arena, y Romero marcha á la Andalucía.

Enfríase algo la aficion á los toros, contribuyendo á ello no poco la parte que España tuvo que tomar en las guerras extranjeras.

Siguen así unos cuantos años; penetran los franceses en España, llegan á Madrid, se sienta en el trono José I, y cuando los madrileños creyeron que por ser *franchute* prohibiría las corridas de toros, se encontraron con que las autorizó como de ordinario.

Pero no conocía al pueblo español.

Supuso que era como los demas, y se equivocó.

Anunciáronse las corridas en nombre del rey, como ha sido costumbre hasta mediados de este siglo, y presidian la plaza autoridades afrancesadas, y esto era suficiente para que nadie quisiera asistir.

Hubo dias en que los soldados franceses, á la hora de empezar las corridas, recogian, hacían leva de gente que transitaba por las inmediaciones de la plaza, y por fuerza la obligaban á ver la funcion.

Tal es el carácter de los españoles.

Les niegan una cosa á que creen tener derecho, y ¡ay del que les impida reclamarla hasta con violencia!

Les conceden como gracia lo que es suyo, y entónces lo desprecian.

Hacen bien: que no hay concesion cuando existe derecho.

Necesariamente decae entónces la fiesta española, y la asistencia á ella cada vez es más escasa.

Pero vuelve á España el rey Fernando VII, y cuando todos esperaban, conociendo su aficion, que las corridas de toros tomarían gran incremento, se encuentran con que en 1814 da un decreto suspendiéndolas.

Asombrados todos, hacían sobre ello diferentes conjeturas y suposiciones.

Decían unos que semejante determinacion obedecía á consideraciones puramente políticas.

Creían otros que, dada la aficion del rey por el espectáculo, y conociendo la decadencia en que se hallaba, no había medio más eficaz para levantarle y hacerle volver á ser lo que fué, que prohibirle por un poco de tiempo.

Ambas versiones son admisibles.

Ello es que al siguiente año de 1815 levantó la prohibicion.

Sostuvieron desde entónces dignamente las fiestas de toros Francisco Herrera Rodríguez, Antonio Ruiz (el Sombrerero), Juan Jiménez (el Morenillo), Juan Leon, y otros, siguiendo unos el estilo de Romero, y otros el de Pepe Hillo, segun sus inclinaciones ó temperamento; pero no mejoraron la lidia. Se concretaron á ejecutar más ó ménos perfectamente las suertes escritas.

Conociendo entónces el rey Fernando VII, por lo que sus consejeros le expusieron y por lo que la opinion pública manifestaba, la necesidad de enseñar al que se dedicase á esta profesion (imposible de desarraigar de España en mucho tiempo) siquiera los rudimentos del arte, creó y fundó en Sevilla, por real órden de 29 de Mayo de 1830, una escuela de tauromaquia, á cuyo frente puso como maestros al gran Pedro Romero y al célebre Jerónimo José Cándido.

En ella entraron como discípulos los que luégo fueron pri-

meras figuras del toreo, y allí enseñaron prácticamente aquellos maestros á todo el mundo la conveniencia, mejor diremos, la necesidad de sostener un establecimiento como aquél, en que al valor se le sujetaba con la calma para reflexionar, y á la inteligencia se la dirigia para estudiar el modo de evitar desgracias.

Esto, sin embargo, se criticó mucho entónces y más despues, y la escuela murió á poco tiempo de crearse.

Las corridas de toros continuaron, á pesar de ello, cada vez con más contentamiento del público, lo mismo en Madrid que en las provincias.

La semilla de los buenos toreros se habia echado en aquella escuela: estuvo poco tiempo en tierra, pero no pudo ser mejor el fruto.

Llega el año de 1832, y se presenta en la plaza de Madrid un discípulo de dicha escuela, el inolvidable maestro Francisco Móntes.

A las primeras corridas se apodera de las simpatías de todas las clases de la sociedad, el pueblo se entusiasma, los potentados le agasajan, las damas le obsequian, y la aficion crece, se ensancha, se aumenta prodigiosamente.

Antes de una docena de años, como si fuera poco un hombre tan grande en la arena y no bastaran para acompañarle en ella los que con él alternaban, surgen al mundo taurómaco los célebres Cúchares y el Chiclanero, que asombran á los espectadores con su diversidad de suertes, y más que nada con la precision, serenidad, valentía y gracia con que las ejecutan.

Esta es la *época del renacimiento del toreo*. Durante ella, y desde la aparicion de Móntes en el ruedo, todo fué animacion, todo alegría, todo entusiasmo.

Las cuadrillas, tanto de á pié como de á caballo, eran notabilísimas; y para que todo fuera completo, á la antigua casta jijona de toros reemplazó con ventaja la de los Veragua, Gómez, Torre Rauri y otras.

Esta que pudiéramos llamar la edad de oro del toreo, tuvo de duracion unos veinticinco años, y en este tiempo, ademas de los antedichos, se dieron á conocer otros notables maestros, que altérnaron dignísimamente tanto en Madrid como en provincias.

No citamos sus nombres.

¿A qué, si todo español los conoce? ¿Si sus nombres tienen que sonar siempre en los oídos de todo buen aficionado?

Esto por un lado; que aparte de ello, nos hemos propuesto no citar nombres de lidiadores que hoy viven, relegando á la segunda parte de este libro, como sitio más á propósito para ello, el juicio crítico individual de cada uno de los diestros muertos ó vivos, segun nuestro leal saber y entender.

Circunstancias difíciles de apreciar si no se examinan bien, políticas por un lado, económicas por otro; ambiciones de unos y exigencias de otros, han contribuido, y no poco, á que no sea tan grande como sería de desear, y hay derecho á esperar, el número de los buenos lidiadores, tanto de á pié como de á caballo.

En éstos principalmente, fuerza es confensarlo, es cada dia menor el personal que sirve para picar toros.

Los banderilleros, en general, tienen mucho que aprender, si se han de parecer á las excelentes cuadrillas *completas* que hubo un tiempo.

La suerte de recibir, suprema del toreo, se va perdiendo de la memoria. Pasan años sin que la veamos ejecutar.

Deben, pues, los toreros estudiar, fomentar el arte, queriendo trabajar, demostrando aplicacion.

No es esto decir que la funcion esencialmente española se halle hoy en absoluta decadencia.

El que tal afirme no dice verdad.

Pero puede estarlo, si los lidiadores no se esfuerzan y el público sigue con el gusto pervertido.

Porque no basta tener aficion al espectáculo; es preciso reconocer el mérito en quien le tenga, sin cuidarse de afecciones personales; alentar al principiante que muestre disposicion para la lidia, y no convertir en apasionada envidia la noble emulacion que debe haber entre los lidiadores que en algo se estimen.

El espectáculo, como funcion pública, cautiva hoy como nunca al público en general; por él muestra mayor entusiasmo que por ningun otro: aprovechen, pues, los toreros actuales esta favorable disposicion, y los que les sucedan los imitarán, y tal vez perfeccionarán las suertes ó inventarán otras que continúen dando sustento y vida á nuestras corridas de toros, envidiadas por los extranjeros.

CAPÍTULO IV.

CONVERSACIÓN ENTRE LAS RIÑETAS DE TOROS Y OTROS ESPECTÁCULOS.

CAPITULO IV.

COMPARACION ENTRE LAS FIESTAS DE TOROS Y OTROS ESPECTÁCULOS.

Que entre gustos mil
y mil gustos más,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.

W. Ayguals de Izco.

Hemos trazado muy brevemente en los capítulos anteriores una compendiosa historia del toreo, porque en el curso de esta obra hemos de ir marcando con la extension que el asunto requiere, fechas, épocas, adelantos y detalles que aquí hubieran parecido prolijos.

No han de echar de ménos nuestros lectores pormenores ni documentos, en gran parte inéditos.

Pero ántes, ya que no encontremos en el libro sitio mejor para ello, queremos comparar nuestra fiesta favorita con los demas espectáculos.

Pocos escritores se han atrevido, hasta ahora, á intentarlo extensamente, y nosotros tenemos comezon por vindicar á los españoles aficionados, del estigma que sobre ellos quieren lanzar los que *ladran á la luna*.

Nuestras fuerzas son pocas, lo conocemos; pero tenemos fe, valor y constancia, y con esto y la razon por nuestra parte nos consideramos vencedores.

Adelante, pues.

Vamos á entrar en un terreno resbaladizo.

Toda comparacion es odiosa, y mucho más cuando la pasion domina.

Si cada nacion, cada pueblo, cada individuo tiene ó muestra predileccion por una cosa, por un objeto, por un espectáculo determinado, los demas le han de parecer incoloros, insulsos ó detestables tal vez.

Y entónces, inútil es querer convencer á nadie de lo contrario.

Pero si desapasionadamente se oye la razon, fijándose en los hechos, ateniéndose á lo justo, y dando á cada cosa, ó funcion, lo bueno y lo malo que en sí tengan, se formará exacto juicio de las ventajas ó perjuicios que aquellos espectáculos ocasionen.

Esto es indudable.

Por eso nosotros, cumpliendo con lo que en el primer artículo ofrecimos, vamos á hacer, aunque ligeramente, un estudio comparativo de los demas espectáculos hoy conocidos y en uso, con nuestras fiestas de toros.

Tenemos la seguridad de demostrar palpablemente que no son éstas peores que aquéllos, ni por sus efectos, ni por sus condiciones generales; y esto nos anima, como es natural, á persistir en nuestra opinion.

Antes de empezar, pedimos la vénia á los partidarios por conviccion, por temperamento ó por interes, de cualquier otro espectáculo, para que no se den por ofendidos si alguna palabra les daña: que nuestro ánimo no es perjudicar á otros, sino defendernos de inmerecidos ataques.

Aparte de que, bien mirado, no escasean nuestros contrarios los sarcasmos, injurias é improperios; como si por esto tuvieran más razon al ofendernos.

Y justa es la represalia.

Entremos en materia.

En todos los tiempos, y especialmente en los antiguos, cuanto más valiente era un pueblo, cuanta mayor era su potencia en elementos de riqueza y bienestar, más grandes, más asombrosos eran los espectáculos que se proporcionaba.

Así vemos instituir fiestas determinadas para regocijo de los pueblos á los griegos, romanos, celtas, judíos, indios, asirios, etc., con cualquier motivo, en celebridad de cualquier acontecimiento fausto, ó para conmemorar sucesos notables por cualquier concepto; siendo las diversas religiones por cada pueblo observadas elemento principal de sosten y de organizacion de sus fiestas favoritas, y dándoles un carácter más viril, más enérgico, más dulce ó más sensual, segun fueron más ó ménos valientes, más ó ménos afeminados, más ó ménos viciosos ó lúbricos.

La música y la danza son indudablemente las que más antigüedad cuentan, y de ellas nos ocuparémos en primer lugar.

¡La música! ¿Puede negarse la importancia que siempre ha tenido, y el puesto que hoy en el mundo ocupa el arte *divino?*

Sería locura dudar de lo que es evidente; pero aunque parezca atrevida la pregunta, ¿la música *por sí sola* es ó puede constituir un espectáculo que por espacio de dos, tres ó más horas, entretenga, divierta ó entusiasme á diez mil ó más personas sin cansarlas?

Contéstesenos *desapasionadamente,* y la respuesta no es dudosa.

No es posible tener quieta una gran muchedumbre tanto tiempo sin interrupcion, sin hablar y mirándose unos á otros, por muy educado que tengan el oído á las fusas, corcheas y compases.

Queremos conceder que algun notable aficionado, un profesor entusiasta, en ocasiones dadas, sienta excitada hasta tal punto su sensibilidad con los preciosos acordes que escuche, que se *enajene* de deleite, siquiera sea por poco tiempo; pero ¿sucederá otro tanto á la mayoría inmensa de los concurrentes?

Con perdon de los filarmónicos, tendrémos precision de decir que no llegará á un diez por ciento el número de los que, pasada la primera media hora, presten atencion á las notas musicales con preferencia á los ojos ó á las galas de una mujer.

La música es innegable que *deleita* como pocas cosas en el mundo; hasta *dicen* que produce éxtasis en muchas personas cuya sensibilidad es ó debe ser muy exquisita.

En cambio, otras seguramente se verán molestadas por el ruido de un piano, que tal vez les estorbe oir palabras de amor ó promesas de empleos, y renegarán de ella.

Y al contrario, oyendo tocar la jota ó las seguidillas en la guitarra al barbero de su pueblo, habrá paleto que se llenará de júbilo.

Pero aunque el rapabarbas la haga hablar, aunque tenga manos de oro, más que de escuchar el sonido de la guitarra, gustará el paleto de conversar con su amor y atender con más interes á *los bajos* de las mozas que al compas bailen, que al punteado de la vihuela.

Cada uno tiene sus gustos, y no todas las ocasiones son oportunas para oir música.

Es un arte que da gran realce á cualquier espectáculo en que no sólo tome parte el oído, sino tambien la vista, bien sea religioso, bien profano.

Es decir que la música cuando hace mejor papel es *acompañando* á otra cosa, á otro acto, á otra funcion, como á la ópera, al baile ó á las corridas de toros.

En estas últimas, sin embargo, es donde juega más insignificante papel: está reducido á aumentar el ruido y la algazara, sin que nadie se cuide de las acordes notas que producen los bellísimos sonidos que *dicen* causan *arrobamiento;* y allí es donde queda malparado el gran poeta que dijo:

«La música las fieras domestica,
y en nuestro corazon, de las pasiones
los instintos salvajes dulcifica.»

Porque las fieras salen al coso, y aunque oyen música, cada vez se embravecen más; y si alguna huye, es debido al castigo que le da el hombre.

¡Valiente confianza puede tener el torero, ó el que no lo sea, en que, tocando la mejor sonata escrita ó por escribir, un toro que se le acerque ha de parar en la mitad de su carrera, ó no le ha de acometer nada más que por el efecto que en sus orejas produzca la música!

Pero en la ópera, que es donde se ve lo sublime del arte, hay que alegrarse, entristecerse ó sentir, como el autor del *spartito* quiere que el auditorio sienta.

Esto debe ser verdad, porque lo dicen muchos y no hay por qué negarlo.

Habrá alguno ó algunos que oirán la música de la mejor sonata de Beethoven sin emocionarse, sin sentir lo que el autor dicen quíso se sintiera al escucharla; pero no hay regla que no tenga una, ciento, mil ó más excepciones.

Aunque nosotros no les tengamos lástima á los que dicen que la música es el ruido que ménos les incomoda, comprendemos que otros se la tengan.

Precisamente el deseo de que los demas quieran lo que nosotros queremos, es uno de los defectos de la condicion humana.

No dejan, sin embargo, los antifilarmónicos de tener razon cuando oyen una murga desentonada que atormenta sus oídos despiadadamente con mucho metal, ó con mucho bombo y platillos, ó con infernales redoblantes.

Esto no hay cuerpo que lo resista; y hay que huir de aquel sitio como alma que lleva el diablo, si no se quiere perder el oído y la cabeza, sufrir un ataque de nervios, y renegar para siempre de la música.

Démosles en esto la razon. Pero una murga no es la música: es la degradacion de ésta; es la novillada de aldea, con relacion á una fiesta real de toros.

Dicen tambien los antifilarmónicos que, siendo lo mejor, ó debiendo serlo en música al ménos para entretenimiento como espectáculo, la ópera, léjos de causarles pena, tristeza ó angustia la escena, por ejemplo, en que el tenor ó la tiple mueren cantando, les produce risa y deseo de burla.

Afirman que no es verdad que la música conmueva las fibras del corazon humano, como aseguran sus apasionados, y para probarlo, nos dicen:

—Hemos visto muchas personas amantísimas del arte musical, inteligentes, profesores distinguidos, asistir á la audicion de los mejores trozos de música de cuantos autores se conocen. Todos, absolutamente todos, prestando una atencion extraordinaria, aguzando el oído, abstrayéndose de cuanto á su lado había, abriendo los ojos desmesuradamente, encarnándose, digámoslo así, en la composicion musical, cuyas melodías tristísimas, segun ellos, debían conmoverlos. Notas dulcemente sensibles y tristemente penetrantes. Pero nada, ninguno lloraba.

Y añaden:

—Léjos de verlos tristes, bajo la impresion de aquella

sonata ó lo que fuera, al acabarse, los observamos entusiasmados, eso sí, pero contentísimos y alegres. Luego la música hace en ellos el efecto contrario al que el autor se propuso.

Replicamos nosotros, haciéndoles observaciones y manifestándoles que los secretos de la música no son para comprenderlos gente profana al arte, y aquí nos atajan el paso, diciéndonos:

—Como nosotros es la inmensa mayoría de los habitantes de todos los pueblos; nuestros oídos no están educados para apreciar todas las bellezas de la música, y como en su audicion no gozamos más que relativamente y por poco rato, han de confesar los apasionados al arte musical que ésta no es bastante para entretener á un pueblo entero, y que, como funcion pública, es necesario limitarla á corto número de espectadores, de esos que la entienden, al ménos hasta que la educacion musical cunda y se propague á todas las clases sociales.

Éstas se recrean más con las corridas de toros, no hay que dudarlo.

Es más perceptible para ellas el encanto que les produce lo real y positivo, que lo figurado é ideal.

Sienten y gozan con lo que á la vista tienen, y no se alimentan con ilusiones.

Y tanto demuestran su sentimiento, que si en la corrida de toros hay una desgracia, el terror en unos, la pena en muchos y el disgusto en todos, se refleja inmediatamente.

Porque en esto hay verdad; y en la música, si no se *idea-*

liza el oyente, si no se trasporta á los espacios imaginarios, no experimentará nunca terror ni pena.

En lo otro habrá mérito, pero hay ficcion; y la comprension humana instintivamente separa en el acto la verdad de la mentira.

Así aquéllos para quienes la música es un entretenimiento al que fácilmente renuncian, afirman que *no es verdad que el corazon sienta lo que dicen que quiere decir* la composicion musical, sino que es una cosa agradable en algunas ocasiones, sobre todo no cuando se oye, sino cuando se escucha; que ni hace reir ni llorar, y de que se prescinde por mirar un traje las mujeres, ó por hablar de éstas los hombres.

—En los toros, ¿se habla de otra cosa que de la lidia?—nos preguntan.

Y tenemos que confirmar su aserto, porque es verdad que ni hombres, ni mujeres, ni niños piensan allí en otra cosa que en los múltiples accidentes de la lidia.

Allí se olvidan todas las penas. La no interrupcion del espectáculo contribuye mucho á esto, porque no permite que la imaginacion se aparte un momento de lo que tiene á la vista y tan poderosamente la preocupa.

Y fundándose en esto, dicen los tenaces impugnadores de la música:

—Si ésta no hace llorar, ni reir, ni ensoberbecerse, ni aborrecer, ¿qué fibras del corazon toca? Concedemos que deleita, agrada, gusta la buena música, que puede escucharse un rato sin que moleste; pero concédasenos al mismo tiempo

que la fiesta de toros tiene más de magnífica, ostentosa é interesante, que el mejor concierto de las mejores obras. Y si no, ejecútese éste en un local en que los oyentes no puedan lucir sus galas, ni entretenerse en conversacion alguna amorosa ó política, y será muy escaso el número de los concurrentes. No hablamos por hablar, sino que la experiencia lo ha demostrado, con gran desencanto de los que han creido que una buena orquesta por sí sola, donde quiera se coloque, donde quiera empieza á hacer sonar sus armoniosos sonidos, allí lleva gente.

¡Amarga decepcion para el arte de Orfeo!

—¿Sucede esto con las corridas de toros?—vuelven á preguntar.

Y cansados ya nosotros de su persistente tenacidad, les concedemos mucho, les criticamos algo, y para no fatigar más á nuestros lectores, los enviamos *con la música á otra parte*.

* * *

Tratemos algo del baile, que es uno de los espectáculos principales y más antiguos.

Veamos si en él encontramos la *moralidad* que dicen los extranjeros falta á las corridas de toros.

Veamos si no tiene nada de *ridículo*.

Juzguemos desapasionadamente acerca de los bienes y ventajas que reporta á la sociedad, y comparemos.

Sin remontarnos á los tiempos primitivos, en que tambien se bailaría de seguro, y si no que lo digan Adan y Eva, si hay

quien se lo pregunte; sin criticar al danzante rey David, que cuando él danzaba y tocaba el arpa sabría por qué lo hacía; sin querer de intento tratar aquí de las lúbricas danzas de la dueña del mundo, Roma, dirémos algo de tiempos más modernos.

No sabemos cómo se bailaría en España una danza que por fines del año 1500, poco más ó ménos, se llamaba la *Alemana*, y estuvo muy en uso; pero debía ser decente, aunque fria y sosa como los individuos de la nacion á que alude su nombre, cuando Lope de Vega, cuarenta años despues, la echó de ménos como honrada, al criticar la *Chacona*, baile nuevo que ofendía la virtud, la castidad y el decoro de las damas con sus acciones gesticulares.

Ya empezamos con la moralidad.

Más tarde se bailó las *Folías*, que dicen no era danza tan decente como la *Pavana* y la *Gallarda*, ó al ménos no era de tan buen tono; la *Zarabanda*, la *Alta* y la *Baja*, y otros muchos, entre ellos el *Canario*, de rápidos movimientos, cabriolas, campanelas y *picaresco* traqueteo.

Luégo ya en nuestros dias todo el mundo sabe lo que eran el *Minué* (que han vuelto á poner en uso ahora), la *Gabota*, la *Cachucha*, la *Guaracha*, y tantos otros cuya lista sería interminable, y que, en especial los dos últimamente citados, tenían sus puntas de incitantes y traviesos.

No queremos tampoco hablar de las *Mollares*, el *Fandango*, el *Bolero*, el *Ole*, el *Jaleo* ni las *Sevillanas*, más incitantes, más picantes y más retrecheros, cuanta mayor sea la gra-

cia, el aire y el *aquel* con que la *bailaora* arquee los brazos, mire al cielo y luégo á la tierra, mate la araña, lleve y traiga el mundillo con temblores, molinete, estremecimientos y paradas en firme.

Son estos últimos bailes tan españoles, que no debemos hablar contra ellos.

Ademas de que nuestro fin no es desautorizar, criticar ni decir nada en contra de los demas espectáculos sino en cuanto baste al objeto que nos hemos propuesto.

Demostrar, en una palabra, que no es el peor de los espectáculos la funcion de toros, sino que lleva ventajas á los demas.

Pero, volviendo á referir algo del baile y la danza, ¿no es ridículo, no parece altamente risible, un hombre hecho y derecho dando saltos y haciendo piruetas, moviendo los brazos como si cazara moscas, en medio de un escenario?

¿No excita á la burla un hombre dando vueltas en un salon al compas del atolondrado vals, echando al aire las aletas del obligado frac, cuyos faldones parecen un par de banderillas colocadas en la parte posterior del individuo?

¿Y es muy moral apretar el pecho del galan al escotado seno de la dama que con él valsa?

Vaya, señores moralistas que tanto malo encontrais en las fiestas de toros, no nos hagais hablar, que entrando en el terreno de las comparaciones, sois vencidos.

Os dirémos que no sólo es inmoral, sino repugnante en alto grado, ver en un salon cien parejas ó más, apretadas, es-

trujadas unas con otras, bailando lo que se llama bastante significativamente la *polka íntima*.

Que la desnudez completa de las actuales bailarinas es vergonzosa, y sus movimientos sin gracia, obscenos y asquerosos.

Que lo son mucho más y en grado más escandaloso, si es posible, los *cancanes* importados de la culta Francia y todos los bailes de allí venidos, en que no se ve más que andar de puntillas una mujer desnuda, sacudir las piernas (casi siempre alambres) por todo lo alto, formando con ellas un ángulo tan abierto, tanto, tanto, que parecen línea recta.

Y no es que nos asuste ver nada de esto.

No somos mojigatos, ni mucho ménos. Dejamos siempre en completa libertad á todo el mundo de hacer y decir cuanto se le antoje, si no perjudica á tercero.

Al que no le guste una cosa, que no la vea, si puede evitarlo.

¿Dirémos algo de los bailes de máscaras? Casi nos debiamos ceñir á relatar las tan conocidas frases de Larra: «Allí hay madres que andan buscando á sus hijas, y muchos maridos á sus mujeres, sin encontrarlas».

Pero añadirémos: ¿Y la moralidad?

Ni rastro ha dejado á su paso, si es que por allí ha pasado alguna vez.

Claro es que en absoluto, ya lo hemos dicho ántes, no pueden tomarse nuestras afirmaciones; por distintas causas y en diversas ocasiones debe exceptuarse algo.

Por lo mismo, creemos que nuestros detractores no dirán tampoco en absoluto que cuantos ven las corridas de toros son bárbaros é inmorales.

Pero no podemos consentir ni dejar pasar que muchos danzantes ó aficionados al baile critiquen como inmorales las corridas de toros, cuando es sabido, y tan palpablemente dejamos demostrado, que lo son mucho más los bailes.

Éstos, ademas de los vicios que despiertan, de lo que á la moral ofenden, de lo que á la dignidad repugnan, de lo que á la sociedad pervierten, afeminan á los hombres, los hace pusilánimes, endebles y cobardes.

¿Qué sentimiento noble, qué idea de lo grande, de lo heroico, puede caber en el pecho de un jóven que por ocupacion frecuenta los bailes, por inclinacion no conoce ni trata más que danzantas, y por costumbre no usa más armas que el baston de junco ó el abanico de seda?

No envidiamos su suerte, ni la de la nacion que por su desgracia tuviese muchos individuos de tal calaña.

Por eso no queremos de ningun modo que nuestro pueblo se parezca en nada al que se forme de entes que, léjos de hacer alarde de valor, fuerza é inteligencia como cumple al hombre, no piensen más que en la vida disipada del sibarita y en los goces del dinero.

¡Pobre nacion donde tal suceda!

Cuatro soldados y un cabo penetrarian impunemente en un pueblo, aunque tuviera cincuenta mil almas, y le impondrían su voluntad.

Porque nadie los resistiría.

Afeminados los unos, cobardes por lo tanto, y temerosos los otros de perder la vida, y con ella los goces á que tanto apego tienen los que para nada estiman lo necesario que es á la educacion de un pueblo hacerle fuerte, inculcarle máximas para que sea valiente, para que desprecie la vida en ocasiones, sería imposible la defensa.

Pero ya hablarémos de esto más adelante.

Nos hemos apartado, sin querer, del camino que nos habíamos trazado.

Sigamos en él, y aunque de pasada, hablemos algo de los ejercicios acrobáticos y gimnásticos.

* * *

El mejor de éstos, el de más mérito, el más esmeradamente ejecutado, ¿puede compararse á una corrida de toros, por mala que sea?

Conteste por nosotros el lector, y aunque sea aficionado á la gimnasia ó á los ejercicios hípicos, díganos con franqueza si puede competir un espectáculo con otro.

Comprendemos la necesidad en muchas ocasiones de ejercitarse en la gimnasia, como medida higiénica aconsejada por la medicina; conocemos tambien el goce particular que el jóven siente al practicarla en el trapecio, en las paralelas y haciendo planchas; sentimos asimismo el gusto especial con que monta un buen caballo, le enseña, le amaestra, y le luce y hace lucir en todas partes.

Bajo cierto punto de vista, todo esto es bueno y agradable.

Mas desde el momento en que se quiera hacer de ello un espectáculo público, tiene que ser de los llamados de tercera clase. No puede, por lo tanto, aspirar siquiera á que se intente ponerle enfrente de las corridas de toros: está muy por bajo.

¿Qué diversion ofrece, por ejemplo, una infeliz muchacha balanceándose en una cuerda, ó dando saltitos sobre un caballo, diez, veinte ó treinta veces?

¿Qué puede gozar el espectador, viendo trabajar en un trapecio á gran altura, en la escalera aérea ó en la percha peligrosa? Nada; cuando más, admirar el valor, el arrojo y el atrevimiento de un hombre que, despues de todo, no sabe hacer más que aquello, es decir, que siempre hace lo mismo y del mismo modo.

Él hace lo que quiere hacer, lo que ha aprendido; no lo sujeta á la voluntad de otro, sino que no va más allá de donde él quiere.

El torero tiene que estudiar en el terreno cada caso nuevo que le ocurre: el toro demuestra distintas inclinaciones, y á ellas se atempera el torero para vencerle; no hace siempre lo que quiere, sino aquello que le permite la condicion del toro, estudiándola en el acto, en el mismo momento.

¿Dónde hay más mérito?

Hemos querido reducir á la individualidad del *artista* la comparacion entre una y otra clase para hacer más perceptible nuestra demostracion, no con ánimo de ofender.

Dudamos si hablar ó no de esos niños descoyuntados y ra-

quíticos que *compran* ó roban los saltimbanquis para enseñarles arriesgados ejercicios, ó exponerlos ridículamente como marmotas; de esas niñas agraciadas á quienes explotan gentes sin conciencia, las aplauden cuando trabajan en el trapecio, en la cuerda ó en el caballo, y mueren en su mayoría pobres y jóvenes en un hospital.

Mejor es dejarlo. No tenemos la intencion de que en nuestro libro haya nada que incline á la tristeza; pero permítasenos decir: ¿Y esto es más moral que las corridas de toros?...

Tócales el turno ahora á las funciones teatrales: su importancia, que la tienen en primer grado, merece que el asunto se trate despacio, y para ello empezarémos capítulo aparte.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

El mejor de los espectáculos públicos, el que mas interesa, el que mas instruye, el que mas debe moralizar las costumbres de un pueblo, es el teatro.

En él deben ponerse de manifiesto las prodigiosas obras del entendimiento humano, esas magníficas creaciones que, animadas del estudio y del talento, llevan en sí un destello divino que asombra al mundo, deleita al espectador y forma parte de la gloria de la nacion que cuenta en su seno seres privilegiados que tales obras producen.

El llanto, la risa, las escenas heróicas, los mil encontrados afectos del corazon humano, con cuantas derivaciones de

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

«Si los espectáculos cultos, léjos de enseñarme algo y de educar y desarrollar mis buenos instintos, ponen de manifiesto ante mis ojos un mundo de inmoralidad y una exuberancia de lujo que ciega mis ojos sin tocar al corazon, hoy más que nunca tengo derecho á mis corridas de toros.»

PEÑA Y GOÑI.

El mejor de los espectáculos públicos, el que más interesa, el que más instruye, el que más debe moralizar las costumbres de un pueblo, es el teatro.

En él deben ponerse de manifiesto las prodigiosas obras del entendimiento humano, esas magníficas creaciones que, emanadas del estudio y del talento, llevan en sí un destello divino que asombra al mundo, deleita al espectador y forma parte de la gloria de la nacion que cuenta en su seno séres privilegiados que tales obras producen.

El llanto, la risa, las acciones heroicas, los mil encontrados afectos del corazon humano, con cuantas derivaciones de

él se desprenden, deben retratar en la escena las pasiones, los vicios y virtudes del mundo antiguo y moderno.

Unas veces para enseñar, para imitar lo noble y honrado; otras para criticar, para castigar lo inmoral, lo perverso.

Aquello, para ensalzarlo; esto, para aborrecerlo.

Siendo esto así, en la conciencia de todos ha de estar forzosamente la idea de que mayor aficion ha de tener al teatro la persona instruida, la de mejores instintos, que la ignorante ó embrutecida, suponiéndose con fundamento que aquélla va á presenciar las representaciones por el grato solaz que le proporciona una obra discreta por su estructura, por el buen desempeño de los artistas que la interpretan, y los demas atractivos que encierra el teatro en sí.

Pero cuando en vez de una obra bien escrita, se encuentra el espectador con un mamarracho mal pensado y peor urdido; cuando cree proporcionar á sus hijos una leccion saludable y los lleva á ver un manojo de desvergüenzas; cuando en vez de artistas de talento que saben y comprenden lo difícil de su cometido, se halla con cuatro ignorantes descocados y atrevidos, entónces ya no es posible mostrar aficion al teatro.

No hay espectador que pueda concebirle más que como un medio de matar el tiempo.

Ó bien como punto de reunion de cuatro bellezas equívocas y de una docena de holgazanes, para quienes la funcion es lo de ménos.

Por desgracia, esto va extendiéndose más de lo que podria esperarse.

Y como la humanidad, cuando no hay freno que la guie, se inclina siempre y fatalmente más á lo malo que á lo bueno, sucede que el teatro se ve rara vez frecuentado si las obras son buenas, y completamente lleno si son abortos de la imaginacion de algun extraviado poeta ó de ignorante aprendiz.

Así se estraga el gusto y se pervierten las ideas. Más daño hace esto á la juventud, que cuantas corridas de toros habidas y por haber se hayan celebrado ó celebren.

Y esto no es precisamente de ahora.

Hace ya tiempo que el daño está conocido y que se ha tratado de ponerle remedio; pero no se consigue.

El por qué, no es para tratarlo en este lugar.

Ni conduce á nuestro objeto, que es el de demostrar que áun el mejor de los espectáculos, reconocido como tal generalmente, encierra en sí, dadas sus condiciones actuales, más gérmen de inmoralidad que las corridas de toros.

Mucho diríamos en apoyo de nuestra proposicion, porque mucho puede decirse; pero como se nos ha de suponer apasionados en un sentido, é incompetentes en otro, ahí va lo que sobre el teatro, tal cual era á principios de este siglo (y que por cierto no ha mejorado), escribía el gran Moratin, cuya competencia no puede ponerse en duda.

Decía así:

«Nadie ignora el poderoso influjo que tiene el teatro en las ideas y costumbres del pueblo: éste no tiene otra escuela ni ejemplos más inmediatos que seguir que los que allí ve, autorizados en cierto modo por la tolerancia de los que le gobier-

nan. Un mal teatro es capaz de perder las costumbres públicas; y cuando éstas llegan á corromperse, es muy difícil mantener el imperio legítimo de las leyes, obligándolas á luchar continuamente con una multitud pervertida é ignorante.

»En las comedias antiguas que se representan parece que apuraron nuestros autores la fuerza de su ingenio en pintar del modo más halagüeño todos los vicios, todos los delitos imaginables, no sólo hermoseando su deformidad, sino presentándolos á los ojos del público con el nombre y apariencias de virtud.

»Las doncellas admiten en su casa á sus amantes miéntras el padre, el hermano ó el primo duermen; los esconden en su propio cuarto, salen de su casa y van á buscarlos á la suya para pedirles celos ó darles satisfacciones; huyen con ellos y se abandonan á los extravíos más culpables de amor, como pudieran las mujeres más perdidas y disolutas. La autoridad paterna se ve insultada, burlada y escarnecida.

»El honor se funda en opiniones caballerescas y absurdas que en vano han querido sofocar y extinguir las leyes, miéntras el teatro las autorice. No es caballero el que no se ocupa en amores indecentes, rompiendo puertas, escalando ventanas, ocultándose en los rincones, seduciendo criados, profanando, en fin, lo más sagrado del honor, y atropellando aquellos respetos que deben contener las pasiones más violentas de todo hombre de bien.

»No es caballero tampoco el que no fia su razon á su espada, el que no admite y provoca el desafío por motivos ri-

dículos y despreciables, el que no defiende el paso de una calle ó de una puerta á la justicia, haciendo resistencia contra ella, matando ó hiriendo á cuantos le amenazan con el nombre del rey, y abriéndose el paso á la fuga, que siempre se verifica sin que estos delitos se vean castigados, como era consiguiente, sino ántes bien aplaudidos con el nombre de heroicidad y de valor.

»En otras piezas, el personaje principal es un contrabandista ó un facineroso, y se recomiendan como hazañas las atrocidades dignas del suplicio. En una palabra, cuanto puede inspirar relajacion de costumbres, ideas falsas de honor, quijotismo, osadía, desenvoltura, inobediencia á los magistrados, desprecio de las leyes y de la suprema autoridad, todo se reune en tales obras, y éstas se representan en los teatros de Madrid, y el gobierno lo sufre con indiferencia.

. . . . . .

»Si el teatro es la escuela de las costumbres, ¿cómo se corregirán los vicios, los errores, las ridiculeces, cuando las adula el mismo que debiera enmendarlas, cuando pinta como acciones dignas de imitacion y aplauso las que sólo merecen cadena y remo? Si observamos, con harta vergüenza nuestra, en las clases más elevadas del Estado una mezcla de costumbres indecentes, un lenguaje grosero, unas inclinaciones indignas de su calidad, unos excesos indecorosos que escandalizan frecuentemente la modestia pública, no atribuyamos otra causa á este desenfreno que la de tales representaciones.

»Si el pueblo bajo de Madrid conserva todavía, á pesar de

su natural talento, una ignorancia, una rusticidad atrevida y feroz que le hace temible, el teatro tiene la culpa.»

. . . . . .

Esto decía á fines del siglo anterior el eminente escritor y autor dramático D. Leandro Fernández de Moratin.

¡Cuánto hubiera dicho y diría hoy si viera nuestros teatros!

Pocas, muy pocas, rarísimas son las obras más universalmente celebradas que no tengan alguno ó varios de los defectos apuntados por el regenerador de nuestro teatro; y se admiten y aplauden no sólo sin protestar contra la doctrina que exponen, sino que si álguien las critica razonadamente, no faltan escritores cuyas plumas salen á la defensa de lo malo, y gritando más y haciéndose eco de la perversion del gusto que por desgracia domina, consiguen hacer que pase y se tenga como bueno en el teatro lo absurdo, lo ridículo y hasta lo repugnante.

¿Qué es mejor, que la juventud aprenda por el ejemplo el medio de burlar la vigilancia de una madre ó el celo de un padre, ó que presencie una corrida de toros?

¿Le hará más daño ver ésta, cuando en ella no hay nada que excite sus sentidos ni á sensualidad, ni á avaricia, ni á ningun otro vicio, que asistir á la representacion de un drama en que se dé como cosa corriente el adulterio, la infamia y hasta el infanticidio?

¿Quieren que se prefiera ver las descarnadas formas desnudas de las infelices *suripantas* que figuran en asquerosos modernos espectáculos, que ha tenido la fortuna de no conocer

Moratin, á la delicada suerte de banderillas ó á la elegantísima de capear?

¿Admite comparacion el daño que pueda hacer en las costumbres la constante asistencia á los teatros *Bufos*, género grotesco nuevo que no dudamos llamar degradacion del arte, con el que remotamente puede suponerse origine, por ejemplo, la cogida de un torero?

Se dirá, y así se ha dicho repetidamente, que el espectador se familiariza, digamoslo así, con ver á menudo el derramamiento de sangre, y que esto embota en sus sentidos la idea del bien, despreciando ó haciéndole indiferente la vida de sus semejantes; pero á esto, que no tiene fundamento ni base, contestarémos con un ejemplo.

La hermana de la Caridad, ese sér débil en fuerzas como la más delicada mujer, ve frecuentemente, ya en los hospitales, ya en los campos de combate entre los estragos de la metralla, infinitos muertos y heridos que espiran en sus brazos retorciéndose por sus dolores y revolcándose en su sangre.

Y sin embargo, aquella pobre y tímida mujer no puede suponerse que haya perdido los sentimientos de caridad que constantemente practica, y á nadie le ha ocurrido decir que sus instintos empeoren, ni que la vista de la sangre vuelva feroz á la compasiva, criminal á la virtuosa, ni serpiente á la paloma.

Y lo mismo sucede en todas las clases. Ni el militar deja de tener honrados sentimientos porque en el campo de batalla acuchille á su enemigo, ni al ingeniero le falta caridad porque

en un canal haga trabajar con el agua á la cintura á los infelices condenados á tales penas, ni al arquitecto se le pueden suponer malos instintos porque ordene la colocacion de una veleta en el capitel de una torre, despues de haberse estrellado desde aquel sitio el primer obrero que intentó clavarla.

A fines del siglo pasado, un célebre filósofo de la Universidad de Ginebra escribía á Mr. D'Alembert: «¿Cómo es que la tragedia puede entre vosotros hallar espectadores capaces de soportar los objetos que les presenta y las personas que emplea en su accion? Ya un hijo mata á su padre, se casa con su madre y llega á ser padre de sus hermanos; ya otro hijo se ve asimismo obligado á degollar á su padre; tambien hay quien obliga á un padre á que beba la sangre de su propio hijo... La sola idea de semejantes atrocidades que ofrece la escena francesa para recreo del pueblo más dulce y humano de la tierra, estremece. No: yo sostendré, atestiguándolo con el asombro de los lectores, que las muertes de los gladiadores no eran tan bárbaras como estos horrorosos espectáculos. Es verdad que se veía correr la sangre, *pero no se afligía la imaginacion con unos crímenes que estremecen la naturaleza*».

El mismo D'Alembert se disculpó con Rousseau, hablando de tan espeluznantes tragedias, diciendo que, aunque el pueblo ilustrado asistiese á ellas no tanto para instruirse cuanto por sólo experimentar la conmocion que causan, no habría en ello delito ni mal, porque al fin es un espectáculo á que acudirían, por la sola necesidad que tienen todos los hombres de ser conmovidos.

Reconocida esta necesidad, decimos nosotros, ¿pueden admitir comparacion esos horripilantes dramas de brocha gorda con una funcion de toros?

Contéstese imparcialmente.

Y eso que nosotros, abundando en las ideas que llevamos emitidas, somos de la misma opinion que un notable escritor á quien hemos hecho referencia.

Las diversiones, sean las que fueren, todas serán buenas é inocentes, con tal que sean públicas.

Otra de las mayores razones que daban los antiguos impugnadores de las corridas de toros en contra de la moralidad de éstas, era la de hallarse mezcladas en los asientos de las plazas de toros gentes de ambos sexos y distintas condiciones; dando á entender, cuando ménos, que las palabras chocarreras del populacho podrían influir en la moralidad de las más morigeradas, pervirtiendo las costumbres de éstas.

Parécenos que nuestros lectores nos dispensarán la contestacion extensa que pudiéramos dar á tan trivial y hasta pueril afirmacion.

Se escribió en tiempos en que no les era permitido á las doncellas levantar los ojos del suelo (en presencia de sus padres), ni se permitía ningun hombre tener el sombrero puesto cuando se hablaba del rey.

No sabemos si entónces había más virtud ó más hipocresía; ó si lo sabemos, no lo queremos decir.

Querían entónces tener en los teatros á los hombres en el *patio* y á las mujeres en la *cazuela*, y por eso criticaban la

concurrencia á un mismo sitio de personas de ambos sexos en las corridas de toros.

Pero al fin esto era de dia, en pleno dia, y á la vista de todo el mundo.

¿Qué dirían hoy si vieran en galerías estrechas, de noche y á media luz ó casi á oscuras, si la funcion dramática lo exige, á hombres y mujeres todos mezclados, apretados y confusamente reunidos?

¡Serían de oir sus exclamaciones, si se les dijese que había habido un teatro en la capital de España, donde cantó una de las mejores compañías de ópera, en el cual hubo la feliz ocurrencia de titular *ignominia* á la más concurrida de las localidades por hombres y mujeres; tal era de estrecha, oscura é incómoda!

Pues en caso de criticarse aquello en los toros, parece que debiera serlo más en los teatros.

Ni éstos, es decir, ni por las funciones que en ellos se celebran, merece ser anatematizado el espectáculo, que es bueno en sí; ni porque alguna rara vez ocurra en las fiestas de toros un incidente desagradable puede llamársele bárbaro.

Malo y bueno tienen ambos espectáculos.

Aquél, el teatro, debiera tener más de bueno, y por lo tanto, serlo; pero, hablando claramente, ni lo tiene, ni lo es, hoy por hoy.

Las corridas de toros podrán tener algo de malo; pero ¡tienen tanto bueno!...

En todo caso, aplíquense los literatos á regenerar el teatro;

dótenle de producciones morales, instructivas, y de las condiciones que ellos deben saber mejor que nosotros, para elevarle hasta donde todos deseamos; hagan que el pueblo se instruya, se aficione á lo bueno, aprecie lo noble, leal y honrado, se despierte al eco de voces que canten grandes hazañas y nobles sentimientos, y, no lo duden, el teatro estará al frente de los espectáculos públicos.

Entre tanto...

CAPITULO VI.

CONCLUSION Y RESÚMEN DE LOS DOS ANTERIORES.

> La barbarie consiste en lanzarse el hombre al peligro sin los necesarios medios de defensa, y en la probabilidad, por consiguiente, de perecer víctima de su arrojo. . . . . .
>
> Las diversas suertes que en las corridas de toros se ejecutan, en vez de excitar la ferocidad, lo que hacen es persuadir á la muchedumbre, más que podria conseguirse con una disertacion filosófica, de la gran superioridad de la razon sobre la fuerza bruta.
>
> LÓPEZ MARTÍNEZ.

Hemos hablado ya en los precedentes artículos de los principales espectáculos hoy en uso que, por ser de distinta índole y diversas condiciones que las corridas de toros, pueden por su importancia colocarse enfrente de éstas y ser comparados con ellas, como lo hemos verificado.

Fáltanos decir algo acerca de otra clase de funciones públicas, que, si bien no pueden sufrir comparacion alguna con las corridas de toros, no por eso dejan de ser espectáculos públicos que pueden entretener más ó ménos á la multitud.

La elevacion de un globo aerostático ha sido y es una de

las diversiones más inocentes y agradables que pueden darse á un pueblo.

Pero su duracion es corta, es brevísima.

No puede entretener más que algunos minutos; y como la impresion que en el público produce es tambien muy pasajera, el hombre, para que ésta dure más, y en su afan de distinguirse, de hacer lo difícil y hasta lo que parece imposible, ha concebido la idea de elevarse con el globo, y la ha llevado á efecto.

Distintos aeronautas de ambos sexos (que tambien la mujer se atreve á cuanto el hombre se arroje) se han lanzado al espacio en débil barquilla; y por si esto fuera poco, muchos se han elevado asidos únicamente á un trapecio, haciendo planchas y molinetes en el aire, fiados en su buena ventura y en lo que la Providencia quiera hacer de ellos.

Efectivamente, esto causa alguna admiracion, y puede servir como adicion ó complemento á cualquier fiesta, ya que por sí solo no la constituye; pero no se crea que en ello no hay peligro.

Existe y grande, y no hay razon que le justifique.

No hablemos de los globos que para henchirlos no se les alimenta más que de humo, y en los cuales es facilísimo que el aeronauta al menor contratiempo se estrelle.

Ciñámonos á los construidos con sujecion á las exactas reglas de la ciencia, y que, sin embargo, ofrecen al que en ellos navega por el espacio poquísima seguridad.

De algo puede servirle la buena construccion de él: de

mucho tambien saber manejar el aparato respiratorio, abriendo ó cerrando á tiempo la válvula, que llamarémos de seguridad; pero ¿esto basta á dársela contra recios vendavales, contra obstáculos desconocidos?

Ahí está el ejemplo, entre otros, del desgraciado Mr. Arban, que ni él ni su globo han vuelto á parecer en la tierra.

En la corrida de toros el lidiador ve el peligro, estudia el modo de esquivarle hasta con gracia; si no puede huirle, le prestan auxilio sus compañeros, y en último caso, lo peor que puede sucederle es tener una cogida y ser herido; pero en el acto, en ménos tiempo del que se tarda en contarlo, se ve asistido y curado por distinguidísimos profesores, sin faltarle la más exquisita asistencia.

El aeronauta en peligro, ¿de quién puede recibir auxilio? ¿Quién puede protegerle?... Sólo Dios.

Y si se estrella contra una roca, ó se ve sumido en el mar, nadie, absolutamente nadie puede atender á curarle.

Será pasto de los cuervos ó de los peces. ¡Dichoso él si su caída es en poblado, que al ménos la caridad puede prestarle su ayuda!

* * *

Una de las funciones que más en boga hay en algunas provincias de España, de Ultramar y del extranjero son las riñas de gallos. Las citamos sólo porque no se diga que las olvidamos.

Y debiéramos hacerlo. Es triste y brutal impeler uno contra otro á dos inocentes animales, nada más que por el gusto de ver morir á uno de ellos.

Hemos dicho mal: no se los arroja á la lucha por gozar de tan criminal placer, seamos justos. Es porque el dinero que se cruza en las apuestas interesa á los concurrentes.

Quítese el aliciente del sórdido interes, y las riñas de gallos desaparecerán de pronto. Como que no tienen más incentivo.

Hemos dudado mucho si deberíamos hablar acerca de una fiesta, más que bárbara, criminal y salvaje, que por fortuna, y dicho sea en honra nuestra, nunca ha tenido asiento en la valiente España.

Nos referimos al *pugilato:* á la lucha á muerte entre dos hermanos, que hermanos son todos los hombres.

Horroriza y da vergüenza pensar que, sólo por satisfacer el deseo de lucro y el vicio del avaro, los espectadores de una nación, que no queremos nombrar por decoro de la Europa, apuesten sumas fabulosas en favor de uno ú otro de los contendientes que á puñetazo limpio se magullan el cuerpo, se rompen las mandíbulas, se saltan los ojos y concluyen por matarse.

Ni más ni ménos que si fueran gallos ó perros de presa.

¡Qué baldon!

En honor de la verdad, estas degradantes luchas, muy en boga á principios de este siglo, van ya siendo muy raras. Sin embargo, hará una veintena de años tuvo lugar una de ellas,

para presenciar la cual se trasladaron de la capital de aquella nacion, á pocas millas de distancia, más de treinta mil personas.

Cada cinco minutos salía un tren lleno de bote en bote de gente ávida de presenciar tan asqueroso y repugnante espectáculo, viendo á dos robustos jóvenes desnudos completamente de medio cuerpo arriba, y llenos de vida, luchar hasta encontrar la muerte entre los aplausos de la *malvada* muchedumbre que vitoreaba al vencedor.

¿Puede darse mayor ejemplo de barbarie?

¿Es posible acordarse siquiera de las corridas de toros para compararlas con tan atroz crímen?

Se nos dirá que las leyes de aquel país prohiben terminantemente tales pugilatos: es cierto; pero á esto dirémos que cuando la autoridad no puede por ménos de proceder contra el miserable asesino, cuando le es imposible hacer la vista gorda, como decimos en España, el Jurado impone tan ligeras penas al delincuente, que, léjos de considerarse como castigo, pueden estimarse como recomendacion para lo futuro, y como concesion de descanso y reposo para el presente.

—Despues de todo,—exclamarán los *humanitarios* habitantes de aquella nacion aficionados á tan criminal recreo,—¿qué vale la vida de un hombre ignorante y estúpido, comparada con el puñado de oro que ha ganado?...

Pasemos á otra cosa; que la relacion de estos ciertísimos hechos angustian el corazon y trasladan la imaginacion á los remotos tiempos de la barbarie.

Relatemos, por fin, otro espectáculo nacido fuera de España y que está en uso en diferentes naciones.

Las carreras de caballos.

Decimos de éstas lo que llevamos dicho de otros espectáculos que, sin ser repugnantes, ántes bien admisibles, no pueden competir de ningun modo con nuestra fiesta nacional.

En vano es que lujosos trenes y aristocrática concurrencia se empeñen en dar tono á la funcion: no tiene condiciones en sí para que como tal se la considere, y cuantos esfuerzos se hagan para conseguirlo serán inútiles.

Al espectador, al meramente espectador, le importa poco ó nada que un caballo corra más que otro: no se interesa por ninguno, y aunque quisiera, no se le da tiempo para ello.

¡Si la carrera de más duracion no llega á cinco minutos!

En tan poco tiempo, la emocion, aunque la hubiera, sería fugaz como un relámpago: pasan por delante del público los caballos como meteoros, sin dejar tras sí el más ligero rastro, y á veces sin poderse dar razon el espectador del número de caballos que corrían; y esto de media en media hora ó con mayor intervalo, sin que el tiempo intermedio le amenice cosa alguna.

¿Cuál de los sentidos, pues, es posible llegue á interesarse en tal espectáculo?

Sólo de un modo le concebimos: sólo de un modo hay emocion; pero es á tanta costa, que más vale no la haya.

Sucede esto cuando, por tropezar el caballo, por aguijonearle demasiado ó por otra causa, cae y arroja al jinete por las

orejas á gran distancia, dejándole en el suelo reventado ó poco ménos. Entónces sí, el espectador se emociona, pero tristemente; no goza, siente que por un pedazo de pan se inutilice un hombre, y donde había un cerebro inteligente, sólo se encuentre un cráneo hecho pedazos.

Quisiéramos que los defensores de estas funciones nos dijeran qué placer, qué deleite han encontrado cuando sucede una desgracia así. En las corridas de toros podrá tambien suceder una desgracia semejante, no lo negamos; pero como el torear constituye un arte, sujeto como tal á reglas fijas, el caso tiene que ser forzosamente más remoto, y áun pudiendo ocurrir, hay siempre á la proximidad gente que le evite. Lo que pudo ser un lance funesto, es casi siempre motivo de alegría y aplauso entre los concurrentes.

¿Quién salva al infeliz jinete de una caída terrible en las carreras de caballos? Nadie.

¿Y quién libra al picador de caer en las astas del toro? Todos, absolutamente todos sus compañeros.

En cuanto á la utilidad de las carreras de caballos, no la comprendemos ni como espectáculo, ni por ningun otro concepto. Será porque no nos la hayan explicado bien, demostrándonos sus ventajas; ello es que á nuestro alcance no han llegado.

Dicen que es un poderoso estímulo para el fomento de la cria caballar. Tal vez sea así. ¿Por qué dudarlo?

Mas á nosotros, poco aficionados á tal funcion, sólo nos ocurre decir que es indudablemente cierto que el caballo de

carrera para nada sirve más que para correr, y que porque un caballo corra mucho más que otro, no debe considerarse mejora en la raza sino relativamente.

El caballo de carrera no puede ser enganchado; de consiguiente, ni para tiro de carruajes en las ciudades, ni para labores del campo puede aprovecharse. Para montarle dentro de las capitales no ofrece mayores ventajas que los que no lo son, y para llegar en ménos tiempo de un pueblo á otro no se usa, y hasta es inútil, desde que los ferrocarriles y el telégrafo han acortado las distancias.

¿Por qué, pues, se da de valor á un caballo de esta clase tres, cuatro ó seis mil duros y á veces más?

¡Ah! En eso está el secreto.

Muy sencillo. Porque las carreras de caballos no son, como las riñas de gallos, otra cosa que un pretexto para el *juego;* porque si no se diera dinero al vencedor, si no se cruzasen apuestas entre los dueños de los caballos y los que no lo son, si no se procurase enriquecer uno con la ruina de otro, levantándose aquél y sumiéndose éste en la miseria, no existiría semejante espectáculo.

¿Y esto no es inmoral?

Se castiga, y con justicia, al que pone dos reales á un carton de lotería, y se tolera y hasta se autoriza al que sacrifica su fortuna al azar de un paso más de un cuadrúpedo.

Como que esto es de buen tono.

Vamos, no lo entendemos; dejémoslo, que en este mundo cada uno ve las cosas bajo distinto prisma.

Reasumamos.

Creemos haber probado claramente que las funciones de toros son de más atractivo, más espléndidas y magníficas y ménos inmorales que todas las demas hoy conocidas y en uso en las naciones de Europa.

Porque, con relacion á la música, ésta interesa en menor grado, no emociona tanto como cualquiera de los incidentes que en la lidia se originan, y sólo cuando va acompañada del canto y del aparato escénico puede entrar en comparacion con las corridas de toros.

Porque, respecto del baile, la inmoralidad está de parte de éste en casi todas las ocasiones, y cuando no, es insulso y sin aliciente para divertir honestamente á una gran muchedumbre.

Porque, respecto del teatro, tal cual es hoy y como le conocemos, tambien le lleva ventaja en cuanto á moralidad, si bien reconocemos que debe y puede ser el primero de los espectáculos públicos, si se varía de rumbo.

Que ni las funciones gimnásticas, acrobáticas ni aerostáticas pueden compararse de ningun modo con nuestra fiesta nacional, porque entrañan mayor peligro, divierten ménos y son más inmorales.

De las riñas de gallos y del pugilato nada digamos: probado queda que son altamente inmorales y estúpidamente bárbaras, y estamos seguros de que nadie defenderá lo contrario.

Y por último, que las carreras de caballos tampoco pueden entrar en comparacion con las corridas de toros, porque sobre ser aquéllas más frias, son más inmorales, puesto que están

basadas en el *juego*, y los juegos de azar tienen un capítulo en el Código penal.

Demostrado hasta la evidencia que la fiesta nacional de toros lleva ventaja á todos los demas espectáculos en animacion y alegría, y que es muchísimo ménos inmoral que la mayor parte de los que hoy se conocen, no se comprende el empeño que muchos pusilánimes ó... *interesados* demuestran por querer quitar á España la mejor de sus funciones, la más característica, la que no imitan á su pesar los extranjeros, y la que envidian éstos y aplauden todos sin excepcion al presenciarla, inclusos los que la combaten, las *mademoiselles* y *miss* de *extranjis* y hasta los niños de seis años.

¡Poderosa influencia de lo grande y extraordinario!

Si álguien duda de esta verdad, le aconsejamos que vea seguidas un par de corridas de toros; le decimos lo mismo que el consabido cantar en seguidilla:

«El confesor me dice
que no te quiera,
y yo le digo: Padre.
¡SI USTED LA VIERA!»

y apostamos doble contra sencillo á que el afeminado opositor nuestro *se nos pasa* con armas y bagajes ántes de concluir un abono de seis corridas.

Hay cosas que no se discuten, que no pueden cuestionarse ni ser objeto de controversia, cuando uno de los contendientes no ha visto detenidamente el pro y el contra de ellas.

Al que no gane nada con que haya ó no corridas de toros, al enteramente imparcial y de buena fe, le dirémos para hacerle partidario nuestro: «Venga usted á nuestro lado tres corridas».

Y ántes de que llegue ese dia le describirémos como podamos lo que es una tarde de toros en Madrid.

El cuadro no sirve más que para los que no han visto el original; que los que hayan tenido este placer, encontrarán incorrecto el dibujo y pálidos los colores.

Figuraos, le dirémos, una ancha, magnífica y hermosa calle, como es la de Alcalá, una hora ántes de empezar la corrida, ocupada toda en más de dos kilómetros de extension por un gentío inmenso, cada vez más compacto y numeroso, que se acrecienta y aumenta considerablemente con otro que en abundancia le suministran las muchas calles y principales paseos que á la misma vía afluyen, como los alegres arroyos y los potentes y caudalosos rios desembocan en el mar.

Figuraos toda esta gente, en grupos más ó ménos numerosos, marchando en una misma direccion, más bien de prisa que despacio, alegre, decidora, y con un júbilo que se refleja en todos los semblantes de viejos y jóvenes, hombres ó mujeres.

Imaginaos los balcones de los elegantísimos edificios que forman la calle, llenos tambien de personas de distintas clases que admiran tal movimiento, tanta diversidad de colores en las ropas, tanta alegría en un pueblo, que tal vez en esto sólo tenga homogeneidad de opiniones.

Y en medio de esta calle, aumentando el ruido y la alga-

zara, contemplad un sinnúmero de carruajes de todas clases, desde el aristocrático landó, la elegante berlina, la vaporosa victoria, el ligero milord y la bonita jardinera, hasta el esbelto faeton, el modesto simon y el provocativo ómnibus madrileño, que en nada se parece al de las demas naciones.

Alguna vez, casi escondidas en modestísima tartana, se ven hermosas mujeres, de quienes al paso y ligeramente pueden apreciarse unos ojos negros, brillantes, capaces por sí solos de encender á medio mundo y quemar al otro medio.

Añadid á todo esto las voces de los vendedores de agua, flores, frutas y confituras; las de los cocheros; las campanillas de las mulas de los ómnibus; los sonoros y abundantes cascabeles de las colleras y quitapones, que, puestos en racimos sobre los caballos de un faeton, semejan, más que otra cosa, un soberbio ramo de flores de plata, que, á modo de penacho, sólo sabe mover con gallardía el garboso caballo español.

Y como si esto no bastara, al confuso tropel de que damos ligera idea aumentad un gran número de jinetes que, cada uno por su lado, unos en rucio caballejo de mala facha pero de buen andar, otros en overos andaluces negros como el azabache, de arrogante y altivo continente, y otros en yeguas inglesas de largo cuello y descarnadas manos, se mezclan y confunden entre la multitud, dirigiendo unos sus voces á la gente de á pié, y saludando otros, con la gracia que Dios ha dado únicamente á los nacidos en España, á la encopetada y preciosa dama, que con ojos de fuego, labios de coral y cútis de raso, responde desde su coche con la más cordial sonrisa.

No os pareis aquí: no os distraiga tanto bullicio, tanto movimiento, tanta animacion.

Si os sentis acometidos del mismo júbilo que se ha apoderado de las demas gentes, que sí os sentireis, porque no hay quien pueda resistir aquella fuerza de atraccion, seguid más adelante.

Traspasad la puerta de Alcalá, soberbio monumento de piedra que señala el límite que por aquella parte tuvo Madrid; continuad el camino que va á la plaza de toros, y en el cual habreis visto al pasar, en anchas y lujosas carretelas abiertas, á las dos ó tres cuadrillas de toreros que han de tomar parte en la fiesta, con sus ricos y costosos trajes, y jinetes en malos caballos á los picadores de brazo de hierro y mano ligera, que de un jaco malo hacen uno bueno; llegad á las puertas de la plaza y parad allí.

Si no habeis reparado ántes en él, observad el magnífico y ostentoso exterior del edificio en que va á tener lugar la funcion, el empeño que los concurrentes muestran por entrar en él cuanto ántes, el sinnúmero de gentes que vomitan los infinitos carruajes de todas clases que allí llegan precipitadamente, y el entusiasmo de unos, y la alegría de todos, aumentada por la brillante y espléndida luz de un sol que no alumbra tan refulgente en ningun punto del universo.

Penetrad en las extensas galerías que dan comunicacion á los tendidos, gradas y palcos, y os asombrareis viendo en ellas tanta diversidad de clases. Al lado del banquero el menestral, junto al abogado el obrero, cerca del senador al que vive de

un jornal, y casi unidos al grande de España y al patan; y luégo, codeándose y observándose maliciosa y recíprocamente, la modista, la patrona de huéspedes, la señora de la clase media, la de circunstancias y la de dorados blasones, todas ataviadas y engalanadas mejor que en dia de boda, con sus ricos trajes de mil colores, sus mantillas de encajes blancos ó negros y su hermosura incomparable.

Porque á los toros no va ninguna mujer fea.

Verdad es que en España es rarísima la fealdad en el bello sexo.

Una vez allí, al contemplar tanta alegría, tanta beldad, tan bullicioso gentío, que entra y sale, sube y baja, grita y vocea, llama y responde, cruza de un lado á otro, corre, se pára y marcha en todas direcciones, saludándose al paso, sombrero en mano y abanico en rostro, os habeis de figurar forzosamente que aquello tiene más encanto, más atractivo, aunque en algo se parece pero mejorando, que un gran baile de máscaras; tales son los remolinos de gente que se forman, los corrillos de aficionados, los chistes que se oyen, y el frenesí que despierta en cuantos por primera vez asisten al espectáculo.

Y éstos no son más que los preliminares de la fiesta, porque ni hemos dado vista al interior de la plaza, ni ménos ocupado nuestra localidad.

Más adelante la ocuparémos.

Es seguro que la persona que vea todo esto sin hacer caso de ridículas sensiblerías, experimentará desde luégo como una corriente magnética que ejerce su influencia sobre su corazon

y su cabeza, lo mismo en su parte física que en su parte intelectual.

Esta excitacion de su ánimo, que le hace mirar aquello con extraordinario júbilo, es *entusiasmo*.

¿Hay en el mundo alguna otra fiesta que ántes de verla, ántes de empezarse, pueda provocarle, excitarle, ni áun indicarle?...

CAPITULO VII.

CUATRO PALABRAS CONTRA LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS.

> La hipocresía, la pusilanimidad, el espíritu de extranjerismo y una afectada filosofía, han sido en diferentes épocas los más encarnizados enemigos de la tauromaquia.
>
> CORRALES MATEOS.

Ya que estamos con las manos en la masa, como suele decirse, no queremos dejar de hablar acerca de la *Sociedad protectora de los animales* establecida en Lóndres, con ramificaciones en muchas partes del globo.

No por lo que nos importe dicha extravagancia inglesa, sino por el daño que intenta causar á nuestra fiesta nacional.

De otro modo, es decir, si no hubiera ofrecido premios á los que combatiesen las corridas de toros, ya de obra, ya por escrito, ya con sus influencias, ¿qué nos habíamos de acordar de semejante Asociacion, ni de sus animales?

Pero nos atacan en todos terrenos, y en todos y en cualquier parte nos encontrarán para defendernos.

Conocen que el dios del siglo es el dinero, y comprenden que nunca faltan plumas venales y hombres que son capaces de cualquier cosa por una mezquina recompensa. Así es que oficialmente han ofrecido premios en España, y más que en España, en el centro de las provincias de Andalucía, precisamente donde nacen más toreros y donde se crian más toros.

¿Cómo ha contestado el país á semejante imprudencia? Como debía, como la necedad de la idea requería: con una estrepitosa carcajada los unos, con preciosos epigramas otros, con dichos picantes éstos, con folletos incontestables aquéllos, y todo el mundo con el más soberano desprecio.

Todo el mundo no, triste es decirlo; hay media docena de... *sabios,* que piensan, respecto de las corridas de toros, como la Sociedad protectora de animales. Parece imposible que sean españoles. Ignoramos qué movil les guia; tal vez el de distinguirse. Si éste es, lo conseguirán, como consiguieron celebridad el Conde D. Julian, Vellido Dolfos, Torquemada y otros personajes de la historia; pero no los envidiamos.

Por qué han de marcar siempre los extranjeros el curso que han de llevar en nuestra nacion las discusiones sobre cualquier asunto; por qué han de promoverle ellos, que tienen mucho por qué callar, es cosa que nos ha llamado la atencion en todas ocasiones y más en la presente.

Ocúrrese á la bendita Sociedad referida, hace un par de años, convocar certámen para premiar al que mejor escriba un libro, folleto ó cosa parecida, condenando las corridas de toros, y entónces empieza á arreciar contra éstas la tempestad

preparada por dichos *sabios,* levantando razonamientos antiguamente destruidos y enterrados entre cieno extranjero.

Antes, hacía ya muchos años, nadie se acordaba de criticarlas; luégo ya se ha querido esforzar el bando contrario á ellas, y hasta opina por que se supriman.

Nada dirémos á los españoles que así piensan: están en su derecho; pero ya verán cómo se engañan y cómo no consiguen lo que quieren. Y si no, al tiempo.

Pero los extranjeros, ¿con qué derecho se permiten venir á dar lecciones de moralidad al gran pueblo español, que en dignidad, en vergüenza y en la práctica de todas las virtudes está y raya tan alto como el que más?

¿Qué es lo que les autoriza para querer que de la valiente España desaparezca la única fiesta nacional que le es característica y marca ostensiblemente su indomable valor y temerario arrojo?

Ó una extravagante locura, ó una mezquina envidia.

No puede ser otra cosa.

Porque en cuanto á moralidad en sus espectáculos y en sus diversiones, no hay que envidiarlos, por más que en muchas cosas aparenten lo que no son.

La prueba de esto se halla en las costumbres inglesas y en su estrambótica imaginacion.

Ya un acaudalado lord, ya una opulenta miss, dejan parte de su fortuna para fundar un hospital de gatos ó para que se atienda á la educacion, sostenimiento y delicada asistencia de cuantos perros vagabundos se encuentren por las calles; ya

un miembro de la Cámara de los Comunes increpa duramente en sesion pública al gobierno, para que diga si se ha castigado, cual la ley exige, al infame delincuente que dió un palo á un gato, sin más razon que la de que le quiso robar una chuleta; ó ya, por fin, otro millonario tratante en carnes lega una renta para que se dé todos los domingos un rancho extraordinario á las ratas que hay en sus posesiones.

¿Habráse visto mayor extravagancia?

Y si al fin no viésemos en ello más que el lado ridículo, anda con Dios; pero hay que tener presente otra cosa importantísima.

Los potentados que tales fundaciones hacen en favor de los perros y gatos, de ratas y burros, no hacen ninguna en pro de los hombres desvalidos; y los que dan rancho extraordinario á los animales inmundos, dejan poco ménos que morir de hambre á infelices mujeres que por enfermas no pueden ganar en una fábrica un miserable jornal.

Y téngase entendido que en Inglaterra, cuna de la proteccion animal, el hombre se muere de hambre, porque el pauperismo es numeroso.

Comparemos.

Les duele mucho que en nuestras corridas de toros se sacrifiquen caballos matalones que, como es sabido, no tienen otro uso ni aplicacion para la industria, y no les importa, ántes bien lo fomentan, criar, engordar y cuidar bien á un caballo para comerle despues; porque allí se come la carne de caballo.

De seguro si los animales hablaran, renunciarían en solemne forma tan interesada proteccion.

Es más, y esto no se nos puede negar.

Existen en los mágnificos jardines zoológicos de Lóndres animales raros de distintas clases, colecciones de bípedos, cuadrúpedos y de todas castas que llaman la atencion.

No faltan preciosos pájaros, ni magníficas fieras.

Y para que de todo haya, tienen bien aposentados asquerosos reptiles, serpientes boas y de cascabel, culebras, víboras, etc.

Pues bien, los humanitarios ingleses, que serán de la Sociedad protectora, alimentan estos repulsivos reptiles con otros inocentes animales; y es atrozmente repugnante ver echar á la jaula de la serpiente un tímido conejo, que desde aquel momento agacha las orejas y no se mueve, ó una hermosa paloma, que extiende sus alas por el suelo, dejándose tragar por el inmundo reptil.

Más claro: alimentan un animal venenoso y nocivo con otros muchos inofensivos y útiles al hombre, único sér á quien le es dado discernir lo bueno de lo malo.

Y es que la visita de los curiosos á aquellos establecimientos produce gruesas sumas, que no darían los conejos ni palomas.

¡Maldito interes!

En todo se mezcla, y en aquella nacion más.

¡Qué mucho, si hasta el caballo, que es para los ingleses el mejor de los animales, su más íntimo compañero, es cuida-

do, mejorado y educado sólo porque en las carreras les gane premios fabulosos y apuestas singulares!

¿Qué les importa reviente despues de una carrera, si ha ganado el premio?

Que no hablen de proteccion á los animales los que no se la dan sino en cuanto á ellos pueda serles útil: que no llamen proteccion la ridícula creacion de hospitales de gatos y otros inútiles animalitos, porque tal vez se oculte tras de esta fundacion la idea de mantenerse con poco trabajo una docena de empleados; y sobre todo, que no se metan en aconsejarnos cómo hemos de matar los animales que para nuestro sustento y recreo tan pródigamente nos ha dado la naturaleza.

Cuidados ajenos...

Vayan enhoramala á gobernarse á sí mismos, y déjennos con nuestros vicios y con nuestras virtudes, nuestros defectos y nuestra nobleza; que para demostrar valor, fuerza, amor patrio, inteligencia y talento, los españoles no necesitan ni han necesitado nunca del auxilio de nadie.

¡Tanto defender á los animales, y tanto ofender á los racionales!

Casi nos hacen dudar si son... dichos señores personas en su sano juicio, ó faltos de él como D. Quijote.

Volvemos á decir, y no nos cansarémos de repetirlo: cada nacion tiene una fiesta característica que le es peculiar; y si no la tiene, peor para ella: debe tenerla. España tiene la suerte de poseer la mejor, la más magnífica y ostentosa, donde hacen igual papel la inteligencia que el valor. ¿Qué podemos hacer

más que compadecer á los que no la poseen, por más que lo pretenden?

Sentirémos mucho habernos excedido en éste y los precedentes artículos, al criticar y hasta vituperar los espectáculos que admiten comparacion con las fiestas de toros.

No es ni ha sido nunca nuestro ánimo herir susceptibilidades ni usar de recriminaciones: que nadie vea ofensa personal en lo que va escrito; pero lo dicho, dicho está.

A fe que no se usa de mejor lenguaje por los detractores de las corridas de toros. Siempre están llamando sanguinario y bárbaro al pueblo que le sostiene, y no saben ¡imbéciles! que ese pueblo, alto y bajo, desde la punta del pié á la cabeza, tiene infiltrado en la médula de sus huesos el amor á su fiesta nacional, al mismo tiempo que á sus padres y á su patria.

Por eso sostendrémos siempre cuanto llevamos escrito, con mejor ó peor acierto, con más ó ménos entendimiento, porque éste Dios le da, pero siempre con la fe de la conviccion y una voluntad decidida, y dirémos con el gran Quevedo:

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿No se puede sentir lo que se dice?
¿No se puede decir lo que se siente?

. . . . . .

Que las fiestas de cierta clase, como la de toros, son convenientes, no es opinion nuestra. Lo llevamos dicho y atestiguado con personas importantísimas; pero para que nada falte en apoyo de nuestra opinion, véase lo que en su libro *Consi-*

deraciones sobre el gobierno de Polonia escribía en el siglo pasado el eminente filósofo J. J. Rousseau:

«¿Por qué medios se podrá excitar el movimiento de los corazones, el amor á la patria y á las leyes? ¿Me atreveré á decirlo?... Con cosas que parecen niñerías y frivolidades: con unas instituciones vanas á los ojos de hombres superficiales, pero capaces de arraigar el amor á nuestras costumbres y hacer invencibles nuestras inclinaciones.

»Una gran nacion debe mantener sus usos propios, civiles y domésticos, que tal vez degeneran diariamente por la propension general de la Europa á imitar los gustos y maneras de los franceses. Conviene, pues, sostener estos usos, que siempre serán ventajosos, *áun cuando de suyo fuesen indiferentes, ó no buenos, bajo ciertos respetos.*

»Muchos juegos públicos en que la buena madre patria se complazca en ver divertirse á sus hijos: que ella los entretenga frecuentemente para que por su parte ellos nunca la olviden. Deben abolirse, áun en la misma corte, las diversiones ordinarias de otras córtes, tales como el juego... y cuanto promueva la afeminacion. Invéntense diversiones que no se conozcan en otras partes.

»Si fuese dable, nada haya exclusivo para los grandes y poderosos. Muchos espectáculos al raso en donde todo el pueblo se divierta igualmente, como entre los antiguos, y que allí la juventud de la nobleza haga ensayos de fuerza y agilidad. *No han contribuido poco las corridas de toros á mantener en la nacion española un cierto vigor.*»

Esto escribía el gran filósofo, que, aunque extranjero, tenía más conocimiento práctico de las cosas del mundo que esos pobres hombres que hoy opinan de distinto modo.

Demasiado sabía, y despues lo escribe, que «estas ideas muestran á lo léjos las rutas, desconocidas de los modernos, por donde los antiguos conducían á los hombres á aquel vigor de alma y estimacion de las calidades personales, etc.»

Y no se crea que citamos á Rousseau, como ántes hemos citado á otros muchos, buscando refugio en sus nombres, no.

Los citamos porque, respetando como respetamos siempre al hombre de ciencia, nos es muy del caso fortalecer nuestra opinion particular con la suya en especial, si, como sucede en el caso presente, es indirecta la defensa que de nuestra funcion hace.

Por lo demas, ni la opinion de dicho señor, si fuese contraria, ni la de nadie, torcería la nuestra.

Tal es la firmeza de nuestras convicciones.

Como que basamos éstas en la opinion general de un pueblo entero. ¿Dónde hay más firme base?

¡Oh! Si el pueblo español pensase en todo con la misma unanimidad de pareceres, ¡qué feliz sería! ¡Cómo concluirían sus desgracias!

Los diez, treinta ó cien *sabios* que de distinto modo opinan, correrían poco más ó ménos igual suerte que la de aquellos *afrancesados* que durante la guerra de la Independencia se declararon partidarios de José I.

Ó más bien el desprecio sería su castigo.

Para contentar á un pueblo, para tenerle en paz, tranquilo y respetado, mejor que sujetarle y darle educacion quejumbrosa é hipócritamente humanitaria, dénsele fiestas en que todos sus habitantes tomen parte de algun modo, alegría y libertad.

El que está contento, trabaja y contribuye al engrandecimiento de su patria.

El que es libre, respeta á todos y de todos se hace respetar.

Mejor se vence al toro sujeto al yugo, que al que pisa el redondel libre, completamente libre, sin traba alguna.

Sólo al español le es dado dominarle.

Y al español, ¿quién le vence?

CAPITULO VIII.

CONVENIENCIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS, BAJO EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO.

Las corridas de toros, tales como hoy se verifican, son necesarias en España.

Contra la opinion de todos ésos que sin saber lo que dicen quieren suprimirlas, defendemos la nuestra con sinceridad y empeño.

No alegan en su apoyo más razon que la de que son inmorales, contrarias á la civilizacion y á no sabemos qué más. A todas estas afirmaciones contestamos en otro lugar de este libro, y mucho mejor que nosotros lo han hecho escritores notables, de sano criterio y ajenos á toda pasion.

Han demostrado hasta la evidencia que son ménos inmorales que la mayor parte ó casi todos los demas espectáculos que ahora se usan en nuestra sociedad; que ninguna de las conveniencias sociales á que rinden culto las naciones civili-

zadas puede con fundamento oponerse á que se verifiquen, y que, léjos de ser perjudiciales, son útiles y beneficiosas.

Pero vamos á decir dos palabras sobre lo mismo, bajo distinto punto de vista.

Este es el del beneficio ó daño que puedan experimentar los intereses generales del país y los particulares, de la riqueza territorial y ganadera.

Sobre esto se ha dicho poco, casi nada, y sin embargo, es tal vez el punto en que mejor puede apoyarse la defensa de la cria de reses bravas.

La nacion y su gobierno tienen el deber de procurar, por cuantos medios estén á sus alcances, el aumento de la riqueza pública.

Esto es incuestionable y es un axioma de economía política.

El fomento del cultivo y el de la ganadería es de suma importancia en todos los países; á él se atiende con preferente solicitud, y para conseguirlo se ponen en juego cuantos medios son imaginables y sugiere un buen celo en pro de los intereses públicos y particulares que tiendan á dicho fin.

Suprímanse las corridas de toros, y el descenso rápido de valores en el ganado y en los pastos será espantoso, terrible.

Ahí están los ganados vacunos que se crian como mansos en las provincias del Noroeste de España y algunas otras.

Dígasenos cuánto vale en el mercado una res mansa de las referidas, y estamos seguros de que su precio no llega, y en todo caso no excede, á la tercera ó cuarta parte del que tiene en la dehesa un toro bravo.

Y esto es lógico.

La manutencion, el cuidado y la asistencia de un buey son de poca importancia, comparados con los que el toro necesita.

Aquél pasta libremente en prados y bosques, sin cabestraje, sin mayorales y hasta sin pastores. Niños y mujeres ejercen ese cargo. Cuando más, un perro mastin ó un par de ellos sirven de guarda y custodia para defenderles de los lobos.

El toro bravo necesita tantos cuidados, tanto esmero en su crianza, que empezando por el suelo especial que ha de sustentarle, siguiendo por la educacion tambien especial que hay que darle, y concluyendo con la asistencia personal que de mayorales, pastores, zagales y vaqueros hay que prestarle, son infinitos los trabajos que ocasiona, los disgustos que acarrea y el dinero que cuesta.

Pero en cambio, vale más, mucho más, tres ó cuatro veces más que el manso.

Verdad es que, aparte de lo dicho, parecen los unos, comparados con los otros, de distinta raza.

El uno grande, pero feo, de piel sucia, basta y rugosa, pezuña ancha, cornalon y cabizbajo.

El otro grande tambien, de gran viveza, fuerte, robusto, de pelo fino y brillante, erguido, ancho de cuello, corto de patas, delgado de cola y de pezuña redonda y diminuta.

La antítesis, en una palabra.

Como que éste denota el perfeccionamiento de la raza, y aquél su decadencia, ó al ménos su *statu quo*.

Es decir, que el Gobierno, las Juntas de Fomento, las Mu-

nicipales, y todos, en fin, tenemos *obligacion*, estamos en el deber de coadyuvar, de procurar, por cuantos medios podamos, el afinamiento de las razas, la prosperidad de nuestra riqueza pecuaria, y se quiere concluir con las corridas de toros.

¡Soberbio procedimiento para conseguirlo!

La utilidad que reporta al particular ó á las empresas y colectividades cualquier asunto, cualquier negocio ó especulacion, es el móvil principal que les guia para plantearle, seguirle y perfeccionarle hasta donde les es posible.

Si las ganancias están en proporcion razonable con el capital empleado, con la inteligencia del que lo dirige y con los trabajos que ocasiona, el negocio sigue adelante.

Si, por el contrario, tras de fatigar su inteligencia y gastar su dinero, encuentra el hombre poca utilidad ó pérdidas en sus especulaciones, las abandona en cuanto puede, y lo que siente es haberlas emprendido.

Es la cosa más natural del mundo.

Pues bien, teniendo la seguridad de que un tratante en carnes no ha de pagar más precio en arroba por una res afinada y bien cuidada como hoy lo está el toro, que por otra mal criada y alimentada como le sucede al buey manso, ¿puede pensarse siquiera que haya persona que intente gastar grandes sumas en mejorar la raza, cuando ningun beneficio obtiene?

Se nos dirá: «Otros medios hay de estimular al ganadero para ello; por ejemplo, repartir premios anuales en cada comarca ó provincia al que presente mejores y más afinadas reses».

Los que esto digan, no saben lo que dicen.

Porque no es posible premiar *metálicamente* en cantidad bastante á compensar los gastos de manutencion y cuidado que ocasiona la cria de un toro.

Porque éste no tiene aplicacion más que para un fin determinado, como lo es la lidia, y sólo para esto se paga bien.

Porque no le sucede lo que al ganado lanar, por ejemplo, que da utilidad por sí en todos los países.

Porque de nada serviría á la industria, ni al comercio, ni á nadie, la afinacion ó perfeccionamiento de la raza.

Todo esto aparte de que se quitaba la legítima y plausible emulacion que tienen hoy y han tenido siempre los ganaderos de toros por que su vacada sobresalga.

Como que se excita su amor propio con el relato de las hazañas que en la lidia hacen sus toros, y por eso se desvela en conseguir su mejora.

La fama de su ganadería crece, y por consiguiente ha de vender cada vez á mayor precio las reses.

Hay ademas en esta especulacion otro aliciente, que contribuye muchísimo á que el fomento y beneficio del ganado sean cada vez mayores.

Nos referimos á la aficion que tienen á la fiesta nacional la mayor parte de los ganaderos.

Muchos de ellos pasan el mayor número de los dias del año en las dehesas ó prados, asistiendo personalmente á todas las operaciones que exige desde que nace el ganado: por sí mismos ven, conocen y aprecian los defectos, las necesidades de su vacada, las remedian, y hacen, en fin, cuantos sacrificios

de toda clase reclama el buen nombre de su ganadería, que por nada del mundo quieren perder.

Esta asistencia continua les hace á unos entretenerse en el acoso y derribo de reses, á otros en la tienta de sus becerros, y á otros en las diferentes faenas á que da lugar la cria de éstos.

Y todo les hace aumentar su aficion, y hasta que les sirva de recreo.

Sería pesado aducir más razones, que muchas hay, para convencer á nuestros lectores de que «*si la raza vacuna en España ha de adelantar cada dia más, es preciso que haya fiestas de toros*». Sólo en éstas tiene salida el ganado bravo, y por consiguiente, sólo para ellas puede pagarse un precio que de ningun modo alcanzaría en otra parte.

No hay nadie que pueda demostrar lo contrario.

Ademas de lo dicho, hay que tener muy presente, porque es tan importante como lo expuesto, cuánto no sufriría de pérdida el valor del terreno que comunmente se destina á pastos del ganado bravo.

Si éste, en vez de valer trescientos pesos por cabeza, se pagase únicamente á cuarenta ó cincuenta, claro es que no podría alimentarse en dehesas y prados con pastos de primera clase, porque su utilidad ó producto en venta no daría lo suficiente para costearlos.

Como la proporcion del valor de las reses á la del suelo en que se crian es relativa y guarda correspondencia, las dehesas y cercados quedarían en dicho caso tan despreciados como

cualquier otro terreno, su producto y valor bajaría lo ménos tres cuartas partes del que ahora tienen, y no sería extraño que viéramos desaparecer muchas de las tan magníficas que hay en España, ya por tener que destinarlas á ganados de otra clase que tanto daño les causan, ya por haber de roturarlas, en busca de mejores beneficios.

En apoyo de nuestra opinion traeríamos multitud de datos que la confirmarían; pero nos contentarémos con trasladar aquí la opinion del ilustrado consejero del Superior de Agricultura del Reino, señor D. Miguel López Martínez, respetable estadista y uno de los pocos que han tratado esta cuestion desapasionadamente.

«Aquí—dice—sobran bueyes para la labor, por la preferencia que se da hoy á las mulas, y sobrarán despues si la agricultura progresa, por la que se dará á los caballos.» «Un novillo bravo puesto en el surco labra más que otro de raza mansa; uncido á la carreta, lleva más peso y con ménos fatiga.»

Y continúa: «La raza Salers es una de las mejores de Europa para trabajo, y no llega á la nuestra, pudiéndolo demostrar con una observacion hecha por nosotros. Hemos contado los pasos que dan por minuto los bueyes Salers no siendo molestados, y los que dan bueyes procedentes de Colmenar y Jarama. Constantemente la celeridad de éstos es mayor, y se comprende por ser ménos linfáticos. Aunque la ventaja se reduzca á cuatro pasos por minuto, llegará en la hora á doscientos cuarenta, y en el dia de trabajo ordinario á dos mil cua-

trocientos. Y como cada paso tiene una representacion en el valor del jornal, claro es que ese exceso de dos mil cuatrocientos pasos equivale en cifra á un grado superior en la escala de la mejora. ¡Gracias á Dios que podemos decir y probar que tenemos una raza mejor que las mejores razas extranjeras».

Pues bien, para esto téngase en cuenta que el ganado á que se refiere dicho señor es el manso de entre los bravos.

Es decir, el desechado en las tientas por cobarde.

Pero hay más.

Las contribuciones con que contribuye al Estado el importante ramo de que hablamos, suma anualmente muchísimos millones; y como es consiguiente, desapareciendo aquél, quedarían reducidos á una mitad de lo que hoy paga: los gastos de la nacion son cada vez mayores; luégo aquel dinero habría que sacarle de otro lado para atenderlos, pesaría sobre el resto de la riqueza territorial, sobre la industria ó sobre otro elemento importante del Estado, el aumento de contribucion que habría de imponerse, y se gravaría la propiedad y se ahogaría la industria, harto agobiadas hoy por desgracia.

Y todo, ¿por qué?

Porque á unos cuantos caballeros particulares, que probablemente serán de los que cobran y no de los que pagan, se les ha ocurrido...

¡Cuánto pudiéramos hablar acerca de esto!

Pero no debemos entrar en cierto terreno, y no queremos entrar en él.

Nos hemos propuesto en este capítulo tratar la cuestion de

la necesidad de las corridas de toros, bajo el punto de vista económico, y no debemos involucrar el órden.

Ya hemos hablado ántes de las demas causas que hacen conveniente nuestra fiesta, y hemos demostrado la superioridad que en nuestro concepto tiene sobre las demas. Así pues, prosigamos.

Otro de los puntos esenciales que hay que tener en cuenta tambien, es el que representa para el Estado, para la provincia y para el municipio, el producto de las plazas de toros como edificios, es decir, como riqueza territorial, ademas del que dan como industria.

Tambien asciende á algunos millones anuales para la nacion, que no está tan sobrada de recursos desgraciadamente.

Sólo la plaza de Madrid contribuye por impuestos fiscales, aparte de más de medio millon que produce á la Beneficencia, y sin contar los derechos de consumo de las reses muertas, *con más de diez y seis mil duros*.

Y ya que citamos los consumos, es asimismo indudable de todo punto que éstos aumentan fabulosamente en los pueblos donde se celebran funciones de toros. Es grande la afluencia de gentes que de otros pueblos acude, y por lo tanto, natural el mayor gasto en los artículos sujetos á los impuestos.

Pero en resúmen:

¿Quién pierde con que haya corridas de toros?

¿El ganadero, que vende sus toros á un precio que nunca alcanzarían como mansos? No.

¿El propietario de los suelos en que pastan? No.

¿El Estado, que realiza y cobra con motivo de las fiestas de toros una suma anual de lo ménos cuarenta millones en España? Tampoco.

¿El municipio, que cobra, con ocasion de las mismas, una cantidad que excede siempre á la que le producen los demas meses del año todas las otras rentas que lleva incluidas en sus presupuestos? Ménos.

¿Los industriales de aquel pueblo, que forzosamente venden más y mejor sus mercancías cuanta mayor sea la afluencia de forasteros? Mucho ménos.

Luego ¿quién pierde? ¿A quién se causa daño?

A nadie, absolutamente á nadie.

En cambio, producen muchos beneficios, no siendo el menor, considerado socialmente, la ocupacion y trabajo que se da, cuando hay fiestas de toros, á infinitos jornaleros y artesanos.

Y á los infelices que por su desgracia paran en los hospitales, ¿quién les atendería con esmero, si careciesen dichos establecimientos de las crecidas rentas que las plazas de toros les proporcionan?

Hemos apuntado ligeramente y con la brevedad que nos ha sido posible, dadas las condiciones de este libro, todo lo relativo á las fiestas de toros, ya comparándolas con otras antiguas y modernas, ya defendiéndolas de los injustos ataques de que vienen siendo objeto hace tiempo, ya demostrando su utilidad y ventajas.

Creemos haber conseguido el objeto que nos hemos propuesto.

Si no lo hemos logrado, tenemos la seguridad completa de que no es porque la causa que defendemos sea mala, sino porque nuestra inteligencia no alcanza más.

El que hace lo que puede...

No concluirémos, sin embargo, esta primera parte de la obra sin decir algo del toro de lidia, del aficionado y del torero, como tipos puramente españoles.

Lo consideramos indispensable en una obra del carácter de la nuestra.

Bueno es que sepa quien lo ignore, el trabajo y sacrificios que cuesta la cria de toros hasta que puede preséntarseles en plaza; y bueno es tambien que conozca al aficionado al arte, los vicios y virtudes del torero, su carácter en general y sus rasgos especialísimos.

Lo único que sentimos es no tener para ello la gracia especial tambien que para retratarlos se necesita; pero en fin, si como *pinturas* no son buenas, como *retratos* tendrán parecido.

CAPITULO IX.

EL TORO.—SUS INSTINTOS.—SU NOBLEZA.

El toro es la fiera más noble que se conoce.

Su valentía, su bravura y el conocimiento que tiene de su poder, son los que le impelen á embestir; pero no tiene la traidora intencion del tigre, ni el sanguinario instinto de panteras, chacales y hienas, ni acomete á su contrario por devorarle.

El toro, sea pequeño ó grande el objeto que se le ponga delante, bien aturda como la locomotora con su silbido, bien se mueva lenta ó rápidamente como el elefante ó el caballo lo ejecutan, arremete sin tener para nada en cuenta el peligro que para él pueda existir, porque le ignora.

Las demas fieras se ocultan, se encorvan, saltan y, si pueden, acometen por detras ó por donde ménos peligro creen que hay para ellas.

Por eso al toro es fácil lidiarle: siempre ejecuta, con corta diferencia, los mismos movimientos, y siempre embiste de fren-

te. El hombre los ha estudiado, y ha comprendido que, siendo tan valiente como el toro y venciendo á éste en inteligencia, podía burlar su fiereza y dominarle.

Al decir el hombre, hemos querido aludir al español, porque los extranjeros, ya lo hemos dicho, aunque muchas veces lo han intentado y constantemente lo están ensayando, no sirven para vencer al toro, ni áun para burlarle.

Es tan noble y tan sencillo el toro, que con sólo un objeto que se le interponga entre el bulto á quien se dirige, acude á aquél y deja libre al último. Un ligero movimiento de cuerpo, llámese *cuarteo, quiebro,* etc., basta para que el hombre se salve, evitando la cabezada.

Pero para esto no es bastante querer, es necesario poder, y este poder sólo puede adquirirse por el que tenga valor á toda prueba y una gran dósis de serenidad.

No hay que confundir este valor y entereza con el que puede ostentar, por ejemplo, un domador de fieras. Éste las coge recien nacidas ó muy pequeñas, es decir, cuando su fiereza es nula; les corta sus armas ofensivas, las doma por hambre ó hace con ellas cualquier otra operacion que las prepara á domesticarse y á obedecer ciegamente al que las tiene enjauladas; sitio del que no pueden salir y que tal vez sea el que más contribuya á su abatimiento y cobardía. El lidiador de toros no ha visto nunca al que se le pone delante en toda la fuerza de su poder, escogido de entre otros como mejor y de más pujanza, y traido há pocas horas del campo en que se encontraba en libertad.

Y aquí vuelve á observarse la sencillez noble del toro. El hombre le trae y lleva á su antojo por donde quiere, sin atarle, sin encerrarle ni sujetarle de ningun modo. Cualquier otra clase de fiera, por domesticada que estuviera, habría necesidad de amarrarla ó meterla en fuerte jaula.

Pero nos hemos desviado de nuestro propósito. No queremos en este lugar hacer estudio comparativo entre el toro y los demas animales.

Tampoco le queremos hacer entre el torero español y los domadores extranjeros.

Sería rebajar al primero, y hay ademas cosas que no admiten comparacion.

Desde que nace el toro hasta que muere goza de completa libertad; pero el ganadero tiene que gastar buenas sumas en atenderle para su alimentacion y crianza, á no ser que le destine al matadero porque, inútil para la lidia, tenga que renunciar á sacar de él un producto que en otro caso sería quintuplicado.

Todo cuidado es poco para con él.

No basta proporcionarle buenos pastos; necesita ademas otras muchas cosas, y no es la menor la de una buena direccion por parte del mayoral y pastores, para apartarle á tiempo de otras reses mayores ó picadas que puedan perjudicarle, de malos terrenos, de aguas nocivas, etc., etc.

Hay que separar á tiempo á los becerros de las madres, hay que ejecutar en la dehesa con el ganado faenas para cuya ejecucion tienen época determinada, pues nadie mejor para

disponerla que el hombre de campo, el mayoral, que ni siquiera un dia ha perdido de vista la torada.

Él ordena perfectamente cuanto conduce al fin apetecido.

En su puesto está cada uno de los vaqueros, los zagales ocupan el suyo, y los cabestreros reparten y guian el cabestraje como debe ser.

Pero todo esto cuesta mucho.

No es posible calcular los malos ratos, los disgustos y los contratiempos que experimenta un ganadero criador de toros cuando forma empeño en presentar reses bravas, de buen trapío y pinta.

Desde luégo estas contrariedades llegan á hacerse poco ménos que imposibles de vencer, si el dueño de la vacada es hombre de pocos recursos relativamente, puesto que, ademas de los inconvenientes, gabelas y tributos que pesan sobre toda clase de ganados, y teniendo en cuenta el poco apoyo, casi diríamos ninguna proteccion que se presta á tan importante ramo de la riqueza pública, puede tener por seguro que una gran parte, más de la mitad, de los becerros que al año tenga, ó han de ser inútiles para la lidia desde luégo, ó han de quedarlo más tarde cuando verifique la tienta y consiguiente herradero.

Unos becerros nacen defectuosos.

Otros pierden á poco tiempo la vista por efecto de pajazos, ó sea herida que se causan con cualquier maleza en el campo.

Otros que tal vez serían por su bravura de buenas condiciones para la lidia, salen *cubetos,* ó de otro modo, mal encornados.

Otros de buenas circunstancias al parecer, resultan en la tienta huidos ó cobardes, y hay que desecharlos.

Otros ya escogidos y apartados como buenos y como bravos, son corneados, lisiados y á veces muertos por sus hermanos.

Otros, por fin, enferman, se *despitorran* ó quedan mogones.

Y ademas de las expresadas, hay otras infinitas causas que merman considerablemente la cria anual.

De modo que hasta llegar á cierta altura, hasta conseguir hacer la ganadería de cierta importancia, más bien cuesta gastos y desembolsos que produce utilidades.

Siempre se ha tenido, por lo tanto, como axioma evidente que no debe ser dueño de torada el que no sea rico.

Los conocedores que están al frente de las vacadas, los mayorales, los pastores, esa gente de campo, en fin, de la que han salido sin disputa los mejores picadores de toros que se han conocido en España, tienen por precision que estar bien pagados (y no lo están tanto como debieran), porque, ademas del trabajo personal que prestan, y del conocimiento de las reses que debe adornarles, llegan á encariñarse de tal manera con ellas, que á veces un toro bravo ha acudido mansamente á la llamada del mayoral, y hasta se ha dejado acariciar por él.

Entre los muchos ejemplos que de esto pudiéramos citar, nos contentarémos con referir un par de ellos, que prueban claramente hasta qué punto es posible reconocer en el toro nobleza y buen instinto.

Corría el año de 1833.

En el mes de Octubre se celebraban en Madrid fiestas reales de toros, con motivo de la jura de la princesa de Astúrias, Doña María Isabel Luisa, luégo reina de España.

Segun costumbre, se había dispuesto la magnífica Plaza Mayor para dar en ella las corridas con el ceremonial de etiqueta. Habíanse construido tendidos, corrales, toriles y hasta casas de madera en los huecos donde no las había de fábrica. Se interceptó el paso de todas las calles que afluyen á la principal de Toledo, y por ésta, en cuyo final está el matadero, se hacía el encierro del ganado, que era directamente conducido al redondel y de éste á los corrales; operacion más difícil de lo que á primera vista parece.

Una noche, oscura como todas suelen serlo en el mes antedicho, trájose el ganado que había de lidiarse al dia siguiente, en número de más de veinte toros y otros tantos bueyes ó cabestros. Hízose la conduccion sin novedad, y cerráronse las puertas del arco de la calle de Toledo tras los zagales últimos. Uno de éstos reparó á muy poco rato que faltaba un toro; díjolo á los mayorales y compañeros suyos, removióse el ganado, y todos convinieron en que allí no estaba, cuestionando unos porque habría quedado en el punto de partida, ó sea en los corrales de la Casa-matadero, y otros asegurando que en el camino le habían visto entre los demas.

Ello es que el zagal antedicho, muchacho de escasos veinte años, se salió de la plaza con intencion de volver al matadero si en el tránsito no encontraba la res. Silbó, la llamó, restalló la honda, y el toro, saliendo de los soportales de cerca del arco

referido, se fué paso á paso acercando al muchacho, á quien siguió lentamente, hasta que sin ayuda alguna le hizo reunirse á la piara que estaba dentro del circo. El zagal había visto nacer al animal, y siendo éste añojo, y áun desde ántes, le había dado sal en la mano y había atendido con especial cuidado á su crianza. El toro le conoció, y léjos de acometerle, le siguió y obedeció.

¿Puede darse mayor ejemplo de nobleza en una fiera?

Pues aún nos llama mucho más la atencion el siguiente caso recientísimo.

Nuevamente construida la bonita plaza de Calatayud en 1877, dióse una corrida de novillos en que, como de costumbre, se lidiaron tambien toros de ganadería acreditada.

Entre éstos fué allá uno de la del señor duque de Veragua, que por ser tuerto no se corrió en las funciones de toros de inauguracion de aquel circo.

Llegó la hora de abrirse para él la puerta del chiquero, salió bravo y voluntario, tomó buen número de varas, matando cinco caballos, y cuando ya le habían puesto el primer par de banderillas, ocurrió la escena que algunos no pudieron ver sin asombro.

El mayoral de dicha ganadería, llamado Martin, que había criado al toro y que le había conducido desde la dehesa á aquella ciudad, presenciaba la funcion entre barreras. Cercano al lugar que en éstas ocupaba aquél, pasó el toro; Martin le llamó por su nombre; el animal conoció la voz que tantas veces le había sonado en su vida, y paró su carrera.

Atendió al sitio, se acercó despacio con la cabeza alta y de frente á las tablas, donde apoyó el hocico, y estándose quieto y sin impacientarse nada, se dejó rascar en la cara y en el cuello algunos minutos, hasta que el hombre, conmovido, se retiró por no presenciar el resto de la lidia, durante la cual siguió el toro tan bravo y noble como había empezado.

¿Se puede presentar mayor ejemplo de nobleza en una fiera herida, hostigada, con el morrillo hinchado por los garrochazos y banderillas, y en el momento en que, por consecuencia de esto, era forzoso que su furia é intencion de matar estuviesen en completo desarrollo?

¿Qué tigre, qué leon, qué elefante, que es el más noble de los cuadrúpedos, segun dicen los naturalistas, hubiérase parado de igual modo viéndose encerrado en un circo, burlado y pinchado por los hombres?

Ninguno, absolutamente ninguno.

Es muy diferente, es de otro género, como hemos dicho, la fiereza del toro.

No es traidora, ni rastrera. Confia en su pujanza, porque tiene conciencia de su poder, y sabe que frente á frente no hay animal que le venza.

Pero hay casos tambien en que se irrita y guarda rencor al que por sistema ó constantemente le provoca ó castiga.

Son las ménos veces, pero suelen ser terribles.

Nuestros lectores habrán observado alguna vez en el redondel que un toro se ha dirigido siempre con más decision, con más empeño, á un torero determinado, sin duda porque le

ha parecido que aquél le ha burlado ó causado más daño que los otros.

En este caso ha dejado de perseguir á los que tenía más cerca, por el que ya conocía; le ha salido al encuentro, le ha cortado terreno, y ha procurado cogerle hasta saltando tras él la barrera.

Hace algunos años, pastaban toros en el soto llamado del Piul, cerca de Madrid.

Un pastor tomó la mala costumbre de provocar con la honda y apedrear á un toro que se separaba de la piara más de lo que él quería.

El mayoral y sus compañeros se lo reprendieron; enviaron algun cabestraje para *arropar* la res, y várias veces consiguieron de este modo llevársele y evitar una cogida al imprudente mozo.

Pero éste se gozaba en excitar al toro, y repitió sus llamadas várias veces durante tres dias.

Porque es de advertir que cuando el toro le llegaba cerca, él se arrojaba al rio y se salvaba de este modo, repitiendo la operacion, áun cuando llegó el caso de entrar la res tambien en el agua persiguiéndole.

Esta situacion no podía prolongarse, y el mozo llegó á comprender que le era preciso andar con cuidado.

Al tercer dia, de madrugada, encontráronse muy cerca ambos enemigos: el hombre, más diestro que el toro, se subió á un árbol; pero allí, al pié del mismo, le esperó la fiera; allí se estuvo sin alejarse un momento de las inmediaciones.

No lo vieron los demas pastores ni zagales, ni parece que el hombre se apuró gran cosa por aquello, puesto que no llamó.

Pasado el mediodía, y pareciéndole pesado el lance para más de seis ú ocho horas, voceó á sus compañeros y hasta restalló la honda; pero en un movimiento se le cayó el sombrero, el toro le acometió, y de la *cabezada* que dió al no muy crecido árbol, balanceó éste, y el pastor cayó al suelo.

Verle caer, y recogerle, voltearle y herirle fué obra de un instante.

El toro había satisfecho su venganza.

Cuando acudieron los zagales y pastores yacía el pobre hombre en tierra, y á los pocos dias murió de resultas de las heridas y contusiones.

No es muy comun, sin embargo, este *sentido* en el toro; más por lo mismo, no debe enseñársele á que aprenda lo que no sepa.

Como todos los animales, tiene el instinto de repetir sus movimientos y ejecutar sus operaciones, ya sean marchas, huidas ó acometidas, del mismo modo siempre, porque *se acuerda* de lo que ántes ha hecho.

Por eso no deben correrse toros ya lidiados; y ésa es la razon de que se fijen en un bulto determinado, corten el terreno y aprendan más de lo que conviene.

Ahora bien:

¿Son preferibles los toros de ganaderías bastas, á los de aquéllas afinadas, digámoslo así, por el cuidado y el esmero que con ellos se emplean?

Ó de otro modo: ¿tienen mejores condiciones para la lidia los primeros que los segundos?

Cuestion es ésta que ha ocasionado más de una vez fuertes polémicas entre los aficionados, y que ha quedado sin resolver, porque cada uno ha insistido en su opinion, apasionada siempre, como lo son todas las de los taurómacos intransigentes.

Es indudable, y en esto se apoyan algunos, que el toro criado en un bosque ó en una sierra conserva más fiereza, aunque no tenga tanta pujanza, que el que pasta en buenas dehesas.

Casos ha habido en que esta clase de toros, que pudiéramos llamar salvajes, ha puesto en grave aprieto á los lidiadores.

Sus movimientos son más rápidos, se revuelven sobre los cuartos traseros con gran facilidad y mayor prontitud, y su carrera es muy veloz.

Excusado es decir que todo esto contribuye á causar mayor espanto.

Pues precisamente por esto mismo creemos nosotros que son preferibles los toros que, ademas de ser de casta conocida, están perfectamente cuidados y atendidos.

Verdad es que no son tan ligeros ni saltarines como los otros, pero tienen agilidad más que suficiente para la lidia: son ménos furiosos, pero no ménos bravos; su fuerza y su poder son mayores, y no hay que poner en duda que su nobleza al acometer no tiene punto de comparacion con la de aquéllos.

Todo en el supuesto de que en la dehesa, cerca ó soto donde se alimentan, no se les enseñe á embestir á objeto determinado con que se les engañe y sobre el cual aprendan lo que no deben saber.

Porque, si hemos de dar crédito á lo que hace muchos años hemos oido, ganadero hubo que para que sus toros sobresalieran en los circos, los enseñaba ántes en el campo á acometer peleles ó dominguillos.

Hoy nos complacemos en asegurar que no hay nadie que observe tan criminal conducta, que no hay palabras con que vituperar.

Es, pues, indudable que el toro de casta acreditada, el toro para con el cual el dueño ha gastado dinero, tanto procurándole buenos pastos, como dándole la crianza que la práctica aconseja, es preferible al que ni ha tenido semejantes cuidados, ni se ha criado con el regalo que el otro.

En lo que sí tienen especial esmero muchos ganaderos, y en ello hacen muy bien, es en el cruzamiento de las castas, de lo cual y de otras cosas tratamos á continuacion.

CAPITULO X.

DEL CRUZAMIENTO DE CASTAS Y CRIANZA DE LAS RESES.

Influye tanto en la bondad de una res su orígen, que es imposible conseguir un buen resultado cuando no ha habido el debido esmero para elegir sus padres.

Esto sucede en todas las castas de animales y en todas las razas de la naturaleza.

Con mayor motivo acontece en los toros que han de ser destinados á la lidia.

Porque en éstos no basta que sean de padres grandes, de buena lámina ó trapío, sino que son necesarias muchas más circunstancias.

Cierto es que un toro padre, fino de pelo, buena pinta, corto de cuello, ancho de pecho, delgado de cola, pezuña pequeña y de buenas armas, lleva mucho adelantado, si la vaca es de análogas condiciones, para que sus crias se les parezcan; pero si en los padres no hay bravura acreditada en toda su historia

desde que nacieron, si no llevan en sí sangre de raza ó casta conocidas como de buen orígen, forzosamente las crias serán lo mismo ó todavía más flojas y mansas que aquéllos.

Prueba esto lo que llevamos dicho.

Es preciso que el toro padre, ademas de tener buen trapío, sea y esté acreditado en la ganadería como bravo y valiente en primer grado. Bueno será que la madre tenga iguales condiciones, y entónces no hay duda que, segun la razon aconseja y los resultados hasta ahora obtenidos lo han demostrado, la cria saldrá brava y bien puesta.

Sin embargo, hay ganaderos que se contentan con saber la bravura y buenas condiciones del toro, y constándoles bien, prescinden hasta cierto punto de saber las de las vacas destinadas á madres.

No sabemos en qué pueden fundarse para ello.

La mitad de las probabilidades concernientes al resultado en las crias están en contra suya; y si bien es verdad que alguna vez un toro de ganadería en que las vacas no se tientan, no se escogen ni se crian para madres, ha sido notable por su bravura en plaza, lo cual reconocemos, no nos negarán que esto ha sucedido pocas veces, y en cambio, muchas son las en que ha ocurrido lo contrario.

La naturaleza lo enseña y la razon lo dicta.

Pero, ademas de lo expuesto, hay que estudiar mucho, y esto lo saben con matemática exactitud los mayorales y vaqueros, cuál es la época más adecuada para la cubricion de las vacas, de qué modo han de prepararse, en qué terrenos, en

qué número, y otras muchas circunstancias, que varían segun el clima de la provincia en que se encuentran, la feracidad del suelo, la abundancia de pastos y aguas, y atraso ó adelanto de las reses.

Si los animales que han de padrear son demasiado jóvenes, es lo probable que la cria sea endeble de cuerpo y, aunque sea brava y voluntaria, le falte poder.

Si son viejos, á cualquiera le ocurre calcular que forzosamente han de ser los becerros de poca sangre.

Es útil y conveniente, por lo tanto, que con corta diferencia sean de una edad la vaca y el toro, prefiriendo siempre que el toro tenga más edad que aquélla, pero que nunca pase de nueve años; es preciso que estén picados, pero que se les echen las vacas á tiempo oportuno para ellas; conviene tambien que el número sea proporcionado entre unos y otros, que el campo sea de la suficiente extension para que no se arremoline el ganado, se hiera ú ofenda uno con otro, y en fin, que se tengan presentes las buenas prácticas que una larga experiencia ha hecho ejecuten en todo lo concerniente á las reses bravas los conocedores y mayorales.

Los dueños de ganaderías harán bien siempre atendiendo las indicaciones que aquéllos les hagan observar; que cada uno en su oficio es maestro, y la experiencia es madre de la ciencia.

Bueno será, á pesar de todo, que ántes de decidirse, por ejemplo, á cruzar la casta de su ganadería con otra, por muy acreditada qué esté, lo piense bien y lo consulte con más de

uno y más de dos ganaderos, conocedores y mayorales de acreditada suficiencia y práctica.

Ganadería ha habido en España, célebre en el primer tercio de este siglo por su bravura, que por diferentes causas, y una de ellas la de intentar el cruzamiento de casta, ha ido perdiendo sucesivamente tanto, tanto, que en el dia se halla completamente extinguida.

Otras ganaderías han perdido por lo mismo su envidiado renombre; y gracias que sus dueños han acudido á tiempo á remediar el mal, ó las han vendido á personas que, gastando mucho dinero, han podido volverles su primitiva fama.

Téngase en cuenta que un toro andaluz, de acreditada vacada y áun escogido, podrá tal vez no dar el apetecido resultado con vacas navarras, ya porque éstas son en lo general mucho más pequeñas, ya tambien porque pasar de los calores del Mediodía á los frios del Norte, ha de hacerle gran sensacion.

Lo mismo acontecería en el caso contrario de ser llevadas las vacas de Norte á Sur.

Y si bien este inconveniente se subsana haciendo la traslacion en época del año á propósito, con las debidas precauciones y estancias en los caminos, y con la anticipacion necesaria para que ántes de padrear los animales se repongan y, digámoslo así, se aclimaten, no siempre suele conseguirse esto, y á veces sólo se logra que lo que ganan en corpulencia lo pierdan en bravura y voluntad.

Como nuestra intencion no ha sido nunca la de escribir

un Tratado acerca de la cria del ganado bovino, porque ni nos consideramos con los conocimientos que para ello son necesarios, ni entra en nuestro plan, limitamos nuestras observaciones puramente á lo indispensable para dar á conocer ideas y nociones generales, que no enseñan siempre los libros pero que saben los pastores, relativas á cuanto tiene aplicacion á las corridas de toros.

Entiéndase así, y perdónesenos que no demos más extension á esta parte del presente artículo.

Basta con lo dicho para saber cómo se crian los que han de ser toros de plaza.

Ahora vamos á ver qué educacion ha de dárseles; que tambien al toro, aunque fiera, se le educa.

Sepárase en esto como en otras muchas cosas de las demas fieras. A éstas, si se las coge, es para domesticarlas, para dominarlas por cuantos medios son posibles; en una palabra, para amansarlas. Al toro, por el contrario, ha de educársele para que aumente su bravura, se le han de buscar pastos que, léjos de debilitarle, han de darle poder y fuerza, y se ha de tener con él tanto cuidado como el que ya llevamos apuntado.

Poco hay que decir del toro hasta despues que es añojo: ha pasado sus primeros meses al lado de las vacas, alguna vez se ha visto perseguido por algun eral ó utrero, el pastor ó el zagal le han hecho huir asombrándole con la honda ó castigadera, y ha sido tal vez acosado por algun señorito á caballo en el campo, ó lidiado en corral por otros caballeritos que no se han atrevido con bichos de más edad.

Carrera más ó ménos, coces por alto, algun mugido al sentir el dolor del palo ó piedra, por parte del añojo.

Sustos y sobresaltos, tropezones y caidas con alguna contusion ó porrazo mayúsculo, por parte del señorito.

Allá se van el pro y el contra; y si álguien va perdiendo hasta ahora, es el hombre, por más que sea el mejor de los placeres para los verdaderos aficionados correr un par de becerros, áun á trueque de un par de revolcones.

Atrévense, luégo que ya han tanteado su valor y sus fuerzas, con bichos de más edad, y ya llegan á parodiar una corrida de toros, picando, poniendo rehiletes y matándolos como si fueran toreros de verdad.

El becerro así lidiado muere casi siempre como Dios quiere, y concluyó: aunque quedara con vida, no debería lidiársele despues, por las razones que hemos dicho.

Respecto de los aficionados á torear, no es éste el sitio á propósito para hablar de ellos.

Más adelante será. Pluma y papel nos sobran, y voluntad no falta; con que Dios conceda paciencia á nuestros lectores, que todo se andará.

Al llegar á los dos años el becerro y á los tres la becerra en Andalucía y en otros puntos, y áun ántes de que lleguen á dicha edad unos y otros en Castilla, es cuando se verifica con ellos la tienta, y por consiguiente cuando se decide su suerte.

Si en dicha operacion se les califica de cobardes, ó mueren en un matadero como las reses mansas, ó cuando más, quedan para bueyes en la ganadería.

Si acometen... es decir, no basta esto.

Si toman varas, si dan la cara, si se paran, si arrancan de largo, si recargan, si son pegajosos, si en sus movimientos demuestran bravura y coraje, ya pasan á la categoría de toros de plaza, como á tales se les empieza á cuidar; y si son hembras, es igual el esmero con que se las atiende.

En el libro-registro se anotan sus especiales circunstancias, condiciones que ha demostrado, y hasta los lances particulares á que en la tienta haya dado lugar.

Y cuidado que lances hay muchos; porque, como saben cuantos aficionados hay en España, una tienta y un herradero es una de las diversiones que más se prestan á bromas.

Es muy comun, cuando se verifica en corral, tener distraido al neófito aficionado que por primera vez concurre á aquella fiesta, y dejarle sólo con el becerro á corta distancia, obligándole á hacer el héroe por fuerza.

Es costumbre incitar al aficionado para que tome parte á pié con capote, ó á caballo con garrocha, en la tienta; y no es divertido su juego si no lleva un revolcon.

Ocasion ha habido en que aficionados antiguos y toreros de nombre han tomado el hierro candente para aplicársele al becerro, y miéntras entusiasmados lo hacían así, otro aficionado lo verificaba con otro hierro sobre el chaqueton, capote ó sombrero de aquél, ó sobre los de los que sujetaban al bicho.

No se causaba más daño que un chamuscon, pero se conseguía lo que se busca en dicha operacion, que es una verdadera fiesta.

Mucha bulla, mucho jaleo, mucha animacion. Si no hay carreras, si no hay porrazos, si no hay revolcones, no hay nada: aquello sería un espectáculo triste, y habría que mandar el degüello de reses que no daban juego.

Ó si no, habría que buscar recursos para que con mayor susto hubiera revolcones. ¡Estaría bien una tienta ó herradero de ganadería acreditada, en que no se pudiera decir al concluirla: «Han muerto tres caballos; Fulano y Zutano han llevado dos revolcones de *órdago;* Mengano ha sacado una contusion en la parte posterior derecha, interna, etc., que creíamos era grave, pero ha venido despues tres leguas á caballo y de nada se queja»; y así por el estilo!

Pocos aficionados antiguos, y al decir antiguos no queremos significar más de treinta ó cuarenta años atras, habrá en Madrid que no recuerden haber visto, ó al ménos oido contar, un lance divertidísimo que hizo ejecutar un rico é inteligente ganadero de Castilla la Nueva, á cuyos toros pocos aventajan.

Convidó á la tienta y herradero de sus toros jóvenes dispuestos al efecto á lo mejor de la aficion de Madrid en todas las clases sociales, que ésta es fiesta

«en que no domina el oro
ni potentado ninguno,
y si hay privilegio alguno,
lo lleva en el asta el toro.»

Se tentaron durante dos dias bastantes becerros machos y hembras; hubo lances cómicos de primer órden, porrazos y

revolcones, calzones rotos, manos y cabezas vendadas, pero ningun suceso desagradable. Al tercer dia se marcó con el hierro á los toretes de ambos sexos, repitiéndose en mayor número iguales escenas, que concluyeron al cuarto dia temprano.

Dispúsose por el ilustre anfitrion, como en los dias anteriores, una espléndida y abundante comida, que entónces ordenó se sirviera á las dos de la tarde, para que, concluyendo más pronto, pudiéramos volver á Madrid los convidados á buena y cómoda hora.

Se sirvió la comida en la sala baja, cuyas ventanas laterales daban al jardin por un lado, y por otro á diferentes habitaciones: los concurrentes elogiaban la buena tienta que se había hecho; otros celebraban los variados lances á que había dado lugar, y los aporreados y revolcados se daban la enhorabuena, «porque al ménos—decía uno de ellos que ya ha muerto—hoy cómo tranquilo».

No había concluido la frase, y entra en el salon, acometiendo cuanto veía, una brava becerra, encaminada allí de intento por los vaqueros y criados, de órden de... no sabemos quién.

Aquí fué Troya.

Los gritos, el tumulto, la confusion que en un local cerrado como aquél promovió la presencia de aquel animalito, imagínesela el lector. Cada uno quería escapar por su lado: algunos ganaron la pieza interior, que estaba cerca de la cabecera de la mesa; pero por... inadvertencia cerraron tras sí la

puerta, y nadie pudo seguirles: otros formaron parapeto en los rincones con las sillas; la mayor parte rodaron, y otros nos tiramos por la ventana al jardin.

Por allí tambien salió la becerra sin causarse daño, porque la altura no llegaba á dos varas.

El animal derribó, más que con los cuernos, con su cabeza y cuerpo cuanto halló al paso.

El estrépito de los platos, botellas, vasos, sillas y mesa, que rodaban y se rompían; los gritos de unos, las risas de otros, los silbidos de los vaqueros, y finalmente, los cristales rotos de las ventanas, formaban un estruendo terrible, espantoso, que parecía mayor dentro de una sala cerrada.

Y despues de esto, con toda formalidad, sonriéndose y afable con todos, dijo el ganadero: «Señores, á Madrid; el café se tomará en la Iberia».

Desde la edad de tres años, el toro bien atendido sigue creciendo y robusteciéndose notablemente.

Si su fuerza en la primera edad es siempre grande, en términos de que hemos visto becerro añojo arrastrando cuatro hombres á un tiempo sin que le pudieran sujetar, cuando ya es realmente toro de plaza es incalculable su poder.

La fuerza que manda en sus derrotes es á veces mayor que la de una bala de fusil.

Rompe una tela en el aire, lleva gran trecho en la *cuna* caballo y jinete sin rendirse y sin acortar su carrera, y nosotros hemos visto en la plaza vieja de Madrid arrancar de quicio las puertas de arrastradero y echárselas á lomo, rom-

piendo los hierros que las engastaban en los marmolillos ó postes de piedra.

Parécenos que no hay otro animal de más poder en la tierra.

Sólo el elefante dicen que le aventaja. No lo sabemos; pero concediéndolo así, llamarémos únicamente la atencion acerca de la distinta corpulencia del uno y del otro.

Ademas el golpe del toro es seco, rápido é instantáneo.

El del elefante muchas veces coge, abraza, digámoslo así, el objeto contra quien dirige su ira, y despues de templar su fuerza es cuando le estruja ó arroja.

De las demas fieras, ninguna en fuerza se iguala al toro.

Hemos visto á uno de éstos, que no había cumplido cinco yerbas, luchar con un gran leon que hizo presa con las garras en el cuarto trasero, mejor dicho, en los ijares del toro, y con la boca en la cola.

La posicion del cornúpeto no podía ser más desfavorable. Sus armas defensivas y ofensivas las tiene en la frente, y no siendo cara á cara, nada puede hacer.

Pero el leon no le derribaba.

El toro se mantenía firme, se revolvía y coceaba, á fin de desasirse de tan fuertes tenazas: no lo conseguía; mas él no caía en tierra.

De pronto el leon rompió con los dientes la cola del toro por la parte superior, y cayó de espaldas, dando lugar á que el bicho se volviera.

En el momento, en ménos tiempo del que se tarda para

pensarlo, todos los concurrentes al circo vimos volar por los aires al leon, al rey de las fieras, que huyó cobardemente, herido de gravedad.

Lo repetimos: de frente no hay quien venza al toro.

Los toros que se crian dentro de cercados, y no en prados ó dehesas abiertas, suelen saltar prodigiosamente.

Aparte de la fuerza que su poder y robustez da á todos los de su raza, los que decimos, sea porque desde pequeños se acostumbren á saltar frecuentemente las cercas, ó porque el terreno de bosque ó sierra tenga alguna especial circunstancia que les favorezca más el desarrollo de los músculos que á los que pastan en dehesa ó campo abierto, brincan y traspasan alturas que sólo viéndolo puede creerse.

No nos parece exagerado afirmar que ha habido toro de esta clase al que hemos visto salvar una altura de más de dos metros y una anchura de lo ménos cuatro, repitiendo los saltos más de seis ú ocho veces en el intervalo de un cuarto de hora.

Pasada la edad de siete años, lo más ocho, y esto no siempre, el toro no debe dedicarse á la lidia.

Su fuerza no ha decaido, pero su instinto malicioso ha ido en aumento, y ha perdido en nobleza lo que ha adquirido de sentido.

Si se ha observado en él que tiene todas las condiciones de bravura, buen trapío y demas que hemos expresado anteriormente, échesele á padrear y dará buen resultado durante un par de años.

Para concluir este capítulo dirémos algunas palabras acerca de los cabestros.

Como todo el mundo sabe, éstos son bueyes viejos, que cuanto más lo son, mejores servicios prestan en las vacadas.

Son utilísimos para *arropar* el ganado bravo, ó lo que es lo mismo, para rodearle, ó sea colocársele en medio de ellos, y evitar de este modo que algun toro salga de la piara y se desmande, huya y acometa en el campo, corral ó camino, causando desgracias.

Sin su ayuda, sin su eficaz cooperacion, sería difícil, casi diríamos imposible, conducir el ganado bravo de un lado á otro, y mucho ménos separar, cuando conviene hacerlo, á los hijos de las madres, á las reses picadas de las que no lo están, y á un grupo de la torada de determinado sitio.

El cabestro hace que el vaquero marche tranquilo á caballo por un camino, llevando tras sí diez, quince ó veinte toros bravos, porque en las ancas del jaco forma el cabestro punta, siguiéndole otros bueyes detrás á sus costados, y entre ellos el ganado tranquilo, sin desmandarse, ya sea despacio ó corriendo.

Sucede alguna vez que un toro, por haber marchado más á la zaga de los otros, porque yendo á un costado de la piara le haya llamado la atencion cualquier objeto, ó por otra causa parecida, se salga del grupo y rompa su marcha en distinta direccion.

Entónces el mayoral pára el ganado en el acto con sólo parar los cabestros, que obedecen como corderos; saca de entre ellos tres ó cuatro de los más maestros, que así se dice á

los más prácticos y de mejor instinto, y con un par de zagales á pié y otro hombre á caballo marcha rápidamente adonde está la res perdida.

Antes de divisarla, ya huelen el rastro que ha seguido, y tan luégo como la distinguen, al mismo tiempo que los jinetes tratan de cortarle el paso distrayéndola, los cabestros la cercan, la *arropan*, la envuelven, digámoslo así, entre ellos, y lentamente empiezan á volverse al punto de partida á reunirse con los demas toros.

Cuesta á veces trabajo arrancar al toro huido de un sitio determinado á que ha tomado querencia, ya por ser más fresco aquel punto, por dominar una gran extension, ó por otra causa.

Entónces es de ver cómo van y vienen, dan vueltas y se juntan al toro los cabestros; cómo le incitan á marchar en direccion al punto que quieren, cómo le estorban el paso si toma ruta contraria, y en una palabra, cómo le obligan á seguirlos, áun cuando en su furia el toro haya herido á alguno de ellos.

El cabestro es inteligente, sagaz y obediente.

Se ha hecho con los años, y á fuerza de repetir siempre una misma faena, su instinto le guia casi siempre con acierto.

Más que temor al castigo que puedan darle los mayorales y pastores, les tiene verdadero cariño, y los obedece y sigue como un borrego.

Atiende por su nombre, conoce perfecta y distintamente la voz de sus amos, y hasta entiende lo que le dicen, sin más demostracion que la palabra, la mayor parte de las veces. «¡De-

recha! ¡Izquierda!»—grita en una marcha ó en una parada el mayoral,—y por allí emprende la ruta el cabestro de punta, sin titubear, sin equivocarse. «¡Alto!»—dice aquél,—y en el momento pára la piara y se arremolinan todos los mansos alrededor de los bravos.

Cabestro ha habido que se ha arrodillado y se ha echado, obedeciendo la voz del mayoral.

Cálculese, pues, con estos detalles cuán importante, útil y necesario es en toda ganadería un buen cabestraje, bien dirigido y bien enseñado por inteligente conocedor.

CAPITULO XI.

EL AFICIONADO.

I

Si el lector es verdadero aficionado á las corridas de toros, puede evitar la lectura de este capítulo.

Déjesela á los curiosos, á los que no sabiendo cuál es el tipo del aficionado, quieran conocerle; que le vamos á mostrar tal cual es, con su vicio y su entusiasmo y sus cualidades apreciables.

Él por sí no debe ponerse de manifiesto, no debe exhibirse, porque no le gustará, si es modesto, hacer público alarde de su lado bueno, y mucho ménos querrá se conozcan sus faltas por los que han de criticarlas sin piedad.

Pero nosotros las enseñarémos á todo el que quiera verlas.

Como que no tememos la comparacion con ninguno de los mortales que muestren predileccion por cualquier otro vicio; que vicios son ó manías las que todos tenemos al inclinarnos

con pasion á cualquier entretenimiento, que empieza por fijar nuestra atencion, continúa por embelesarnos, y concluye por atraernos de tal modo que nos es muy difícil abandonarle, si realmente se ha posesionado de nosotros.

Cargas son éstas anejas á la debilidad humana, que la mayor parte de las veces son perpetuas é irredimibles. Nacen con el individuo y con él mueren; y si alguno las traspasa á otro, suele ser de tal manera vejatoria la cesion, que da la buena, es decir, la carga ménos molesta, por la de mayor gravámen.

Se quita de un vicio inocente, para caer en otro vergonzoso.

Y esto el hombre no puede remediarlo, porque no siempre basta querer, para conocer nuestros defectos; que éstos, cuanto más cerca de nosotros están, ménos reparamos en ellos, ménos los advertimos: en cambio, distinguimos los ajenos á gran distancia.

Conviniendo al fin en que todos tenemos un vicio dominante, una pasion ó una inclinacion que ocupa con preferencia nuestra mente, disculpemos la del aficionado á toros, porque es la que ménos daño puede causar en su persona, en sus intereses y en sus afecciones.

No se ruborice, pues, porque hagamos aquí su retrato y le expongamos al público.

Véale cuando no haya nadie, á solas y sin testigos. Asome su original á este espejo, y verá que si el retrato es malo, consistirá en el artista que le ha fotografiado, colocando mal la

máquina y usando malos ingredientes; pero en el fondo encontrará mucha verdad, mucho parecido, aunque los detalles aparezcan, unos muy marcados, y otros casi borrosos.

Casi, casi, conviene que así sea, para que el curioso comprenda, al averiguar vidas ajenas, que *el tipo* se le enseña como siempre ha sido y como es.

Si le gusta, habrá un aficionado más.

Si no, poco importa uno más ó ménos.

¿Por qué el *aficionado* á nuestra fiesta nacional es el único, de entre todos los apasionados á los espectáculos públicos, á quien se distingue con aquella palabra?

No lo sabemos: ello es que al aficionado á la música se le llama *dilettanti;* al de las carreras de caballos, al *sport;* al de los circos gallísticos, *gallero;* y así por este órden.

Y lo cierto es que todos son aficionados, cada uno á su cosa, inclusos los que lo son al baile, á quienes llamamos *danzantes*.

¿Será que por el orígen extranjero de unos espectáculos, y por el desden con que las personas de mediano juicio miran los otros, se apliquen á sus *amateurs* nombres traspirenaicos y burlescos? ¿Ó será que por un instinto natural, una intuicion de que no sabemos darnos cuenta, sólo se aplique la palabra castiza española para el espectáculo puramente español?

Esto debe ser; porque en cualquier reunion, en cualquier casa, café ú otro sitio en que se esté hablando de cosas indiferentes que ninguna relacion tengan con las funciones de toros, al ver entrar á alguno de los contertulios ó amigos, se

dice frecuentemente: «Ya llega el aficionado», y no se dice *á qué cosa lo es;* y sin embargo, todos entienden *á qué* se refiere aquél que ha hablado.

Conste este dato, porque queremos indicar que el aficionado á toros, por sólo este hecho, es español puro y neto, y como tal, amante de su patria; y que tiene mucho adelantado para extranjerizarse aquél que les muestra antipatía.

Ya se ve, las ideas filosóficas modernas, mal entendidas y peor interpretadas, han hecho entender á algunas cabezas vacías que ya no hay ó no debe haber nacionalidades, que somos ó debemos ser cosmopolitas; y porque en la mayoría de los pueblos del mundo no puede haber corridas de toros, no quieren que las haya en el pueblo que les vió nacer, donde las vieron sus padres y sus abuelos, y donde á su vista se entusiasmaron sus antepasados.

Pero ¿adónde vamos? Sobre este punto ya hemos hablado bastante, y no debemos insistir.

Perdone el lector nuestro apasionamiento, y véngase á conocer al *aficionado,* si él no lo es, ó si, siéndolo, no se conoce, que tambien es muy posible.

Le enseñarémos en primer término el de Madrid, donde hay más, por razon de poblacion, que en otros puntos, y donde su tipo tiene cierta originalidad; por más que todos, los de la corte y los de las provincias, se parezcan muchísimo.

El aficionado empieza á serlo jóven, siendo estudiante, aprendiz de un oficio, capitalista ó propietario. La profesion ó modo de vivir de él ó de su familia influye poco.

El que quiere aficionarse al gran espectáculo en edad avanzada, lo consigue con más dificultad.

El amor á lo grande, á lo extraordinario, es patrimonio de la juventud. Rara vez se encuentra el entusiasmo en el pecho del anciano.

Pero una vez adquirida la aficion y el gusto por lo sublime del arte, el jóven llega á viejo con su mismo afan, con su *fanatismo,* si así quiere llamársele.

No nos enfadamos porque se nos aplique esta palabra. Es la que ha producido muchos santos y muchos héroes.

Si por circunstancias especiales, disgustos, ausencias, ó sucesos que en la vida retraen del mundo, algun aficionado *se corta la coleta,* ¡cómo recuerda con entusiasmo sus buenos tiempos! ¡Qué placer siente al relatar ó describir cualquier funcion ó la práctica de una suerte de aquéllas que forman época!

No nos cansarémos de repetirlo: la aficion á los toros es uno de los remedios, tal vez el primero, para quitar la tristeza, para alejar el tedio.

Y si no, veamos qué hace, qué dice, y hasta qué piensa el verdadero aficionado.

Desde el momento en que tres dias ántes de la funcion se fija en las esquinas la *aleluya,* que así llaman muchos el cartel de toros, son infinitos los comentarios que sobre su contenido hacen unos con otros los aficionados.

Quién reniega de la Empresa; cuál, de los toros y hasta de la autoridad que permite tal cartel.

Unos se muestran descontentos porque no toma parte en

la lidia determinado diestro; otros, porque trabaja aquél y no otro á quien él prefiere, y los más se alegran y esperan impacientes; bien que lo mismo hacen los descontentadizos, porque todos, absolutamente todos, no piensan en otra cosa que en la corrida, para cuya celebracion faltan setenta y dos horas.

Horas largas, interminables, de prolongada espera, de grandes esperanzas, de vehementes deseos y alegres ó tristes presagios, segun la persona que los haga y las causas especiales que en cada caso ocurran.

Pero no se crea que en dicho plazo el aficionado está de más, es decir, sin hacer nada que tenga conexion con su favorita fiesta.

Todo lo contrario.

Ademas de pensar, hablar, discutir y hasta acalorarse con sus amigos, frenéticos entusiastas como él por el arte taurino, en cuantas cuestiones se suscitan sobre los cálculos del resultado y peripecias probables en la próxima corrida, es preciso prepararse para ver la prueba de caballos.

No queremos hacer ofensa á nuestros lectores, suponiendo que ignoran lo que es *la prueba*.

Alguna vez, si son aficionados, que sí lo serán en más ó ménos grado, puesto que leen este libro, la habrán visto, aunque haya sido por curiosidad; pero como no debemos ocultar cuantos detalles se relacionen con las corridas de toros, bueno será que hagamos aquí un boceto del animado cuadro que ofrece.

Allá va.

Son las cuatro de la tarde en el rigor del verano. El calor sofoca y difícilmente se respira.

A pesar de todo, á esa hora el jóven estudiante, el hijo del banquero, el comerciante dueño de tienda, la *pollería* (como ahora decimos) de la buena aficion, se van reuniendo en la Cervecería Inglesa, ó en los cafés de la Iberia, del Suizo ó en sus inmediaciones, con amigos de más edad, aficionados más antiguos, casi diríamos jefes de partido, inteligentes en tauromaquia, á quienes se oye como á un oráculo.

Sin retrasarse, marchan diseminados en grupos hácia la plaza de toros, sin temor de asfixiarse con la atmósfera caliginosa, que hacen insoportable el polvo primero, y el vapor que despide la tierra regada despues; todos alegres, contentos, pero siempre cuestionando, siempre explicando un curso de tauromaquia, con adiciones, notas y comentarios interrumpidos por las risas, las bromas y las epigramáticas palabras de los que componen aquel pequeño círculo.

Llegan por fin á la plaza sudando y agitados, y ya encuentran allí á otros aficionados, que por haber ido á caballo ó por haber madrugado más, están descansando y bebiendo agua y aguardiente, único refresco que se vende en aquellos contornos.

Empiezan las bromas y los dichos picantes; tiroteo de pullas que se dirigen con especial gracia y singular ironía los partidarios de distintos diestros, cada uno de los cuales sabido es que cuenta con ardientes apasionados.

Oyénse y contéstanse muchas veces con sal y pimienta,

pero sin causar disgusto grave; y alguna vez que la sal se convierte en hiel y la pimienta en vinagre, acontece que riñen dos amigos y no vuelven á saludarse.

Por fortuna, esto sucede pocas veces.

Juntos en el patio destinado al efecto en las inmediaciones de las caballerizas, el empresario de caballos con su jauría de *monos sabios,* y la gente de á caballo, la del *arte,* cálzase ésta espuela vaquera y prepárase á montar.

Aparece arrastrado, más que guiado de la brida, un desgraciado *penco,* ancho de pechos como un pollo tísico, fuerte de patas como jilguero enfermo, limpio de manos como el que ménos, cabizbajo como delincuente, y vestido con piel afelpada, ó sea de pelo largo, muy largo, susceptible de rizarse en tirabuzones.

—¿Qué traes aquí?—dice el picador al contratista.—¿De dónde has sacado esta alimaña? Anda que la monte tu *mare* si está acostumbrada á montar los sábados á medianoche.

Y ántes que la explosion de carcajadas de todos los concurrentes le impida hablar, replica el contratista:

—¡Valientes *piqueros* estais los de ahora! Con jacos así hubieran toreado seis corridas sin perder uno siquiera los picadores antiguos. ¿Qué tiene este caballo? Veintinueve años ha sido útil en una tahona, marchando bien en la máquina de moler y cumpliendo, sin que nadie le haya puesto falta, y vienes tú hoy á desecharle! *Arrepárale;* mira que aunque pequeño de cuerpo y de pocos fuegos, es mejor que el que tenía muermo y desechaste la *corría pasá,* y más seguro que el tor-

do que hizo á tu compañero apearse por las orejas dos veces.

—¡Como que tenía vértigos!—contesta el picador.

Y añade:

—¡Vaya! ¡Que no quiero este *penco!!*...

Entónces se le acerca al oído el contratista, y de tal manera le convence, que así como enfadado va derecho al caballo, monta, toma en sus manos el palo, y con un valor y un atrevimiento que suele olvidar el dia de la corrida, pica y aprieta en el poste destinado al efecto, una, dos y hasta una docena de veces.

—No se vuelve mal; tiene buena boca,—dice el picador al apearse.

Y el caballo queda apartado, para que, si no muere ántes de poco apego á la vida, lo despene un toro á las cuarenta y ocho horas.

Esto se repite várias veces con cuantos caballos se presentan, inútiles para todo ménos para la lidia de toros; y aunque pocos son desechados, todavía hay picadores que no se dejan convencer por los contratistas.

¿Para qué servirá un caballo desechado en la plaza de toros?...

Al anochecer vuélvense á la poblacion los aficionados, los toreros, los contratistas y los *monos sabios*.

Estos últimos forman rancho aparte.

Los primeros, en quienes la conversacion ha tomado mayor tinte de excitacion segun han ido calentándose las lenguas, convienen en que la buena raza de picadores, aquélla

de los hombres duros como el hierro y entendidos en su arte, se ha ido perdiendo poco á poco, quedando sólo para muestra alguno que otro, cuyo mérito casi, casi, pasa desapercibido para el vulgo.

No falta, sin embargo, algun atrevido mozalvete que con intencionada *guasa*, y marchando tras de los viejos aficionados, recita en voz alta la célebre endecha que dice:

«Cómo á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Lo cual da pié para que alguno de los viejos de mal carácter, ó poco sufrido, se vuelva, encarándose con el mocito, y replique:

—Diga usted, niño, ¿conoce hoy algun torero á caballo que se eche por delante un toro, picándole con el regaton de la vara? Pues yo lo he visto no hace treinta años á José Trigo; y se trataba de un bicho de seis años, de la más acreditada ganadería y escogido. Y viven muchos que lo presenciaron. Y escrito está que Corchado ganó mil duros en una apuesta por picar una corrida entera con un solo caballo, sacándole ileso. Y con media de seda, sin mona, han picado otros. Y al *Coriano* le hemos visto caer, levantarse, tomar un capote, y con los hierros puestos dar media docena de *verónicas* que no las dió Móntes mejores; y... en fin, que entónces había picadores, y que se dé usted por ahí una vuelta cuando me traiga *uno* que haga algo de lo referido.

Así se renuevan constantemente contiendas y diferencias hasta que llegan al café, y unos entran á continuar hablando *sobre lo mismo*, y otros siguen su camino con *igual* pensamiento y fija su idea en el próximo dia.

Es el de la víspera de la funcion: sábado ahora, antiguamente domingo.

Por la mañana, en determinados dias, en aquéllos en que el cartel anuncia principio de temporada, ó la salida de algun diestro de grandes simpatías ó nuevo en plaza, el buen aficionado no perdona su concurrencia á las inmediaciones del despacho de billetes, sea abonado ó no lo sea.

Aunque se ha regularizado mucho esto, interviniendo la autoridad con fuerza armada hasta de caballería, en tiempos no remotos ofrecía la calle de Alcalá un cuadro animadísimo, y ahora mismo, en ocasiones, afluyen tantas personas á las puertas del reducido local en que se venden billetes,

que es de ver
y de admirar
cómo vienen,
cómo van,
cómo corren,
cómo vuelven,
cómo insisten
en su afan.

Sin embargo, aquello dura poco, muy poco.

Aquel bullicioso desórden, las voces y gritos, los cachetes y golpes que se dan unos á otros por adquirir un billete, cesan muy pronto.

Antes de una hora aparece el tarjeton que dice: «No hay billetes», y los pobres que han acudido desde las cuatro de la mañana á tomar puesto, y no han logrado ser de los primeros, se vuelven cabizbajos, rotos y destrozados en sus ropas, y renegando de su mala fortuna.

El aficionado goza al ver tal interes, tal impaciencia, tal deseo de ver el mejor de los espectáculos.

Comenta con otros alegremente aquella placentera animacion, y se da cita para ver el *encierro* por la tarde.

Al *encierro* asisten muchos á pié, y muchos más á caballo; los últimos, vestidos y con los jacos enjaezados para faena de campo, y algunos con garrocha.

Miéntras se sitúan en el Abroñigal ó Caño gordo, rodeando el ganado á la distancia que los mayorales y vaqueros lo permiten, observando los movimientos, la pinta, la romana, y en una palabra, el trapío de las reses, hasta que llega la hora de ponerse en marcha, acuden otros aficionados á pié á los corrales de la plaza y esperan el *encierro*.

Hablan *de lo mismo* siempre, y no se cansan. Repiten cien veces iguales frases y las oyen con igual complacencia; y léjos de aburrirse, si la conversacion palidece un breve momento, se robustece, digámoslo así, con la presencia de algun aficionado que llega más tarde.

Y así pasa el tiempo, hasta que suena *el alambre* ó se oye la voz de «¡QUE VIENE!!»

Voz que antiguamente daba el *Tuerto;* tipo raro, excéntrico y extravagante que vivía en los alrededores de la plaza, sin

casa ni hogar, casi sin comer ni trabajar; que hablaba perfectamente idiomas extranjeros cuando era ocasion, lo cual suponía en él una ilustracion no comun; que callaba cuando le preguntaban los necios, y era cortés con los instruidos; ente, en fin, que no sabemos definir.

Hombre tal vez de buena familia y mejores principios, que filosofando, creyó ser feliz con la holganza y viendo toros.

¡Quién sabe si tendría razon!

Cuando el ganado llega cerca de la plaza, á la vista ya del corral primero, ábrense las puertas de éste, y ciérranse en seguida; operacion de un minuto, que con singular destreza practican los inteligentes carpinteros.

A la clara luz de la luna, cuando alumbra, ó á la turbia luz de los faroles en otro caso, el aficionado que esperaba, se hace la ilusion de que ve perfectamente el ganado, cuando apénas si puede ver la pinta de algun toro.

Como que se arremolinan y con los cabestros se van á un rincon, donde en peloton se colocan juntos si son todos de una ganadería, ó se les separa en distintos corrales si pertenecen á dos ó más y los dueños ó mayorales lo creen conveniente.

Pues á pesar de toda la oscuridad y la distancia, hay aficionado que sostiene con otros que el toro *ensabanao* es burriciego ó está reparado del derecho.

La cuestion para algunos es ver lo que no vea otro. Así que no falta quien invente y crea lo que no existe.

Cuentan los de á caballo á los otros si el ganado ha venido *bien arropado*, si hay algun toro que les ha *hecho cara*, si

ha habido necesidad de ayudar á los vaqueros para *encabestrar* bien, si han seguido mansamente al cabestro de punta, y en fin, cuantas peripecias han ocurrido hasta concluir el *encierro*.

Respecto del *pronóstico* que todos hacen de la condicion de las reses, no hay dos conformes.

Al paso que uno dice enfáticamente: «Dejamos encerrada una corrida de toros», lo cual no significa á la letra lo que dice, sino que quiere decir que es *buena*, hay otro que á medias palabras, y como reservándose, murmura por lo bajo: «No pongo dos cigarros por ninguno», y el más lejano dice: «Apuesto por el *berrendo*», y el de aquí añade: «Yo por el *retinto gachito*»; y todos convienen, cuando alguno de los más antiguos aficionados pronuncia en tono sentencioso la consabida frase de «Los toros son como los melones», en que para juzgar de lo que puedan ser capaces, lo mejor es ver al dia siguiente el *apartado*.

Entónces las reses han descansado, han reconocido el terreno y pueden examinarse más despacio; y sobre todo, no es cosa de perder la mejor de las ocasiones para acreditarse un hombre de entendido aficionado y de conocedor de los toros por el trapío, armas y manifestaciones que hagan al ser encerrados.

Quedamos, pues, en que esto es lo más acertado, y en que contraemos el deber para con nuestros lectores de decirles todas las demas obligaciones que el aficionado se impone ántes de que empiece la corrida.

II

El dia de la corrida el aficionado madruga, se emperejila y acicala, sale de casa rebosando gozo, dirige sus pasos á media mañana á la calle de Alcalá, y unido á otro ú otros tan aficionados como él, montan en un carruaje que los conduzca al famoso circo, donde penetran ansiosos de observar y comparar detenidamente una por una cuantas reses han de ser lidiadas.

Toman y pagan su billete de entrada, que antiguamente era grátis para el abonado; paréceles que la autoridad presidencial se retrasa más de lo regular, y cuando llega el momento de abrir la puerta que da paso á los balconcillos, corrales y jaulones, lánzanse á ella con avidez.

Todos quieren ser los primeros, y únicamente se cede el privilegio de anteponerse y ocupar mejor lugar á las señoras que en corto número suelen asistir; que el español siempre es galante, áun en casos excepcionales.

Una vez en los balcones, ó mejor si puede en los burladeros de los corrales, examina el trapío de los toros, su pinta y condiciones ostensibles, con la misma atencion, con igual interes y con tan gran cuidado como el lapidario un diamante y el avaro su dinero.

No se le escapa el más insignificante detalle, y más de una vez ha encontrado y designado defectos físicos en las reses, que habían pasado desapercibidos al perspicaz ojo de

los profesores de veterinaria encargados de reconocerlas y de certificar sobre su aptitud para la lidia.

Pregunta, indaga, conferencia y escucha de los labios del ganadero, qué antecedentes son los del ganado, qué historia tiene cada uno de los bichos y en cuál de éstos tiene más confianza su dueño.

Compara lo que le dicen con lo que ve y ha observado desde que la tarde anterior asistió al *encierro,* y con los incidentes que ofrece el *enchiqueramiento.*

Si alguna vez, por circunstancias muy especiales, el aficionado ha dejado de asistir al *encierro,* mucho más especiales é imposibles de vencer han de ser las que le impidan presenciar el *apartado.*

Muy próximo éste á la celebracion de la corrida, la vista del ganado en los corrales, su paso á los jaulones y su encierro en los chiqueros, excitan su imaginacion y acrecentan su placer.

Goza anticipadamente de los lances de la corrida como si los viera ya, si se persuade de que el ganado encerrado es *de primera;* se disgusta si le parece de desecho, pero siempre confia en que alguno de los bichos ha de *dar juego.*

Ó al ménos forma esperanza en que los lidiadores suplirán lo que á los toros falte; y eso que sabe perfectamente que con mal ganado poco puede hacerse.

La esperanza es lo último que se pierde.

Su amor propio se satisface y agranda si da la casualidad de que el toro que supone como el más bravo y de poder, lo es más tarde durante la lidia.

Su fama de inteligente se consolida si esto acontece más de una vez, y su vanidad le engrie tanto, que en ocasiones no cedería su buen nombre de aficionado inteligente por honores ni por amores.

Volvemos á repetir que hablamos del aficionado constante, del verdadero, del apasionado.

¡Con qué impaciencia espera la corrida! ¡Qué esperanzas, qué ilusiones alimenta en su imaginacion! ¡Qué grato placer experimenta al volverse á la plaza nuevamente!

Porque, no lo hemos dicho, pero desde que salió del *apartado* hasta la hora en que la corrida empieza ó poco ántes, no ha hecho más que separarse del edificio á ménos de dos kilómetros, para almorzar alegremente con media docena de amigos en la fonda más inmediata.

Allí han hablado de nuevo de las brillantes dotes del matador y de los toreros que más les gustan, han comparado el trabajo de hoy con el de *antaño,* han disputado, se han sofocado, y han convenido en apostar la cena ó el refresco sobre el mejor comportamiento del espada favorito de cada uno de los comensales.

Dirígense á la plaza, y penetran en ella.

Lo que en el tránsito pasa, la animacion que hay en el camino en dia semejante, no hay para qué contarlo en este lugar; va dicho en otro, y no es cosa de repetirlo.

Darémos por pasado el tiempo y salvada la distancia, y colocarémos al aficionado dentro ya del local de la administracion.

Recoge su cartel-programa, cuando le hay; saluda á cuatro amigos, que escuchan sus impresiones acerca del ganado y sus vaticinios sobre la corrida; pasa al salon de descanso de los toreros, aprieta la mano de alguno de ellos, y por fin penetra en el redondel, donde se halla lo más granado de la aficion.

El movimiento, el alegre aspecto que el interior de la plaza presenta desde ántes de empezar la funcion, merece describirse; y tenemos casi obligacion de hacerlo, porque á nuestros lectores hemos enseñado el camino al circo, y áun los hemos conducido á las galerías interiores del mismo, y no es justo pasarles la miel por los labios y no dejársela gustar.

La vista se recrea gozosa y asombrada al contemplar aquel inmenso y extendido anfiteatro, circundado por una doble corona de gradas y palcos, en que aparecen como incrustadas, á manera de perlas y esmeraldas, divinas mujeres ricamente vestidas, y algunos hombres, que forman, digámoslo así, el esmalte negro que la corona ostenta para que brillen más aquellas piedras preciosas.

En cada una de las infinitas localidades que comprende tan singular edificio, se ven con diversidad de trajes, posturas y ademanes, elegantes señoras, niñas coquetas y agraciadas, almibarados pollos, sesudos caballeros, gentes del pueblo, en fin, pertenecientes á ambos sexos, que forman un cuadro tan variado, tan nuevo, tan caprichoso, que á pesar de haberlo intentado grandes talentos, nadie ha podido pintar ni describir fielmente.

¡Qué sonrisas tan incitantes, qué carcajadas tan espontá-

neas, qué palabras tan nuevas, tan chispeantes, tan epigramáticas y tan graciosas se ven y escuchan allí!

¿Quién es capaz de imaginarse, sin verlo, un número de personas, que siempre pasa de doce mil, contentas, placenteras, sentadas unas, de pié las más, y todas llenas de regocijo, saludándose con voces, gestos y señales, y sin otro pensamiento en aquella ocasion que el de divertirse con su favorito espectáculo?

No hay otro que proporcione más gratísimo solaz al noble pueblo español.

Aquello es otra nueva Babel: todos hablan, todos gritan, todos gesticulan y se mueven á un tiempo.

Si en la antigua hubo tanta confusion que no llegaron á entenderse sus habitantes, en ésta no la hay menor; tal es la diversidad de palabras, acciones y movimientos que se observa.

Pero en ésta todos se entienden.

La gente que pisa el redondel, ora agrupándose, ora extendiéndose en distintas direcciones, disminuyendo unas veces, aumentando otras, parece, cuando se la ve desde los palcos, á las abejas de una gran colmena, que zumban y se mueven sin parar, ó á los peces del mar, vistos desde la cubierta de un gran buque, que aparecen, se esconden, se agrupan, giran, marchan y contramarchan á todos lados lenta ó rápidamente, chillando y agitándose, hundiéndose ó levantándose.

Por si algo falta para prestar vida al cuadro, allí se encuentran desparramados, y pregonando á voces su mercancía,

los abaniqueros y vendedores de naranjas, que desde el redondel las arrojan con sin igual tino á las gradas y palcos.

De pronto aparece en su palco la autoridad que preside, y á la señal que hace con el pañuelo, el cuadro cambia, tomando nuevos y vivísimos colores.

Suena el clarin, redoblan los timbales, voces y músicas resuenan por todas partes, toman asiento los que están en pié, y entre los silbidos, bulla y algazara de éstos, corren á sus localidades los que ocupában el ruedo, y ciérranse las puertas interiores.

Los ministriles, para quienes todavía duran los silbidos, *despejan* el redondel y marchan en busca de las cuadrillas.

Va á dar principio la funcion, y el aficionado lo mismo que los que no lo son, el inteligente como el curioso, no quieren, no pueden aunque quisieran, perder absolutamente ningun detalle de tan magnífico espectáculo.

Aparece en vistoso grupo la gente torera á pié y á caballo, rica y lujosamente ataviada, con más seda, más oro y más plata que la que tiene el Tesoro público, y seguida de los chulos y tiros de mulas, enjaezadas con esplendidez.

Todos marchan á compas de las músicas, con aquel *aire*, aquella *sal* que sólo tienen los de su clase, vitoreados por el inmenso pueblo que llena aquel grandioso edificio, aplaudidos frenéticamente con una continua y prolongada salva de aplausos, y saludados por hombres y mujeres con pañuelos y abanicos, con sombreros y con cuanto hay á mano.

Aquella explosion de júbilo va *jaleada*, ésta es la pala-

bra, por la gente jóven de buen humor con los apóstrofes consabidos de «¡Ole! ¡Viva la gracia! ¡Viva la sal! ¡Bien por los valientes!»

Morena hay, de ésas cuyos ojos relampaguean cuando miran, que por bien parecer no grita: «¡Bendita sea la tierra que tales hijos produce!»

Y niña de quince abriles, blanca como la nieve y rubia como el oro, que parece piloncito de azúcar con copete de canela, que murmura por lo bajo: «¡Qué garbo tan español!»

Hasta los extranjeros se conmueven electrizados al ver tal entusiasmo, que á su espíritu se comunica rápidamente, y no falta algun ingles ó frances que en mal castellano grita: «¡Oh! ¡De aquí al cielo!»

¿Quién evita que á un espectáculo tan conmovedor, que tanto arrebata, que tanto *llega al alma,* se aficionen cuantos le vean?

Si es irresistible su atractivo, ¿quién puede dejar de ser aficionado?

Disculpemos, pues, al que lo es, y sigamos su fisiología.

Inútil es decir que durante la lidia, el aficionado, sobre todo si es inteligente, no pierde de vista ningun detalle, ningun incidente de la misma.

Lo que para el vulgo pasa desapercibido, es para el aficionado de suma importancia.

La mala colocacion de un picador, la inoportuna salida de un peon, un intempestivo *recorte* hecho al toro, son para él objeto de las más duras censuras.

En cambio, donde pocos ven el mérito de sacar un caballo ileso, de cuadrar en la cabeza ó de citar para *recibir*, él le encuentra y aplaude acaloradamente, llegando á tener momentos de verdadero entusiasmo.

Concluye la corrida, durante la cual ha contribuido mucho á que el público atormente á la presidencia con el proverbial y característico «¡No lo entiende usted!», al ganadero con la aleluya consabida, que dice:

De los bueyes del Marqués...
liberanos Dominé.

y al picador ó espada con los atronadores gritos de «¡Cobarde! ¡Fuera!», etc., y sale de la plaza el último, ó al ménos de los más rezagados espectadores.

Va gozoso ó renegando de los toros, segun éstos ó los toreros hayan sido más ó ménos bravos, más ó ménos afortunados, deprimiendo á estos últimos si es intolerante, y si no, haciendo justicia al que la merezca.

Miéntras come ó cena habla de la funcion con los que le rodean, y despues en el café hace otro tanto; comenta las revistas de los periódicos taurinos, encarece el mérito de tal ó cuál suerte ejecutada, la pujanza del ganado y valentía del espada, ó critica en duros términos al lidiador de poca fortuna, al ganadero que vende cuatreños, ó á la Empresa que da toros de desecho.

Y á todo da exagerada importancia.

Y habla en su tertulia de aquella corrida tres noches se-

guidas, y á la cuarta forma cálculos sobre lo que será la que se celebre tres dias despues.

Y siempre sabe las noticias taurómacas de provincias con más anticipacion y exactitud que un diplomático las del movimiento político de Europa.

Este es el aficionado de la corte.

Algunos, no muchos, llevan su aficion al extremo de lidiar becerros, con los que, entre otras cosas, aprenden á llevar buenas costaladas.

Otros, para quienes el caballo es una necesidad, ejercitan su destreza acosando reses y derribándolas en campo abierto; pero en este particular Andalucía lleva la palma.

Aunque en Madrid hay buen número de excelentes jinetes derribadores, es mucho mayor el que en Sevilla existe y ha habido en todo tiempo.

Toreadores de gran posicion social, que lo mismo salvan una zanja sobre una ligera yegua inglesa, que derriban un toro de cinco años montando brioso corcel español de potentes ancas y descarnadas manos.

Mozos aficionados desde los primeros albores de su juventud á todas las faenas tauromáquicas, que nacieron viendo herraderos, y han crecido viendo toros, acosándolos, enlazándolos y derribándolos.

Gente práctica y muy conocedora, que monta caballos tan inteligentes como sus amos.

Y lo mismo que en Sevilla, aunque no en tan gran escala, sucede con los aficionados de Córdoba, Jerez y otros puntos

donde se crian toros y los ganaderos son generosamente espléndidos.

Porque las faenas de herrar becerros, tentarlos y las demas que con ellos se hacen en el campo, son costosas y exigen gastos de alguna consideracion.

Son animadísimas, es verdad; tienen algun peligro, pero éste es su mayor aliciente, porque el español es bravo y temerario, y juega con su vida como si poco valiera.

Algunas señoras concurren, á fuer de buenas aficionadas, á ver estas fiestas; pero en España no toman parte activa en ellas.

Sólo en Chile, Montevideo, Lima, Méjico y algun otro punto de América, hay algunas tan varoniles que acosan las reses á caballo con singular destreza y graciosa desenvoltura, formando *collera* con jinetes entendidos.

De algun tiempo á esta parte, las faenas de campo con los toros han tomado gran incremento: la aficion á las corridas no decrece, y el graznido de sus detractores es la espuela que hace se construyan plazas donde nunca las hubo.

Siga, pues, el graznido de los pocos; que el número de aficionados crecerá, á medida que aquél sea más repetido.

Importa poco al aficionado que haya quien le critique: ama sus lidias de toros con frenesí, y váyale usted á decir á un enamorado que renuncie al ídolo de su pensamiento.

Con todos sus defectos, con todas sus extravagancias, con todo su exagerado amor al arte de Móntes, queremos nosotros al aficionado.

Si todavía no tiene todas las faltas que hemos sacado á relucir, no será de los de pura sangre, ó será muy naciente su aficion; pero ella crecerá y se arraigará en él; que lo bueno, aunque sea imperfecto, difícilmente se abandona.

Cuando las fiestas de toros distraigan su imaginacion y mitiguen sus penas y disgustos, exclamará:

—¡Cuánto vale ser aficionado!

CAPITULO XII.

EL TORERO.

El torero es, generalmente hablando, valiente y esforzado, como buen español.

Tiene excelentes cualidades y muchos defectos, como los tiene todo hombre.

Nada es perfecto en lo humano.

Pero si el torero en sus primeros años ha tenido descuidada su educacion, por haber quedado huérfano, por carácter díscolo, ó por otra causa de las que por lo comun impulsan al hombre á seguir un mal camino, reforma notablemente sus inclinaciones, marchando hácia el bien, tan luégo como llega á ser lidiador de toros.

Es una larga experiencia la que nos demuestra la verdad de lo que llevamos afirmado.

En ninguna clase de la sociedad, especialmente de las que salen de las más humildes, como sucede á la mayor parte de

los toreros, hay ménos delitos que penar, ménos crímenes que castigar.

Poquísimos lidiadores de toros se han visto procesados por robos, hurtos, estafas y demas que causan afrenta; y en cambio, ¡cuántas personas de mayor instruccion y de clase más elevada han ocupado plaza en los presidios! (1).

Sin embargo, los toreros sufren muchas veces ligeras correcciones por faltas leves, á que dan lugar su carácter, su genio y su temperamento.

Por naturaleza bravos, no pueden consentir el más ligero insulto. No faltan á nadie, y no quieren que les falten; y en esto hacen bien.

Pero como el incienso que en su alabanza queman sus apasionados aduladores les marea, suelen ensoberbecerse, y muchas veces una crítica justa de sus actos les parece grave ofensa y atroz injuria.

La vanidad y el amor propio ciegan á cualquiera. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo á los toreros?

A pesar de eso, aunque son los ménos, los hay dóciles y prudentes que sufren los desdenes del público, y que con su excelente conducta y notable aplicacion se abren paso y figuran al frente de los que ejercen su arte.

El torero es alegre, decidor y jaranero.

(1) De quince mil novecientos sesenta y tres penados existentes en los presidios de España en Setiembre de 1878, sólo se cuentan CINCO toreros; componiendo el resto hombres de ciencia, eclesiásticos, militares, jornaleros, etc.—(*Gaceta* del 26 de Octubre de 1878.)

Si es andaluz, se entusiasma oyendo una *soleá* ó cualquier canto *flamenco;* si madrileño, las *playeras* ó las *malagueñas* causan su mayor deleite.

Y todos, olvidando sus azares y sus penas, se *jasen tiestos* por los incitantes pasos y actitudes de una *bailaora,* «retrepada y echada para atras, con sus dares y tomares, altibajos en el cuerpo, cintura de anillo, pié de mentirijilla, pantorrilla de mucha verdad y de allí á los cielos», como dijo *El Solitario.*

Hasta tal punto es cierto esto, que entre los muchos casos de entusiasmo que han demostrado los toreros por las *bailaoras,* citarémos el que hace unos treinta años ocurrió en Madrid.

Trabajaba entónces en esta plaza un matador que, aunque no de primera capacidad, tenía más conocimiento de su profesion que la que muchos le concedían, y ménos trato social del que fuera menester.

Al mismo tiempo una célebre bailarina hacía las delicias del público en uno de los teatros de la corte, y constante y diariamente nuestro hombre acudía á admirar y aplaudir á la *jembra* que de tal modo le entusiasmaba.

Un aficionado á toros, que frecuentaba el saloncillo y bastidores de aquel teatro, díjole un dia al lidiador, viendo su ardor por aquélla, si quería que le presentase á la misma, á lo cual accedió desde luégo gustosísimo.

Encamináronse durante un entreacto al escenario, y dijo el aficionado á la *bailaora,* que estaba ricamente vestida (nosotros diríamos desnuda) y radiante de belleza:

—Tengo el gusto de presentar á usted á..., matador de toros.

—Y con muchísimos... calzones (1),—añadió él sin dejar tiempo para contestar, temblando y sin ocurrírsele nada que decir para enmendar su grosería.

Él, que no temblaba ante los toros, no podía articular palabra delante de aquella hermosura.

Ésta le alargó la mano, y el torero, que no era muy jóven, la tomó con efusion, apretándola hasta casi lastimarla, pero sin decir una palabra.

Salió de allí confuso y aturdido, y cuando se burlaban de él sus compañeros, decía frecuentemente:

—Yo no volveré á hablarla; pero por ver bailar el *vito* á la..., mato de balde cincuenta *burós*.

Gusta el torero de montar buenos caballos, de bromas y francachelas, y por lo general, de exhibirse mucho.

Quiere que, al verle parado en una esquina, diga la gente: «Aquél es torero».

Su deseo está más satisfecho si oye decir: «Allí está Fulano»; porque entónces se supone, y así es, que ya es conocido como lidiador.

Viste siempre con esmero y hasta con lujo.

Su traje de diario es gracioso, esbelto, y hace al hombre simpático.

Pantalon ajustado, chaqueta corta, pechera bordada, ricos

(1) Es decir, «y con mucho valor, con mucho corazon».

botones y redondo calañes. Bonito conjunto. Antes los picadores usaban calzon corto y botines bordados; hoy... se ha casi olvidado esta prenda característica.

En invierno, y áun puede decirse que la mayor parte del año, excepcion hecha del riguroso calor, no suelta la capa.

Capa rica, de costosos embozos y bordados, corta, escotada, á la andaluza, mejor dicho á la española, que, como hemos oido no sabemos dónde, apénas les muerde los hombros, y la llevan tan segura como con dos escarpias, siguiendo todos sus movimientos con tanto desembarazo como la sombra al cuerpo.

Envidia la tienen los extranjeros, y con razon.

No se parece la capa en nada al ferreruelo, talma, albornoz, carrik, ni otra prenda venida de *extranjis*.

Es puramente española, que no saben llevar los de allende los Pirineos, y que, de los españoles, lleva mejor que nadie el torero.

Donde éste se presenta, adonde va, nadie paga *cañas* ántes que él: su bolsillo es el primero que se abre y el último que se cierra; y si es jefe de cuadrilla, sus muchachos nunca pagan.

Esto ha sucedido siempre, salvas poquísimas excepciones; y la verdad es que al torero que no ha sido así, no se le ha tenido por torero completo.

Le ha faltado el *sic*, que dicen los franceses; la *sal*, que decimos los españoles.

El torero se apasiona fácilmente; es leal, y por lo mismo celoso y en algun tanto desconfiado.

Ama con delirio á su familia, y nunca pospone á ésta por amores pasajeros ni conquistas obligadas.

Porque dicen por ahí, y no sabemos si es verdad, que á veces suelen verse compelidos á aceptar favores de elevadas damas.

Ciertos públicos indicios así lo han hecho sospechar; pero ¿la verdad quién la sabe?

Efecto de sus bromas y alegrías, han ocurrido con los toreros escenas graciosísimas y originales, y tambien alguna tristísima y de fatales consecuencias.

No queremos citar más que muy ligeramente dos de estas últimas, y para ello trasladamos al lector á que busque en nuestro Diccionario, segunda parte de este libro, los nombres de Ulloa y de Blanco (Manuel).

De lances chistosos podríamos llenar un abultado volúmen. Pero ¿á qué decirlos?

¿Si no hay español que no haya oido, aunque sea por referencia, infinidad de casos graciosísimos, escenas deliciosas y dichos oportunísimos, que se atribuyen á los toreros?

Perderían indudablemente la gracia al referirlos nosotros; ademas de que no es adecuado á la índole de nuestro libro el relato de chascarrillos más ó ménos inverosímiles.

Su genio, su carácter y la sociedad que frecuenta le hacen alegre y decidor.

Nunca piensa en que el mismo dia de su mejor francachela puede ser el último de su vida.

Pero esto es raro, rarísimo, casi nunca sucede. La estadís-

tica arroja un dato irrepochable, contra el cual se estrellan las alharacas de nuestros contrarios.

Cuarenta mil toros lidiados en la plaza de Madrid no han causado más que ocho muertes de toreros.

Es decir, uno por cada cinco mil. Sobran los comentarios.

Por eso, y porque el arte le enseña á esquivar el peligro, el torero mira tranquilo cerca de sí al toro más feroz y de más pujanza que España cria.

No conoce el miedo.

Sorprende y admira que un hombre, jinete en un mal caballo, sin más arma que una vara cuyo remate lleva un hierro punzante de ménos de una pulgada, y sin más defensa que su valor é inteligencia, espere tranquilo al animal de más potente fuerza y de más terribles armas, le incite, le obligue á acometer, y practicando bien la suerte, le *eche por delante;* y, como dice Zorrilla, la fiera entónces,

> herida en la cerviz, húyele y brama,
> y en grito universal rompe la gente.

Más aún.

¿Qué diría el que nunca hubiese presenciado una corrida y viese á un hombre delante del toro, solo, absolutamente solo, vistiendo ajustado traje de ligera seda, sin armadura que le preservase, únicamente con una capa al brazo, que al extenderla y llevarla de un lado á otro, buscada por la fiera, estando él

. . . . . quieto, parado,
con ánimo sereno, cual atleta
seguro de vencer, y que esforzado
con sólo su saber, hiciese al toro
morder la arena, débil, jadeante,
rendido y sin poder y vacilante?

¿No se asombraría entusiasmado, sin darse cuenta de aquella sensacion?

¿Es posible que haya quien vea esto sin sentir un estremecimiento de completo gozo, de terror, si se quiere, pero de admiracion hácia el hombre que, sin preocuparse en lo más mínimo, casi indiferente, ha capeado ó pasado de muleta al toro, desafiando su ira, su pujanza y su coraje?

Pues bien, todavía esto no basta.

Ni áun es suficiente que el torero sin capa, y solo, se vaya con dos cortos palos en las manos, se coloque frente al toro, ya de pié, ya *sentado en una silla,* le alegre con su voz y su actitud, parta la fiera de repente, se encuentren ambos precisamente en un mismo centro, y de este encuentro resulte que la inteligencia venza, como siempre, á la fuerza bruta, burlándola con sólo un movimiento de cuerpo, y dejando clavados aquellos palos en la cerviz del toro, que sale rebramando en señal del dominio del hombre sobre el de los demas séres de la creacion.

No basta, decimos; hay más aún.

Hay la suerte suprema del toreo, la de matar un toro *recibiendo.*

Veámosla.

El valiente diestro se ha colocado frente al toro, cerca, muy cerca, á tres pasos de distancia, á dos, á ménos si es preciso.

Ha pasado de muleta al toro en redondo tres ó cuatro veces; ha permanecido quieto, sin separar un pié de otro, girando sobre los talones lo puramente preciso para dar siempre la cara á la fiera, y ésta ha pasado alrededor de aquel impávido lidiador, buscando con furia un objeto que destrozar, tras del rojo trapo que le engaña.

En los círculos que describe el paño, húmedo por el resoplido del toro, hay algun flúido que electriza: aquellos pliegues despiden un vapor que se sube á la cabeza.

El espectador que por primera vez lo ve, no puede apartar la vista, está asombrado, ensimismado.

El toro se pára por fin sin acometer.

El hombre se acerca más al toro, crece y se eleva su estatura en aquel momento, conociendo que le contempla un gentío inmenso, mudo al ver tal arrogancia; tiende la muleta, la lia, se perfila frente al testuz de la fiera, coloca su espada en recta direccion al punto en que quiere clavarla, junta sus piés y espera.

Adelanta todavía un pié, alarga el brazo izquierdo en que ostenta el rojo trapo ya liado, provoca con su voz al toro, parte éste rápido como un rayo, y al inclinar su cuello para herir con sus formidables armas, el hombre, inmóvil y sereno, deja que se le acerque, tuerce su ruta á favor de la muleta, clava en

él su acerado estoque, y el bravo animal se encoge, se tambalea y se desploma...

¡Que vengan pintores!—como diría Peña y Goñi.

¡Que respire ya tranquilo el novel espectador, cuyo corazon no latía, oprimido por el terror!

¡Que diga si recuerda algun espectáculo que pueda emocionar, entusiasmar, arrebatar tanto, con peligro más remoto que el de las corridas de toros, dadas las condiciones del lidiador!

¡Que manifieste el enemigo de éstas dónde hay hombre más bravo, más valiente y más inteligente, con su privilegiado instinto, que el torero!

. . . . . .

El torero es noble en su comportamiento como el que más, demostrando en mil ocasiones que

«no es noble quien noble nace,
sino quien lo sabe ser.»

¿Puede haber mayor nobleza que la de exponer frecuentemente su vida en favor de sus semejantes?

Pues esto lo vemos todos los dias. Infinitos casos pudiéramos referir de ello.

No hay aficionado que ignore la memorable cogida que tuvo en la plaza de Madrid el célebre José Delgado (a) *Hillo,* el querido del pueblo, su ídolo entónces, el émulo, en fin, del gran Pedro Romero, el dia 14 de Junio de 1788.

Todos saben que Pepe Hillo, desdeñando una advertencia de Romero, arrancó á dar *volapié* á un toro de la ganadería

de la condesa de Peñafiel, tuerto, de *sentido,* y con el hocico en tierra en aquel momento.

Sucedió lo que no podía ménos de suceder.

El simpático mozo fué enganchado y volteado, y, gracias al auxilio de su competidor Romero, no fué recogido.

Romero no se contentó con desviar al toro del bulto, sino que, tomando en sus brazos al herido, le llevó inmediatamente al palco de la duquesa de Benavente para que le atendieran, y volviendo al redondel, se encaró con la fiera y la mató de una buena *recibiendo.*

El conocido matador Juan Leon, siendo discípulo y banderillero del aventajado Curro Guillen, ¿no se arrojó *materialmente* sobre las astas del toro que había cogido á éste y le ocasionó la muerte, dándose el caso heroico, y sin ejemplo, de salir en su viaje la fiera con un hombre en cada cuerno?

Los picadores Sevilla, *Poquitopan,* Pinto y todos los de su época, ¿á quién deben su vida en muchos casos, más que á Francisco Móntes?

Los picadores de hoy, en su mayoría, ¿no fian más en el auxilio de los peones que en sus propias fuerzas?

¿Puede darse mayor prueba de hidalguía y nobleza que la demostrada por Cúchares y el Chiclanero, cuando, despues de la célebre corrida en que ambos como enemigos se arrojaron al redondel estoque en mano á dar muerte á un toro, se auxiliaron pocos meses despues mutuamente, con empeño, y concluyeron por abrazarse y darse la mano de amigos?

La cogida y muerte del desgraciado José Rodriguez (Pe-

pete), ¿no fué debida á la precipitacion con que acudió á salvar del inminente riesgo en que se hallaba el picador Calderon?

Últimamente, en la plaza de Valencia, al ser enganchado por un muslo un matador de los que figuran hoy como primeros, ¿no fué salvado de ser recogido de nuevo por otro primero tambien y más antiguo?

¿Puede olvidarse que aquel mismo espada, hace dos años, por salvar á un compañero, sufrió gravísimas heridas que le tuvieron á las puertas de la muerte?

Pero ¿á qué cansarnos, si está en la conciencia de todo el mundo, seguros estamos de ello, cuanto llevamos dicho?

Podrá alguno de los detractores de nuestra fiesta nacional decir (por decir algo) que el hábito de auxiliarse los toreros unos á otros en el redondel, hace que nosotros miremos como actos noblemente hidalgos los que no son más que hijos de la necesidad y de la costumbre.

Dos sucesos nada más, entre los infinitos que ha habido, vamos á citar para demostrar que no tienen razon los que tal dicen.

Como todo lo que relatamos en esta obra, dichos sucesos son ciertísimos, ocurridos en público, y por lo mismo, innegables.

Uno de ellos es tan reciente, que está en la memoria de cuantos viven.

Nos referimos á la hazaña que llevó á efecto un distinguido lidiador de toros en Valencia hace dos años, cuando, habiéndose escapado de los cajones en que eran conducidos por el

ferrocarril uno de los que habían de correrse en aquella hermosa plaza, atropelló á la gente que en sitio tan concurrido había, hirió á alguno, y Dios sabe las desgracias que hubiera habido, si ántes de penetrar en la capital adonde se dirigía, no se le hubiera interpuesto el arrojado diestro, sin arma alguna, cuerpo á cuerpo, entreteniéndole con una prenda de vestir, dándole *quiebros,* sin auxilio, sin guarida donde refugiarse caso necesario, y sin amparo de ninguna clase, hasta que llegaron los cabestros y mayorales mucho tiempo despues.

El segundo suceso es más antiguo, pero no tanto que no vivan muchísimas personas de las que le presenciaron.

En 1846, si mal no recordamos, la Empresa de toros de Santander contrató al inolvidable José Redondo (el Chiclanero) para dar dos corridas en la temporada de verano. La primera fué mala: el ganado de malas condiciones y de casta no acreditada, el servicio de plaza completamente descuidado, y los caballos inútiles, é inservibles por lo tanto, contribuyeron al mal éxito de la funcion. Aplaudióse, sin embargo, á Redondo, como no podía ménos, puesto que desde el primer momento se captó las simpatías del público; y la Empresa, por no lastimar sus intereses, aprovechando esta buena disposicion del pueblo, anunció, de acuerdo con la cuadrilla, que el *Chiclanero* torearía *de capa* un toro en la siguiente corrida; que el inteligente banderillero Muñiz daría el salto de la garrocha, y el buen picador Pedro Romero (el Habanero) mataría un toro desde el caballo.

Todo, ménos lo último, sucedió como estaba anunciado.

Ningun caballo útil se dió á Romero, y éste se negó, como era natural, á ejecutar la suerte.

El público gritaba desaforadamente; el gobernador, que, como casi todos, no sabía presidir, cuestionaba en su palco con el contratista de caballos y con los picadores; la cuadrilla no sabía qué hacer, viéndose insultada por la gente de tendidos, y Redondo, como jefe del redondel, desde el estribo de la barrera, debajo del palco de la presidencia, dirigió su voz á ésta para decir que cualquier persona montase los caballos, y se vería que no tenían boca siquiera.

Vió en esto el gobernador, cuyo nombre no queremos decir, aunque bien lo merecía, un desacato á su autoridad y un atrevimiento desusado, porque al espada no le había llamado y desde el circo no debía dirigirle la voz, y ordenó su detencion, encargándola á la Guardia Civil para mayor escándalo.

La fortuna, que siempre protegió á Redondo, hizo, para dar á éste mayor celebridad, que en el momento de darse la órden, el toro, que por cierto era navarro, de Zalduendo, colorado y bien puesto, tomó el viaje en direccion á la puerta de caballos, que encontró abierta, atropelló cuanto encontró al paso, y se marchó.

Gran confusion y desórden.

Atropellábanse las gentes; la autoridad no sabía qué hacer, temiendo que el toro subiese las escaleras; algun guardia civil de los encargados de prender á Redondo disparó su fusil contra la fiera, sin acertarla, pero aumentando el pánico que de todo el mundo se apoderó.

Sólo un hombre, un torero, había allí sereno, y éste era el *Chiclanero*.

Sin tener para nada presente que la autoridad le había ofendido, y que la conducta que con él se usaba era arbitraria é injusta, tomó rápidamente muleta y espada, y convirtiéndose en jefe de todos el que momentos ántes era escarnecido, pidió paso, *mandó* á la fuerza pública detenerse, *ordenó* que suspendieran el fuego, se llegó á la fiera, la pasó una vez, y en un callejon sin salida de dos metros de ancho, que allí llaman *carrejo*, le dió muerte de una sola estocada.

Creerán nuestros lectores que una accion tan noble influiría en el ánimo de aquel gobernador, para apreciarla como se merecía y como el público lo demostró con sus vítores y gritos de entusiasmo. Pues no hubo nada de consideracion. Redondo y su cuadrilla fueron llevados á la cárcel, de donde no salieron sino para Madrid.

El público de aquella ilustre ciudad, más sensato que su gobernador, al ver que éste no hizo caso de sus súplicas para dejar á los toreros en libertad, demostró á éstos, y especialmente al *Chiclanero*, lo mucho que apreciaba su accion heróica de salvar, con gravísimo riesgo de su vida, la de tanta gente como hubiera padecido si, atendiendo sólo al abuso que con él se cometía, se hubiera dejado llevar á la prision.

Lo más distinguido de Santander despidió con señaladas muestras de consideracion y cariño á los lidiadores.

Y como los casos que hemos relatado, han ocurrido muchos en distintas plazas, en várias ocasiones y llevados á cabo

por diferentes toreros; lo cual demuestra no sólo su gran valor, sino su nobleza, su deseo de hacer bien, sin mirar á quién ni cómo, siguiendo los instintos de su honrado corazon.

La historia, la novela y hasta la zarzuela se han encargado de divulgar el caritativo comportamiento del célebre Pepe Hillo, que apadrinó y cuidó como hija propia á una niña abandonada por sus padres, y en nuestros dias otro matador notabilísimo hizo lo mismo en el barrio de San Bernardo de Sevilla con otra criatura que de igual modo abandonada se encontró á la puerta de su casa.

Por más que se diga en contra, actos tan caritativos y elevados enaltecen mucho á los toreros; y muchos personajes llenos de pergaminos no los practicarían tal vez, contentándose con pagar á un criado que llevase al expósito á la casa de Caridad ó asilo de los mismos.

No puede negarse, pues, que el torero posee en alto grado excelentes condiciones de honradez y nobleza.

No es, como suponen los impugnadores de las corridas de toros, un sér despreciable en la sociedad.

Cuando ménos, como hombre, vale tanto como el que le vitupera.

Como honrado y generoso, vale más, mucho más.

Sus defectos, que ya hemos dicho que los tiene, y no pocos, son comunes á todos los hombres. Lo que le falta de instruccion, lo suple en parte el trato con personas de buena educacion que frecuenta y con cuya conversacion aprende.

¡Si pudiera prescindir de la vanidad!

¡Si su orgullo se limitara á sostener en el redondel, *sólo en el redondel,* su buen nombre!

Pero el amor propio, cuando se ve satisfecho por los elogios de miles y miles de personas, ¡es tan difícil de contener!

. . . . . .

No concluirémos este capítulo sin excitar á los toreros para que procuren con decidido empeño adelantar en su profesion.

Es el modo de sostener la aficion al espectáculo, de contrariar la voluntad de sus impugnadores, y de fomentar el arte.

Como hemos dicho en capítulos anteriores, la raza de los picadores buenos, bravos y entendidos, va menguando.

Y aunque alguno se dé por ofendido, hay que decirlo.

En lo general, el que es jinete, el que sabe montar, no sabe picar toros.

El que tiene arte, no tiene fuerza.

Y ambas cosas son necesarias, indispensables; deben ir precisamente unidas.

Nos complacemos en reconocer que todavía quedan algunos buenos picadores; pero si los que empiezan no se aplican, si en vez de *pintarla* á pié y en los cafés, no la *pintan* á caballo constantemente y luégo en el redondel, poco adelantarán, y los que hemos conocido otra cosa, nos acordarémos siempre de los Corchado, Marchante, Pinto, Sevilla, Romero, Lerma *el Coriano,* Coyto *Charpa*, y tantos otros que han sido en sus tiempos gloria del arte.

Tambien podría haber más aplicacion y ménos *pamplina* en la gente de á pié.

Los banderilleros, principalmente, tienen mucho que aprender. Hay pocos buenos.

No es esto decir que el arte se halle hoy en decadencia. El que tal afirme, no dice verdad.

Pero si sigue así algunos años más, llegará á estarlo, porque no vemos esfuerzos en los lidiadores ni buen gusto en el público.

Este es el que tiene la culpa de que los lidiadores no adelanten.

Censurara más y aplaudiera ménos, y otra cosa sería la funcion de toros.

Es preciso que el público no haga creer á un torero que es muy bueno porque ejecute alguna suerte bien, si deja en otras mucho que desear.

Que no adule con sus aplausos al que, sin hacer nada bueno, segun el arte, demuestra valor y no inteligencia; porque lo único que conseguirá será impelerle á sufrir una cogida de funestas consecuencias.

Y es conveniente tambien que los lidiadores procuren lo que es más difícil al hombre:

CONOCERSE.

BIOGRAFÍAS.

FRANCISCO ROMERO (1).

En diversos sitios de la presente obra hemos dicho que cuando las lidias de toros se formalizaron en plazas cerradas, sólo los caballeros tomaban en ellas participacion, ya alanceándolos y más tarde rejoneándolos á caballo, ya matándolos á golpes de espada cuando tenían necesidad de usar ó llevar á efecto el caso de compromiso, á que dieron el nombre de *empeño de á pié*.

Los peones que les auxiliaban suministrándoles lanzas ó rejones, llevándoles los toros, apartándoselos; en una palabra, haciendo lo que ahora hacen con las capas los banderilleros, eran gente baja, llamada entónces la plebe, que por un precio convenido sacrificaba su vida por salvar la del señor.

A esta clase de gente se refieren las leyes que los infama-

(1) Insertamos por óden de antigüedad las biografías de los matadores de toros que *por cualquier concepto* adquirieron celebridad ó actualmente están más en juego, sin perjuicio de que *de todos los conocidos* hablarémos en el Diccionario.

ron, y estos hombres son los que concluían con las reses desjarretándolas, cuando no habían podido concluir con ellas los caballeros.

Pero ya en el siglo XVII hubo otra clase de hombres que, sin pertenecer á la nobleza, eran bien considerados por la misma, como honrados menestrales, solícitos labradores ó notables hijosdalgo, que no *luchaban* con los toros martirizándolos con desjarretadera, rejones, lanzas ni venablos, sino que los *lidiaban* y burlaban con rápidos *recortes*, y les daban muerte de una cuchillada, despues de haberlos *parcheado* y puesto arpones con singular destreza.

Aunque los caballeros prefirieron siempre como más noble la lidia á caballo, admiráronse al ver la singular destreza de algunos hombres que, escoteros y sin auxilio de nadie, burlaban fieras tan potentes como los toros, las cansaban y rendían y concluían por matarlas diestramente, sin dar el repugnante espectáculo de oponer la fuerza á la fuerza, sino al ímpetu brutal de la fiera, la serena inteligencia del sér más privilegiado de la creacion.

Y ésta fué la razon de que muchos caballeros principales apadrinaran y protegieran á hombres tan bravos é inteligentes.

A este número perteneció Francisco Romero, natural de Ronda, primero de los de su apellido á quienes cupo la suerte de ensalzar el arte del toreo hasta una altura como la que ha tenido y tiene en la actualidad.

Fué de oficio zapatero, y tan aficionado á ver las lidias taurinas, que siempre que los caballeros daban espectáculos de

esta clase procuraba presenciarlos, rogándoles permiso para la entrada, áun á trueque de servirles de escudero, paje ó auxiliador.

En poco tiempo llegó, por su valentía, por su serenidad y sobre todo por su inteligencia, á captarse las simpatías de los caballeros maestrantes de Ronda, cada uno de los cuales quería siempre ser asistido por Romero en todas las ocasiones á que su valor les llevaba á lidiar toros.

Convencidos de que el jóven menestral era en el toreo una notabilidad, hicieron de él un torero de tan universales simpatías y profundos conocimientos, que su nombre empezó á sonar en todos los pueblos como el más aventajado en tan difícil arte, y entónces Romero se dedicó de lleno á una profesion que tantos lauros le proporcionó durante su vida.

Si diestro fué capeando reses, no lo fué ménos *parcheándolas* y poniendo rehiletes.

Comprendiendo su imaginacion que para muchos espectadores era repugnante ver atravesar un toro várias veces por el cuello para darle muerte, inventó el modo de estoquear de frente con el auxilio de la muleta y de una sola estocada.

El resultado fué felicísimo, y pocas veces desde entónces han abandonado los matadores la muleta.

Niegan unos, al paso que otros afirman, que Francisco Romero fuese ó haya sido el primero que diese muerte al toro cara á cara con el estoque y la muleta; y si bien es difícil conceder ó negar con verdadero conocimiento lo que haya de cierto en el particular, nosotros, contra la respetable opinion

del que contradice el aserto, nos inclinamos á creer que realmente Romero fué el primero de los toreros *de oficio* (entiéndase bien) que estoqueó cara á cara *con muleta*.

Nos fundamos en que si es verdad que cuando D. Nicolas Rodrigo Novelli escribió su *Cartilla de torear* (1726) fué la época en que, segun Abenamar, empezó á sobresalir Francisco Romero, ni los vascongados ni sevillanos de que habla un autor eran entónces toreros, ni lo podia ser Bellon, que lucía sus conocimientos cuarenta años más tarde, padeciendo en esto una equivocacion de fechas que trastrueca completamente el conocimiento de las épocas.

Para comprobarlas y sostener nuestra opinion, nos fijamos en que siendo Pedro Romero, hijo de Juan y nieto de Francisco, en el año de 1766 de doce años de edad, su padre habría de tener lo ménos treinta, y su abuelo cincuenta; y de este modo se comprende que en 1726, contando veinte años el Francisco (que más serían, porque hemos fijado cortas edades á todos para mejor entendernos), se distinguiese, como dice Abenamar, y matase el primero cara á cara los toros con estoque y muleta (1).

Bien mirado, ántes que él no hubo toreros retribuidos, propiamente dichos, que fueran inteligentes; y nada importa al objeto de impugnar la aseveracion que sostenemos, el que el abuelo del célebre escritor Moratin, ni otros nobles caba-

(1) Algun autor ha dicho que Francisco Romero nació en 1686. Si así fuese, tarde se dió á conocer como matador de toros. Nos inclinamos á creer como más probable su nacimiento el año de 1700.

lleros, matasen de dicho modo los toros, porque éstos no eran *toreros,* y los que lo fueron, como Bellon, Leguregui, *Martincho* y otros, torearon más tarde que Francisco Romero; así que no es aventurado afirmar que éste fué el primer torero conocido, desde que se regularizaron estas fiestas á principios del siglo XVIII, que usase la muleta para matar toros.

Bravo siempre, conocedor cual ninguno del instinto de las reses y con una serenidad á toda prueba para ver llegar, esperaba cara á cara, y dando salida con la muleta, hundía firmemente el estoque en la cerviz del toro, que casi nunca necesitaba para caer que se reprodujese la suerte.

Es verdad que ántes que Romero mataron otros caballeros toros á pié, á veces de una sola estocada; pero no consta en parte alguna que lo hicieran con muleta; y léjos de eso, hay certeza de que lo verificaban del modo que minuciosamente describirémos en la voz «*Empeño de á pié*».

El modo de matar con el auxilio de la muleta es noble, porque al hombre, colocándose frente á frente del toro, le ayudan más su inteligencia y serenidad, que las armas de que se vale.

Y por el contrario, la práctica anterior al invento de la muleta era en cierto modo aleve, puesto que casi siempre se procuraba tapar con capa ó ferreruelo la vista de la res para darle muerte á mansalva, lo cual ademas se realizaba con ancho machete tajante y punzante.

Alguna vez huyendo el cuerpo, ó como ahora decimos, *libres de cacho,* mataron los caballeros y áun los toreros de ofi-

cio toros de una estocada, pero no esperando frente á frente y á pié quieto como Francisco Romero.

La vida tauromáquica de este gran hombre fué una serie no interrumpida de aplausos y de admiracion.

En cuantos pueblos, villas y ciudades toreó, en otros tantos consiguió de tal manera arrebatar al público, que bien puede decirse fué el fundador del toreo moderno.

No hay noticia de que sufriese cogida grave, ni herida de consideracion; y ántes de retirarse del toreo, en cuya profesion se ocupó lo ménos treinta años, enseñó las principales reglas del arte prácticamente á su hijo Juan, hombre especial para estar al frente de otros, ordenarlos y dirigirlos.

Francisco Romero murió de edad avanzada, querido de cuantos le conocieron, y con la aureola de los bravos y de los inteligentes.

MANUEL BELLON (EL AFRICANO).

Despues de los famosos Félix, Pedro y Juan Palomo, notabilísimos espadas que ejercieron su profesion á mediados del pasado siglo XVIII, siendo la admiracion de sus contemporáneos, se presentó en Andalucía, llamando la atencion como torero á caballo y á pié, un hombre de especiales circunstancias.

Debían ser éstas muy notables para captarse las simpatías de los altos aficionados á la tauromaquia, porque viviendo todavía los Palomos, Juan Romero, el pamplones Leguregui y el valenciano Esteller, de quienes hablarémos en la última parte de esta obra, era expuesto entrar á hacerles competencia persona desconocida.

Cada uno de dichos lidiadores tenía formada su reputacion como buenos espadas y excelentes banderilleros, y las plazas de España donde se lidiaban toros no conocían más toreros principales que los referidos, y algunos de segundo órden que á aquéllos acompañaban.

Pero cuando nadie les disputaba sus laureles legítimamente adquiridos, llegó á Sevilla, donde se estableció, un hombre alto, bien formado, forzudo, moreno aunque no con exceso, pelo negro, anchas patillas y de grave continente.

Un mozo *juncal,* como ahora decimos.

Este hombre se llamaba Manuel Bellon, había nacido en Sevilla hacía más de treinta años, y de allí desapareció doce ántes de su regreso lo ménos.

Cuál fué el motivo de su ausencia, no se sabe á punto fijo.

Díjose entónces, y ésta es la causa de su expatriacion que tiene más fundamento, que Manuel tenía amores con una sevillana, de aquellas morenas de rojos labios y ojos de fuego que allí se crian, y á la que no halló ningun defecto físico que poderle echar en cara.

Pero sus cualidades morales no estaban en armonía con las físicas.

Turbó la paz de aquellos amores otro mozo que quiso sustituir á Bellon; y éste, que desde sus más tiernos años había demostrado ser valiente y atrevido, quitó de en medio á su contrario, al ménos por un poco tiempo.

Necesariamente, para sustraerse á la accion de la justicia, tuvo que apelar á la fuga y refugiarse en Africa.

De aquí le viene el sobrenombre de *el Africano.*

Pasaron años, las cosas se olvidaron, y como no hay nada más triste que vivir léjos del suelo en que se nació, Manuel Bellon se resolvió á volver á Sevilla.

Tanteó el terreno ántes de su regreso, parece que alguna

influencia superior le ofreció proteccion, y se decidió á volver.

En qué empleó el tiempo, á qué se dedicó en aquella region africana miéntras permaneció en ella, no lo sabemos.

Únicamente observaron los que ántes le habían conocido, que volvía más serio y reservado de carácter y más fornido de cuerpo, y atezado el rostro.

Extremadamente atento y hasta cumplido con toda clase de personas, pronto adquirió simpatías, y mucho más cuando vieron que andaba entre los toros con una calma y una sangre fria desconocidas.

En más de una ocasion se creyó que aquel hombre despreciaba su vida porque el recuerdo de su primera desgracia amargaba su existencia.

Algo podría haber de esto.

Sin embargo, estamos convencidos, á juzgar por su historia, que no era la pena la que le haría aparecer bravo y sereno.

Era la seguridad que tenía en sus facultades y en sus conocimientos del arte.

Tales eran éstos, que el notable biógrafo señor Velázquez afirma, con referencia á una carta del señor marqués de la Motilla, escrita entónces y en que se hablaba de Manuel Bellon, que éste era «en la jineta una maravilla, tenía fuerza y maña cual pocos nacidos, y en toreo de reses hacía cosas que sólo viéndolas se creían».

Su fama se extendía por todas partes, y se le solicitaba por gente muy principal para faenas de campo, donde á caballo

era atrevido como nadie, gallardo como pocos y entendido como el que más.

No había potro cerril que se le resistiera, ni toro que no enlazara, ni jinete, en fin, que por ningun concepto aventajara á Manuel Bellon.

No era, pues, un hombre vulgar; y como al establecerse de nuevo en Sevilla, vino bien acomodado de intereses, no andaba como otros recorriendo villas y plazas para trabajar, sino que adonde acudía lo hacía generalmente por compromiso y recomendacion.

Su época de mayor auge en el toreo fué por los años de 1760 á 1770, y se aplaudía y alababa mucho su arrojo, valentía y *trazas de arte* en derredor de toda clase de toros, á los que mataba con el capote enrollado por rodela en la mano izquierda, y *aguardando* ó yéndose á ellos.

Dice un autor que la suerte de matar con estoque la aprendió de los Palomos, y nosotros, respetando su aserto, que no sabemos en qué le funda, nos inclinamos á creer que Bellon mató con estoque porque en su época, y desde cuarenta años ántes, así mataban todos, absolutamente todos los que de toreros se preciaban.

Teniendo en cuenta el largo tiempo que dicen permaneció en Africa, debió aprender sólo de verlo á cualquiera, que pudo muy bien ser Francisco Romero, Esteller ú otro más antiguo que los Palomos, ántes de su emigracion; ó despues de su vuelta, de Juan Romero, de Leguregui ó de otros que no fueran aquéllos, puesto que, confrontando fechas ó épocas, la en que

debió residir Bellon en Africa es precisamente la misma en que brillaron en España los Palomos.

Como se ve, éstas no son más que deducciones, que no tratamos de defender hasta el punto de querer se nos dé la razon, quitándosela á otro escritor más antiguo, á quien respetamos.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Manuel Bellon *el Africano* inició una época en el toreo de temerario arrojo, pues desde la fecha en que apareció en la arena, ademas de demostrarse que, léjos de decaer el arte, se hacían en él progresos, se empezaron á ejecutar suertes tan arriesgadas como las de matar toros teniendo el lidiador sujetos los piés con grillos, y poco más tarde la del salto de testuz, suerte que se comprende tan perfectamente como pocas, y que, á pesar de esto, no hay quien la haga por lo difícil y expuesta.

A caballo practicaba con especial tino diferentes suertes de campo, entre las que merece citarse la de *enlazar* montado; si bien parece era más especialidad derribando reses agarradas á brazo por la cola.

No sabemos si, como hay quien lo asegura, fué el inventor de este modo de derribar, que Pepe Hillo considera fácil; pero no hemos leido en libro alguno que ántes de su época se derribasen reses de dicha manera.

Manuel Bellon, como hombre de mundo conocedor de lo que éste da de sí, y teniendo una fortuna regular, se retiró á tiempo del toreo.

Venían á éste, como astros nuevos eclipsando los antiguos,

Martincho con su bárbara agilidad, Cándido con su eléctrica ligereza, y Costilláres con su genio taurómaco, y no era cosa de sostener competencias un hombre de cerca de sesenta años con jóvenes de veinticinco.

Puede que como inteligente se hubiese llevado la palma, pero ejecutando actos de arrojo y temeridad le hubieran faltatado aquellos vigorosos remos que en su juventud tuvo como pocos.

El nombre de Bellon *el Africano* sonará siempre con justicia como el de uno de los más afamados diestros en el arte de torear, tanto á pié como á caballo.

MARTIN BARCÁIZTEGUI (MARTINCHO).

Es comun opinion entre muchos aficionados de valía, la de que casi siempre descuellan en el arte de torear los hombres que han permanecido mucho tiempo al lado de las reses en el campo.

Fúndanse para ello, principalmente, en que por necesidad tienen que estudiar la índole é instintos de aquéllas desde que las ven nacer, y en que, por lo tanto, la importantísima parte de conocimiento del ganado que debe tener un buen torero la llevan aprendida, ántes que las reglas de torear les sean conocidas con la debida precision.

Léjos nosotros de negar este aserto, creemos firmemente que los hombres de campo tienen mucho adelantado para ser buenos toreros por la razon antedicha, y porque, al cabo del tiempo que entre toros andan, llegan, permítasenos la frase, á familiarizarse con ellos.

Es decir, que de las tres condiciones esenciales que nos-

otros exigimos á los buenos lidiadores, la gente de campo trae lo ménos la mitad, que es el valor y ademas un conocimiento exacto de los instintos del ganado.

A veces, casi siempre, vienen tambien acompañados de la ligereza, sobre todo si se dedican á torear á pié; de modo que sólo les falta adquirir el conocimiento de las reglas del arte, como ántes hemos indicado.

Con estas aventajadas condiciones se presentó á torear en las plazas de España, durante el último tercio del pasado siglo, Martin Barcáiztegui (a) *Martincho*.

Hombre cuyo temerario arrojo asombró entónces, y que hoy mismo, al referirse sus más notables hechos, admiran por lo increibles y arriesgados.

Han supuesto algunos que Barcáiztegui era navarro, y en este concepto le han tenido, considerándole paisano del pamplones Leguregui, á quien acompañaba frecuentemente toreando.

Esto no es exacto.

Martin nació en la importante villa de Oyarzun, próxima á San Sebastian, en la provincia de Guipúzcoa, á mediados del precedente siglo.

Fué pastor de los ganados pertenecientes al acaudalado D. Ambrosio de Mendialdua; y tal vez hubiese continuado siéndolo toda su vida, si no hubiese visto torear al dicho Leguregui y otros que acompañaban á éste.

Parecióle á *Martincho* (este era el apodo con que desde pequeño se le conocía en el país) que no era cosa muy difícil

lidiar toros, siempre que el lidiador tuviese valor para ponerse delante de ellos.

Su hasta entónces limitada inteligencia comprendió que la vida del torero, en medio de los azares y peligros á que está expuesta, es alegre, variada y sobre todo independiente.

Vió por un lado que su vida se deslizaba sosegada, tranquila, pero reducida, digámoslo así, á una perpetua servidumbre; y por otro, reparó que los toreros eran agasajados, aplaudidos y bien pagados en cuantas partes se presentaban, y que como hombres libres disfrutaban de las ventajas que la libertad ofrece.

Se hizo, pues, torero.

Abandonó su pueblo, sus ganados mansos y bravos, y marchó con Leguregui y otros á torear en diferentes plazas de la Península.

Desde el primer momento se advirtió en él más al hombre confiado, bravo y temerario, que al estudioso, inteligente y reflexivo.

Pero su bravura, su afan de sobresalir por todos, no tenía límites.

Nadie conseguía los aplausos que á él se le tributaban.

Es verdad que nadie se atrevía á hacer tanto como él.

Su excesivo valor, que podríamos llamar bárbara temeridad, le hizo intentar y ejecutar suertes hasta entónces nunca vistas, como la de saltar con los piés atados desde lo alto de una mesa por encima de un toro, y sentarse delante de éste despues de haberle rendido capeándole.

Hay quien le atribuye la invencion y ejecucion en las plazas del capeo llamado *á la navarra*.

Nosotros no sabemos si realmente *Martincho* fué el inventor de los lances de capa á la navarra, aunque parece eran su favorita suerte.

Consta, sin embargo, que ántes que él hubo otros toreros navarros diestros en toda suerte de capeo; pero esto no quita fuerza al dicho referido.

Lo que *Martincho* hizo más de una vez, y nadie lo intentó siquiera entónces y mucho ménos despues, fué la dificilísima y arriesgada suerte de matar toros sentado en una silla, sin muleta en la mano y con grillos en los piés.

No se comprende tanto valor, tanto corazon.

Y sin embargo, seguridad tenía al ejecutarlo, porque si no lo hubiera hecho con conocimiento de lo que intentaba, hubiera tenido graves cogidas desde el primer momento, y lo cierto es que nunca en dicha suerte fué enganchado.

Hoy nos admiramos, y con razon, de que un hombre se coloque sentado en una silla para poner banderillas á un toro, y que aquél salga ileso por medio de un rápido movimiento de cuerpo y piés, que llamamos *quiebro*.

¿Qué diríamos si viésemos á otro, tambien sentado en una silla, pero con grillos en los piés, y por consiguiente sin poderse mover, sin más muleta en la mano izquierda para dar salida al toro que el castoreño de anchas alas, y un desnudo estoque en la derecha, igual ó más corto que los que ahora se usan?

Hasta parece increible que esto se haya ejecutado con repeticion, y lo raro del caso haría que cuando ménos se pusiese en duda, si no estuviese completamente probada la autenticidad del mismo.

Ademas de que no hay historiador que deje de hablar de tan difícil suerte cuando nombra á *Martincho,* bastaría para nosotros el testimonio del célebre pintor D. Francisco Goya, que inmortalizó los rasgos de audacia de aquel matador de toros, incluyéndole en su original y magnífica coleccion de láminas titulada *La Tauromaquia* ejecutando dicha suerte.

Y ya que hablamos de Goya, dirémos aquí, sin embargo de que ampliarémos detalles al hablar de este gran genio en la última parte de nuestro libro, que *Martincho* fué muy amigo suyo, hasta el punto de vivir juntos en muchas ocasiones.

Cómo pudieron hermanarse las voluntades de dos séres tan enteramente distintos, no lo sabemos.

Goya, todo inteligencia, todo inspiracion.

Martincho, todo voluntad, rústico atrevimiento.

Tal vez aquél, cansado de las farsas y mentiras sociales, no encontró verdad más que en aquel hombre, que obedecía ciegamente á Goya en cuanto éste le pedía ó mandaba.

En *Martincho* no había ficcion de ningun género; ofreció de buena voluntad á Goya cuanto él podía y valía, y éste aceptó con sinceridad la oferta.

Vivieron juntos, viajaron juntos, y unidos torearon más de una vez.

Pero esto no pertenece á la biografía de Martin Barcáiztegui, por más que con su vida tenga tanto enlace.

Cuando nos ocupemos de Goya, harémos ver lo que respecto del toreo fué este inimitable artista.

Alma grande y de atrevidas concepciones, simpatizó con el gran corazon y temeraria audacia del torero; porque ni la inteligencia del uno podía asociarse con lo que no fuera extraordinario, ni el bárbaro atrevimiento del otro sujetarse más que á un genio privilegiado.

Martincho, despues de torear un buen número de años, se retiró á su país, y allí murió el 13 de Febrero de 1800 de una enfermedad que en pocos dias acabó su existencia.

Fué enterrado en Deva, que es el punto en que falleció.

El toreo perdió con él un valiente, que no debía á nadie su enseñanza, y que con sólo su valor y práctica se abrió paso entre la multitud para señalarse como uno de los que más llamaron la atencion en su época.

JOSÉ CÁNDIDO.

No existen de este aventajado lidiador datos suficientes para afirmar cuáles y cómo fueron las inclinaciones que tuviera en los primeros años de su vida.

De consiguiente, si aprendió algun oficio, desempeñó algun cargo, ó sus padres le hicieron estudiar algo, es cosa completamente ignorada.

Sólo se sabe que nació en Chiclana, eden encantado, de hermoso cielo azul, apacible rio, risueña alameda, cuna del inolvidable José Redondo, de glorioso recuerdo.

El famoso estoqueador sevillano Lorenzo Manuel fué su maestro.

A muy poco tiempo de aprendizaje, el discípulo hacía cosas en el toreo que causaban la admiracion de cuantos las presenciaban, y dejaban muy atras á lidiadores de primer órden.

Su gran serenidad, su excesiva ligereza y el valor que siempre tuvo, le hicieron no tener por entónces rival que le sobrepujase en determinadas suertes.

Y eso que era la época de los primeros Romeros, la de los Palomos, Esteller y *Martincho,* en la que él apareció.

Época peligrosa y difícil para los principiantes, porque durante ella, casi agradaba más al público de las plazas el bárbaro atrevimiento del valiente, que la fina destreza del entendido.

Pero el genio de Cándido supo rebasar la línea que separaba al torero de valor del lidiador con arte, y juntando ambas cualidades, llamó sobre sí la atencion de los aficionados al gran espectáculo, fomentándole y engrandeciéndole.

Para esto era preciso, ademas de practicar bien las suertes más en uso, inventar otras que, cuanto más difíciles fueran, más tocasen por lo mismo á los sentidos del espectador.

Sólo á un hombre de grandes dotes le era dado hacer esto.

Y Cándido lo hizo.

Con sólo su ancho sombrero en una mano, y un afilado puñal en la otra, mataba á los toros, esperándolos á pié firme, dándoles salida con la izquierda, como ahora se hace con la muleta, y descargando el golpe con la derecha en el sitio del descabello.

Suerte lindísima, asombrosa, que aunque no siempre saliera bien, sólo intentarla acredita á un diestro.

¿Era esto poco? ¿Había otros que lo ejecutaban?

Pues Cándido quiso hacer lo que nadie había hecho.

Inventó el salto de testuz, que algunos atribuyen á Lorenzo Manuel, y el asombro de los que le vieron no reconoció límites.

Parece mentira que un hombre escotero en medio del re-

dondel se colocase frente á un potente animal á distancia de veinte ó de treinta varas, partiese en recta direccion al mismo, y que cuando el animal creyese coger el bulto, pasase por encima de él, de frente á cola, apoyando ligeramente su pié derecho en la enastada frente de la fiera, y cayendo en graciosa postura, como si acabase de saltar un tranquilo y sosegado arroyuelo.

Mérito tiene indudablemente salvar de un salto al toro de frente á cola, ó al *trascuerno,* sin tocarle; pero es mayor cuando se apoya el pié en el testuz.

En el primer caso, ademas de buena musculatura, bástale al torero tener serenidad para ver llegar al bicho; pero en el segundo, es preciso saber dónde se pone el pié, y hacerlo de tal modo y con tal rapidez que pueda evitarse una caída por efecto del choque de fuerzas encontradas y desiguales.

Así es que pocos toreros han repetido la suerte, hoy olvidada por completo.

El modo de *cuartear, recortar* y *quebrar* de Cándido era especialísimo tambien.

Solo, completamente solo, sin capa ni muleta, auxiliado, cuando más, de su castoreño, burlaba las reses, las rendía, y cuando las tenía jadeantes, sentábase en el suelo delante de ellas á una vara de distancia.

Era natural, por lo tanto, que todas las plazas se disputasen el placer de ver á torero tan distinguido; y para conseguirlo, le pagaban y hacían con él buenos ajustes, con cuyo producto reunió, dada la época, un decente capital.

Pero la fortuna es inconstante y se cansa pronto de seguir por un mismo camino.

Desde que hay en España corridas de toros, la ciudad del Puerto de Santa María ha celebrado todos los años tres ó más fiestas de dicha clase el dia de San Juan é inmediatos al 24 de Junio.

La afluencia de forasteros que de Cádiz y otros pueblos llegan por mar y por tierra, y el entusiasmo que en aquel pueblo despierta tan magnífico espectáculo, han hecho que siempre se haya procurado darle allí en esos dias la mayor brillantez posible.

Y llamando entónces la atencion en España José Cándido, claro es que había de ajustársele á cualquier precio.

El 23 de Junio de 1771 se celebró la primer corrida.

El ganado fué bravísimo. Mató con gran destreza Cándido los cuatro primeros toros con muleta y estoque, y salió al redondel, ligero como un gamo, el quinto bicho.

Antes se presentó en la arena un *carro triunfante* conduciendo á un hombre y una mujer, acompañados de pajes, lacayos y señores, éstos para escoltar y auxiliar á los del carro, y la pareja que en él iba, para clavar rejoncillos.

Salir el animal al redondel, embestir al carro, derribarle, atravesar de una cornada la pierna de la mujer,—dice una relacion que conservamos y de que no hay ejemplares,—y poner en dispersion á toda la comparsa, todo fué obra de un momento.

Pidió el público que toda aquella gente se retirara y salie-

ran caballos, es decir, picadores, y que se diera á tan terrible fiera la lidia ordinaria.

Dispuesto así por quien podía ordenarlo, se vieron los toreros en graves apuros, especialmente el picador Diego Sánchez, á quien en una caída salvó milagrosamente el capote de Vicente Bueno, arrojado desde las barreras.

José Cándido intentó várias veces parar al toro, pero inútilmente, porque el animal, sumamente *abanto*, no se paraba con nada, y corría y saltaba con ligereza increible.

Tanto fué así, que no sólo saltó la barrera, sino que llegó á los andamios en una de las veces que saltó; y gracias que allí quedó enganchado entre los tableros, donde sin dejarle bajar le mataron, que si no, hubiera habido que lamentar muchas desgracias.

Bajo la impresion que este toro dejó en el ánimo de todos, salió el sexto, grande, *cárdeno* y de gran cornamenta.

Fué bravo y seco con los picadores, y en una de las veces en que persiguió á Juan Barranco, viendo Cándido que iba ya á los alcances de él, se interpuso, y llevóse tras sí al toro.

Pero no había entónces en las plazas el cuidado y limpieza que ahora.

Debido á esto, el infeliz Cándido se resbaló en la sangre de un caballo, y dió tan tremendo golpe, que quedó en el suelo sin sentido.

Saltó por encima la fiera, é inmediatamente se revolvió.

Entónces el toro, enganchándole por los riñones, que le atravesó, le levantó en alto, se le pasó de una á otra asta, y le

tuvo colgado de un muslo, en que le dió otra cornada, hasta que le arrojó á gran distancia sin sentido.

Nadie pudo evitar la catástrofe.

El pueblo, aterrado, se marchó; los toreros no pensaron ya más que en recoger aquel hombre y retirarse, y así lo hicieron.

Buscóse un médico, y no se encontró en todo el pueblo.

Melchor Conde despachó en seguida un bote á Cádiz para que viniesen cuantos se encontrasen de más fama, y entre tanto, le sacramentaron é hizo testamento, que en resúmen contenía las cláusulas siguientes:

«Que se repartiese á los pobres la ropa, alhajas y dinero que llevaba en aquel dia sobre sí.

»Que por su alma se dijesen mil misas, y á cada una de sus hermanas se le diese un dote de tres mil trescientos reales.

»Y para su mujer é hijo, sus casas, viñas, posesiones, ganado vacuno, yeguas y cabras, cinco mil y pico doblones en dinero, alhajas y cuanto le pertenecía.»

Murió á la vista de los doctores que de Cádiz vinieron, á la una de la noche del dia 24, ó sea siete horas despues de su desgraciada cogida.

Hay algunos autores que dicen era hijo de otro José Cándido y de María Hernández, muerto aquél en Chiclana en 1752, dejando una regular fortuna, adquirida toreando.

Como no vemos que su dicho se apoye en algun fundamento, suponemos que le equivocan y quieren decir que Jerónimo José Cándido fué hijo de José, que es el que comprendemos en esta biografía; pero en este caso cambian las fechas

lastimosamente, y le hacen morir diez y nueve años ántes del en que realmente falleció, siendo imposible, por lo tanto, que fuese padre de Jerónimo, puesto que éste nació en 1760.

No negamos en absoluto que haya habido otro José Cándido anterior al nuestro; ántes al contrario, posible es que su padre así se llamara; pero ponemos muy en duda que fuera torero, y mucho ménos de nombre suficiente para adquirir fortuna.

José Cándido, gloria del toreo, murió sentido de cuantos le conocieron, y especialmente de los toreros que con él trabajaron.

No conoció la envidia.

Era su deseo únicamente agradar al público, y llamando la atencion con su trabajo, adquirir para su hijo una fortuna.

Ambas cosas consiguió; pero cuando hablemos de Jerónimo José Cándido se verá que es muy cierto aquel refran que dice: «El hombre propone, y Dios dispone».

JOAQUIN RODRÍGUEZ (COSTILLÁRES).

En todas las profesiones hay nombres que se hacen imperecederos.

Lo mismo sucede en las artes que en las ciencias y en todos los ramos que abarcar puede el entendimiento humano.

Y cuando esto acontece, precisamente hay que atribuirlo á una de dos cosas:

Ó á que el que llevó aquel nombre durante su vida fué muy sobresaliente en aquella profesion, ó á que á él se debe alguna mejora en la misma.

De todos modos, los nombres que pasan á la historia y no son tristemente célebres, que de éstos no queremos hablar, se perpetúan, porque los hombres que los llevaron salieron en su época de la esfera de lo comun.

Joaquin Rodríguez (Costilláres) ha tenido esa fortuna.

Entre los infinitos toreros que ha habido observando reglas para la ejecucion de la lidia desde hace cerca de doscientos años, su nombre suena entre los primeros.

No sólo como torero consumado, sino como inventor de una de las más principales suertes de matar toros.

Y por lo tanto, justísimo es que el eco de su fama llegue á nosotros, y procuremos pase á la posteridad con la mayor aureola que da el trascurso del tiempo.

Costilláres nació en Sevilla á fines del primer tercio del pasado siglo, en el barrio de San Bernardo, que ha tenido el privilegio de ser la cuna de muchos y buenos toreros en todas las épocas.

Su apellido indica que tal vez en la raza de los Rodríguez esté encarnado el arte de torear, porque en él ha habido siempre quien le ha enaltecido y llevado con orgullo, tanto procediendo de Sevilla, como de Córdoba y otros puntos.

El padre de Costilláres era dependiente del matadero de Sevilla; y en cuanto vió que su hijo, por la edad, podia ayudarle en el oficio, le llevó consigo y le dedicó á las faenas del mismo.

Pero Costilláres, de genio observador, valiente y atrevido, no se conformaba con ejercer un oficio grosero, en el que no veía más término que al que su padre había llegado, ó lo que es lo mismo, á tener más ó ménos jornal.

Se acercó al notable matador de toros de aquella época, Pedro Palomo, vió éste en el chico buenas disposiciones para el toreo, le dió algunas lecciones, le ayudó y protegió mucho, y le presentó al público, formando parte de su cuadrilla, cuando Rodríguez sólo contaba diez y seis años de edad.

Como entónces, segun hemos dicho en lo que llevamos

publicado, no era todavía costumbre formar los espadas cuadrillas constantes, juntas de toreros auxiliares, sino que unas veces se contrataban unos por sí, otras llamados directamente por los empresarios ó corporaciones, y pocas por los matadores, Costilláres trabajó con Palomo únicamente el tiempo preciso para perfeccionarse.

Su trabajo como banderillero, siempre fino, concienzudo y denotando valor, le hizo sobresalir entre sus compañeros contemporáneos, y siendo jóven aún, muy jóven, se decidió á ser espada.

Su rápida fama como peon de lidia le autorizaba para ello, y el voto de los más notables matadores que entónces había le impelía á serlo, sin que pareciese audacia ó ambicion envidiosa.

Manuel Bellon *el Africano,* el que por aquellos años marchaba al frente de los espadas, no tuvo inconveniente en dar la alternativa á Joaquin Rodríguez en la plaza de Sevilla, cuando cumplía los veinte años de edad.

No sabemos si el mote de *Costilláres* le adquirió desde que fué matador, ó si le tuvo ya ántes. Importa poco al objeto principal de esta biografía.

La notabilidad en el modo de torear de Costilláres no consistía precisamente en que la lidia fuese más ó ménos brillante, de mejor efecto que las de otros, sino que en este hombre especial se advertía siempre mucha reflexion para ejecutar.

Estudiaba detenidamente la índole de los toros, y les daba la lidia que creía convenirles; pero nunca era igual.

Con unas reses era ligero, jugueton y atrevido.

Con otras, pausado, reflexivo y calmoso.

Rara vez hacía lo que los demas matadores acostumbraban.

Sin acelerarse, esperaba y *aguantaba,* como ahora se dice, ó *recibía* en regla con los piés parados, segun lo practicaban siempre sus contemporáneos.

Y cuenta que entre éstos figuraban los Palomos, Juan Romero, Bellon *el Africano, Martincho* y otros de buen nombre y tan bravos como él.

Primeramente estudiaba las condiciones de los toros, los tanteaba, digámoslo así, con la muleta y segun su inteligencia lo marcaba, ó los *recibía* segun arte, citándolos en corto y con los piés juntos, ó los esperaba sin citar, sesgándose á la izquierda, como vemos en muchas láminas de aquella época.

Pero si se tiene presente que entónces las puyas de las varas de detener eran más largas y punzantes que las que despues se han usado y usan, se comprenderá con facilidad que los toros, en su mayoría, habían de ir á la muerte acabados, rendidos y sin poder.

¿Qué podía hacerse entónces con un toro que, aculado á las tablas, no arrancase poco ni mucho en direccion al engaño?

Matarle á desjarrete ó de cualquier manera, siempre deslucida para el espada, y repugnante para el público.

Ó inventar un medio que hiciese ménos repulsivo el antedicho, ó matar á paso de banderillas, á media vuelta, traidora-

mente, á veces desde las tablas, con la seguridad de dar muchos pinchazos.

Esto podía tambien cansar al público, y cedía en descrédito del espada.

Un hombre como Joaquin Rodríguez, que tanto se paraba en ocasiones para ver el modo de mejorar su arte, no podía ni debía continuar así, é *inventó el volapié.*

Era muy notable en el *trasteo* con la muleta y en las suertes de capear; pero por nada merece tanto el título de maestro como por la invencion de dicha suerte, que vino indudablemente á llenar un vacío que en el toreo notaban los inteligentes.

Explicó teórica y prácticamente á sus compañeros cómo debía ejecutarse, fijó reglas para la colocacion del hombre y de la res, ordenó el modo de irse á ésta, y hasta marcó el tiempo en que debía verificarse.

Su triunfo fué completo: nadie entónces ni despues ha encontrado defecto que poner á suerte tan lucida y segura.

Y desde aquella época desapareció de las plazas el repugnante espectáculo de hacer morir las reses como ántes hemos indicado.

Creció con esto y con su inteligencia en la lidia la celebridad adquirida.

De todas partes se le llamaba, las maestranzas le reclamaban, y todos los pueblos se disputaban el placer de ver torear al famoso inventor del *vuelapiés,* como entónces se decía.

Llegó á pagarse á este notabilísimo diestro la suma de tres

mil reales al dia por corrida de mañana y tarde; cantidad exorbitante en aquella época, que nadie había ganado.

Hombre de una condicion especial para elevarse del ordinario nivel, creyó que la organizacion de una buena cuadrilla, bajo su mando ó direccion, daría más unidad al trabajo de la lidia en ventaja de ésta.

Y no se equivocó.

Reunió una excelente cuadrilla de gente, tanto de á pié como de á caballo, que era conocida en provincias, y entre la que figuraron los *Malignos*, y todos le reconocieron como jefe y maestro.

Costilláres guardó siempre muchas deferencias y atenciones á los matadores más antiguos que él.

Nunca olvidó que Pedro Palomo fué el primero que le presentó en plaza; que asistió de media espada y de segundo á Juan Romero; que Manuel Bellon *el Africano* le dió la alternativa en Sevilla, y que Juan Esteller se la dió en Jerez de la Frontera.

Pero era altivo, sabía lo que valía, y á todo lo que él enseñaba ó de él dependía imprimió cierto sello de su autoridad.

Hasta modificó los trajes de torear, reemplazando la faja al ancho cinturon de cuero, y añadiendo caireles y alamares á las chaquetillas y chupillas, que las hicieron mas vistosas.

Contó entre sus discípulos al luégo célebre José Delgado (a) *Hillo*, á quien más de una vez reprendió su audacia y poca reflexion, pero al que quería extraordinariamente.

Por él pidió que en las funciones reales celebradas cuando

la jura de Cárlos IV no se corrieran toros castellanos; pretension desestimada por la oferta de Pedro Romero de matar cuantos se presentasen de aquella procedencia.

Costilláres era el sol caminando al Ocaso.

Romero y Pepe Hillo nacían entónces para el arte.

A poco tiempo de ser estos maestros conocidos como tales, tuvo Joaquin Rodríguez la desgracia de que se le formase un tumor en la palma de la mano derecha, que le impidió tomar el estoque y le hizo retirarse forzosamente del toreo.

La pena que en él produjo tal enfermedad, más que los años, fué la que le hizo contraer otra, de la cual murió á poco tiempo, con gran dolor de los que le conocieron y con gran pérdida para el arte.

Pocos, muy pocos, han valido tanto como Costilláres en el ejercicio de su profesion.

Falleció en Madrid el 27 de Enero de 1800, año anterior al de la desgraciada muerte de su predilecto discípulo Pepe Hillo.

PEDRO ROMERO.

Si con justicia se ha llamado por muchos aficionados al célebre Francisco Móntes el «Napoleon de los toreros» para significar la superioridad que ha tenido sobre sus compañeros de profesion, al insigne Pedro Romero debiera considerársele en el arte como á un César ó Alejandro.

Parecerá exagerada nuestra aseveracion; pero de tal modo hemos oido hablar del mérito de tan aventajado lidiador, de tal modo le ha ensalzado la pluma y el buril, que no hay más que reconocer en Romero una inteligencia superior en el arte.

La fama no se adquiere en un dia, aunque puede perderse en ménos tiempo.

La de Romero, comparada con la de los grandes diestros que brillaron en su misma época, se mantuvo siempre á la misma altura.

Comparada con la de los que despues le han sucedido, no puede tampoco considerarse rebajada; porque si alguno llegó

hasta él, si alguno pudo sobrepujarle, á Romero se lo debió, que fué su maestro.

Pedro Romero, que en el arte de torear llegó al límite que pocos alcanzan, nació en la ciudad de Ronda, provincia de Málaga, el dia 19 de Noviembre de 1754.

A los quince años era ya un hombre formado, robusto, fuerte y de elevada estatura, tan aficionado á las corridas de toros, que á cuantas podía procuraba asistir, tomando en ellas parte cuando eran novilladas; y de tal modo adelantó, que á los diez y seis años de edad fué contratado como banderillero en la plaza de Ronda, dándole desde entónces lecciones su padre Juan, que no tardó en incorporarle á su muy distinguida cuadrilla.

Despues de presentarle en algunas plazas, le trajo á Madrid, donde su presencia en el redondel llamó desde luégo la atencion, porque los inteligentes vieron en él gran serenidad, mucha ligereza y firmeza de piernas, y sobre todo, mucho arte y un especial manejo de la muleta, que era la muralla que siempre le defendía de los ataques de la fiera.

Su toreo, es decir, su modo de torear, era parado, tranquilo, sereno y ceñido, preparando á su antojo á las reses para la muerte con sólo la muleta, y haciendo los *quites* á los picadores oportunamente, pero con calma y sin acelerarse.

Dice un autor que su privilegiada inteligencia alcanzó la forma de adherirse todo lo útil y conveniente de la tauromaquia *movida* sevillana, sin desnaturalizar con ello el carácter intrépido y mesurado de su escuela.

Y añade que así dominaba á sus émulos, teniendo lo suyo y lo aprendido en una combinacion segura y magistral.

Todo el mundo sabe que á Pedro Romero le hacían la guerra en su arte cuantos toreros de fama había en su tiempo; que Costilláres, Pepe Hillo, Conde, Garces y otros, apuraban hasta donde podían sus conocimientos taurinos, sus gracias y sus recursos para vencer á Romero; pero la inteligencia de éste, su sangre fria, dominaban completamente á los públicos de toda España, y en muchas ocasiones todos sus compañeros tuvieron que agradecerle les salvara la vida, y en otras, que diera muerte á las reses que ellos no pudieron estoquear.

Ha circulado por la prensa española y extranjera una carta que se supone escrita por Pedro Romero, con motivo de su competencia con Pepe Hillo, cuya autenticidad nos permitimos poner en duda.

Por eso aquí no la insertamos íntegra.

Obsérvese bien en ella que empieza fijando el año de 1778 como el en que Romero toreó por primera vez con Pepe Hillo, y con sólo este dato se comprenderá que no es posible que este último célebre torero trabajase en competencia con Romero teniendo sólo diez años de edad, puesto que nació en 1768, como verán en el lugar correspondiente nuestros lectores.

No queremos, sin embargo, privarles del conocimiento de un escrito que somos los primeros á poner en duda, y héle aquí en su parte más esencial:

«En el año de 1778 conocí y trabajé, en mi ejercicio de matador de toros, en la plaza de Cádiz con José Delgado (Hillo),

ó Pepe Hillo, y habiendo llamado al maestro barbero para que me afeitara, quien tambien afeitaba á dicho Hillo, me preguntó el citado maestro que si era yo el mozo que iba á matar á Cádiz; le dije que sí, y entónces me dijo: «Pues hoy en mi casa ha dicho que le ha mandado várias misas á las Animas benditas, á fin de que abone el tiempo (porque llovía), por estar deseando trabajar con la gente guapa». Yo le respondí á dicho maestro que así que llegara la hora, cada uno haría lo que pudiese. Se verificó el primer dia de toros, y al primero armé la espada y muleta y se la cedí; se fué al toro, le dió un pase de muleta y echó mano al sombrero de castor que se estilaba entónces, y le mató de una estocada. Como tenía allí tanto partido y yo era desconocido, dejo á la consideracion de usted el alboroto que se armó en la plaza.

»Salió el segundo toro, que era de los Padres de Santo Domingo de Jerez; llegó la hora que tocaron á la muerte, y el toro se fué y se paró en medio de la plaza; la gente estaba toda en espectacion á ver qué haría yo; armé la muleta, voyme al toro, y así que llegué á una distancia regular, le cité, y así que el toro se enteró, ántes de que partiera tiré la muleta, me quité la cofia y la tiré, eché mano á una peinetilla que estaba para sujetar dicha cofia, que sería como de dos dedos de ancha, dí dos ó tres pasos hácia el toro, y viéndome tan cerca, me arrancó, lo agarré bien por lo alto de los rubios, y le eché á rodar de la estocada que le dí.

»Dejo á la consideracion de usted qué no se armaría en la plaza.

»Salió el tercer toro; llegó la hora de la muerte, tomó Hillo la muleta, se fué y pasó al toro á la querencia de la puerta del toril, volvió á pasarlo para darle las tablas, se presentó á la muerte, y le dió una estocada; volvió á presentarse de segunda á la muerte, y le dió un pinchazo; el toro se enteró demasiado, y cada vez que quería dejarse caer sobre el toro, le desarmaba; de manera que le dió que hacer lo muy bastante. En este estado nos mandó llamar el diputado que mandaba la plaza, D. José de Lila, y nos dijo que no volviéramos á dejar la muleta. Respuesta mia: «Señor D. José, ¿yo me he metido con el señor Hillo en nada? Pues me ha buscado la boca como usía ha visto, y así el señor, que quería liarse con la gente guapa, ya se le logró, y así no se me estorbará que yo haga lo que quiera en la plaza; y si se me estorba, me marcharé mañana, que en Madrid me están esperando». Y allí trató de amistarnos, sin embargo que había arrojado bandera. Luégo que bajamos á la plaza, ya el público estaba repartido en bandos, sonando várias voces diciendo: «Señor Delgado (Hillo), mal le ha salido á usted la cuenta. ¿Cómo no siguió como comenzó de tirar la muleta? Parece que al forastero no ha podido usted envolverlo». Se acabó la funcion de toros matando todos con la muleta; se hizo muy amigo mio. Lo más que solía decir por detras de mí, y luégo me lo decían: «Este hombre no se da al partido en nada».

»Fuí aquel mismo año con él á Sevilla, su tierra, y sin embargo de estar hechos amigos, los sevillanos siempre estaban por él, hasta que empezamos á trabajar; de sus resultas empe-

zaron los partidos. Allí le maté un toro que no pudo matarlo por haberlo cogido, sin embargo de que por librarlo me puse en más riesgo que no él; por lo que todo ó parte del pueblo se hizo mi apasionado.»

Así dice la carta, que, volvemos á repetir, no tenemos por auténtica.

Ademas de lo que llevamos dicho, respira toda ella mucha vanidad y soberbia, y aunque Romero no estuviera exento de ellas como los demas mortales, no hay en su vida acto alguno ostensible que las demuestren.

Sabido es tambien que, tanto Costilláres como Pepe Hillo, cuya merecida fama será eterna, pidieron al corregidor de Madrid que en las fiestas que habían de celebrarse para la jura del rey D. Cárlos IV no se corrieran toros de Castilla, y que Romero contestó que se obligaba, como lo hizo, á matar cuantos se presentasen.

En aquella corrida, por no seguir Hillo el consejo de Romero, fué volteado y herido, conduciéndole éste en brazos al palco de la condesa de Benavente, duquesa de Osuna; y cuando Romero volvió al redondel, se encontró con que ningun espada había intentado matar al toro.

Vieron que al bajar Romero de nuevo al redondel se disponía á dar muerte á la res, y los demas espadas, que en el primer momento no habían pensado en tal cosa, prepararon las muletas, como demostrando que ellos iban á verificarlo.

¿Hacían esto porque eran más antiguos, ó por cubrir el expediente?

No lo sabemos.

Ello es que Pedro Romero dispuso sériamente que todos se apartaran, se dirigió gravemente al sitio en que la fiera escarbaba el polvo, la fijó, despues de dos pases naturales, la citó y la mató de una buena *recibiendo*.

Su competencia con Pepe Hillo aumentó cada vez más la fama de Romero.

Tenía este profesor una rarísima ventaja sobre aquél.

Contra lo que generalmente sucede en la arena, delante de miles de espectadores, acosado, digámoslo así, por el ejemplo de otros compañeros que valían ménos en todos terrenos y bullían más, Romero nunca se alteró, nunca salió de su paso, nunca intentó repetir suerte hecha por otro.

Jamás acudió á hacer un *quite* que á otro correspondiera, si la necesidad no lo exigía.

No conocía la envidia.

Y ademas, su temperamento le permitía tener calma, esperar.

¡Si todos pudieran hacer lo mismo!

¡Cuántas veces una precipitacion, un deseo de mostrar tanto valor ó inteligencia como otro, han ocasionado desgracias!

El mérito principal de Romero consistía en saber preparar los toros con la muleta para la muerte.

Era una cosa especial, en la cual llegó á hacer tanto y á veces más que Costilláres.

En cuanto á estocadas, era mucho más seguro que cuantos le habían precedido.

Y eso que su afan dominante era siempre el de *recibir* los toros.

Pero ¡de qué manera! Clavados los talones en el suelo y haciendo el *quiebro* de muleta con ésta únicamente para dar la salida, no con el cuerpo.

Conocedor en extremo del instinto y condiciones de las reses, practicaba con ellas solamente las suertes á que su índole se prestaba.

Y claro es que nunca podía quedar desairado ante la fiera.

Porque ni á ésta si le faltaban patas le tendía el capote, ni á otra que, aculada en las tablas, rendida y sin facultades se encontrase, pensó jamás en citarla para *recibir*.

Daba á cada toro la lidia que requería.

Añadirémos que al mismo tiempo que todos le concedían un trato amable y cariñoso, se imponía y hacía respetar de las cuadrillas, sin consentir el más ligero abuso ni falta de cumplimiento á su obligacion.

Ganó tanto como el que más, y Madrid, más que ningun otro punto, fué el teatro de sus grandes hazañas.

Fué alto, bien formado, de mesurado continente, con una notable musculatura, desarrollada convenientemente en los primeros años de su vida con las faenas del oficio de carpintero de ribera, á que fué dedicado.

Tal era el dominio que tenía sobre sí mismo este gran matador de toros, que ántes de ser viejo, ántes de que los achaques pudiesen inutilizarle para la lidia, la abandonó voluntariamente.

Cuando era mayor el apogeo de su gloria, á los treinta años escasos de torear, y á los cuarenta y cinco de edad, se retiró del toreo.

Celoso de su reputacion, comprendería tal vez que ésta podía amenguarse en el concepto público si no continuaba trabajando con la misma actividad, con igual ligereza que veinte años ántes.

Y como esto no era posible, porque los años no pasan en balde, prefirió retirarse á tiempo y cuando más frescos ostentaba los laureles de sus victorias.

De este modo consiguió que no se marcase en él época alguna de decadencia.

Fuése tranquilo á su casa, con la conciencia de haber hecho en el arte tanto como el que más, y con la satisfaccion y fortuna de no haber tenido, como otros, frecuentes y graves cogidas.

Y eso que, segun opinion de cuantos han escrito acerca de su vida, Romero, en el plazo que hemos dicho de ménos de treinta años, mató *cinco mil seiscientos toros*, la mayor parte *recibiéndolos*.

¡Y cuesta ahora tanto trabajo *recibir* uno!

¡Y pasan años sin que veamos tan magnífica suerte!

Al reflexionar sobre esto, hay momentos en que no sabemos decir si los matadores han adelantado ó han atrasado en su profesion.

Es verdad que ahora se hacen muchas y mejores cosas que en lo antiguo; pero tambien lo es que se han olvidado otras

que demostraban más valor y conocimientos más precisos, más exactos.

Parecía que despues de retirado del toreo Pedro Romero, su mision en este mundo, respecto del mismo, había concluido; pero no fué así.

Por las razones que hemos expuesto ya al principio de este libro, y por las que mucho más adelante y en lugar oportuno dirémos, en el año de 1830 se fundó en Sevilla una escuela de tauromaquia.

Al instalarse, fué nombrado director-profesor de la misma el célebre Jerónimo José Cándido, porque en las altas esferas se creyó sin duda que Romero no existía; pero inmediatamente que para éste se reclamó un puesto que por su mérito y antigüedad le correspondía, se revocó la real órden y se confirió á Romero dicha primera plaza.

A Cándido se le confirió la de profesor tambien, pero en segundo lugar.

Lo que á pesar de sus años hicieron estos hombres en las aulas de tauromaquia, no es para dicho.

Parece imposible que hombres de ruda educacion, sin más estudio para expresarse y hacerse comprender que su perspicacia práctica, lograran hacerse entender de muchachos cuya intelígencia no se había preparado al efecto.

Aunque no hubiera más ejemplos que los de Móntes, Arjona (Cúchares) y Domínguez, bastarían estos testimonios para acreditar qué gran fruto produjeron las lecciones de unos maestros que tantos años hacía no toreaban.

Romero era lacónico, pero enérgico, en sus explicaciones.

En la cátedra decía á sus oyentes:

«La honra del matador está en no huir ni correr nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos.

»El espada no debe jamás saltar la barrera despues de presentarse al toro, porque esto ya es caso vergonzoso.

»El lidiador no debe contar con sus piés, sino con sus manos; y en la plaza, delante de los toros, debe matar ó morir ántes que correr ó demostrar miedo.

»Parar los piés y dejarse coger, ése es el modo de que el toro se consienta y se descubra bien.»

Y otros preceptos que denotan corazon y serenidad.

No porque su suerte de matar favorita fuese la de *recibir,* dejó él de practicar, y mucho ménos de explicar, las de *volapié, arrancando,* etc.

Al contrario, Romero siempre encargó á sus discípulos que estudiasen mucho las condiciones de las reses, porque no á todas, decía, puede dárseles muerte del mismo modo.

Disolvióse la escuela de tauromaquia, y Romero volvió á su casa con más laureles de los que en el redondel recogió en la primera época de su vida.

Llevaba sobre los antiguos, los adquiridos de nuevo como maestro, como profesor, como catedrático.

Su nombre no perecerá, y se oirá siempre con entusiasmo por los aficionados á las lides taurinas.

El gran Pedro Romero falleció en Ronda el 10 de Febrero de 1839 á los ochenta y cinco años de edad, no á los noventa

y cinco, como ha dicho un apreciable escritor fijando equivocadamente dicha fecha en el año de 1849.

Otra rectificacion importante creemos conveniente hacer ántes de terminar esta biografía.

Un distinguido literato ha dicho en una obra no há mucho publicada, que Pedro Romero estuvo presente cuando en la plaza de Salamanca mató un toro á su hermano Antonio, y que sin licencia de la autoridad ni preparacion alguna se dirigió á la fiera y la dejó tendida á sus piés de una sola estocada.

En esto debe haber, y hay en efecto, más de una equivocacion, disculpable en un novelista, mayormente cuando con tan vivos colores y excelente belleza pinta el cuadro.

Pedro Romero se retiró en 1799; su hermano Antonio murió en 5 de Mayo de 1802; luego aquél no asistió á la corrida.

Antonio Romero fué cogido y muerto en la plaza de Granada, no en la de Salamanca; y, como hemos dicho, en Ronda vivía desde tres años ántes, tranquilo y apreciado por cuantos le trataban, el gran Romero, observador de la mejor escuela de toreo, y hombre superior á todos sus contemporáneos.

Conste, pues, que Pedro Romero, ni murió en 1849, ni presenció, por fortuna suya, la muerte de su hermano Antonio, como alterando fechas y lugares han dicho equivocadamente algunos autores.

JOSÉ DELGADO Y GÁLVEZ (HILLO).

Ningun torero en ninguna época ha tenido, como éste tuvo en su tiempo, tanta aceptacion, tanta popularidad, ni tanto prestigio en todas las clases de la sociedad, que le consideraban, atendían y obedecían sólo por tenerle contento y oirle, y cambiar con él sus palabras.

Su gracia personal, su lujo en el vestir, su excelente modo de proceder con todos, sus chistes con la gente encopetada, su generosidad con los desvalidos, su esplendidez con sus compañeros, y más que nada, su valor y destreza en la lid, hicieron de él, como ahora se dice, el niño mimado de su época.

No había mejor recomendacion para la duquesa de B..., para la condesa de P..., para el ministro D..., ó para el favorito G..., que la de Pepe Hillo, á quien nada se negaba.

No permite la índole de este libro referir anécdotas, chismes ni chascarrillos en que, segun la crónica, tuvo *Hillo* tanta parte, y por eso hacemos punto y hablarémos sólo de aquello á que estamos obligados.

Pero por eso no hemos de ocultar que, segun pública voz y comun opinion de entónces y ahora, más de una vez riñeron fuertemente encopetadas señoras de alta alcurnia por los *peazos* del jacarandoso torero sevillano, dando escándalo en la corte.

Las manolas, que así se llamaban entónces las mozas de rumbo en Madrid, no desdeñaban tampoco los obsequios de Pepe Hillo, y á todas, todas, agradaban su atencion y su gracia, al ménos toreando.

Si él correspondia ó no á los deseos de las damas, cosa es no comprobada.

De cierto no se sabe más que Delgado fué buen esposo y muy amante de su mujer, á quien consideró mucho.

Lo demas... Dios lo sabe.

En una hacienda llamada Villalvilla, sita en el distrito parroquial de Espartinas, cerca de Sanlúcar la Mayor, provincia de Sevilla, nació Delgado el 19 de Setiembre de 1768, siendo hijo legítimo de José, corredor de caldos, y de Petronila, que le dedicaron más tarde al oficio de zapatero.

Pronto abandonó esta ocupacion por la de su asistencia al matadero, donde se le llamó Pepe Hillo desde luégo, y donde aprendió á andar sorteando las reses bravas, hasta que con la proteccion y lecciones del célebre Costilláres, se dedicó por completo al arte de torear, ingresando en la cuadrilla de dicho su maestro, que tanto le distinguió siempre.

Tardó muy poco en sobresalir de todos sus compañeros, y de tal manera ejecutaba y con tanta repeticion llevaba á efecto suertes, *recortes*, capeos y otros juguetes, á que tanto se presta

la escuela del *movido* é inquieto toreo sevillano que aprendió de su maestro, que cautivó desde luégo la atencion del público alto y bajo, especialmente de aquél á quien no distraía tanto el reposado y sereno modo de torear de Pedro Romero.

Cuantas ocasiones se le presentaban de lucirse, las aprovechaba, sin reparar en las consecuencias que pudiera acarrearle una impremeditacion; cuantas suertes hacía otro, las repetía él, aunque no las hubiese estudiado: hasta llegó á *recibir* en muchas ocasiones toros que había citado tres y cuatro veces, sólo porque el toro anterior había sido *recibido* por otro espada.

Así que, exaltado siempre su amor propio, aventurábase como nadie, y por eso fueron infinitas las cogidas que tuvo, y más de dos docenas las cornadas que recibió.

Su competencia con Pedro Romero le llevó muchas veces adonde no hubiera debido ir.

Es verdad que el público, entónces como ahora y siempre, aclama y ensalza á aquél en quien ve buenos deseos de cumplir; pero cuando, léjos de fijarse en si aquello que se intenta hacer por complacerle es practicable sin riesgo, prescinde de si éste existe y alienta al torero á que lo verifique, sean las que quieran las consecuencias, las excitaciones que aquél hace al lidiador son hasta criminales.

Si esto no hubiera sucedido, Pepe Hillo tal vez no se hubiese determinado en más de una ocasion á hacer suertes en que brillaba mucho más que él Pedro Romero.

Del mismo modo que la grave prudencia de éste le hacía

no intentar nunca lances que pudieran salir mal consumados, y por lo tanto, perjudicar su reputacion.

De estas mal llamadas competencias tiene la culpa, segun hemos dicho, el público, que siempre hace degenerar una plausible y noble emulacion en detestable y ruin envidia.

Empezóse entonces por separar, digámoslo así, el cariño que en el ruedo deben tenerse recíprocamente los toreros.

Díjose que los de Ronda no habían hecho más que perfeccionar las suertes que eran, propiamente dicho, patrimonio de los Romeros.

Y se pensó y llevó á cabo la division entre éstos y los sevillanos, que toreaban haciendo más uso de los piés y de los *quiebros* que los rondeños.

Dióse, pues, el nombre de escuelas distintas á las que realmente eran una sola, y sola seguirá siendo.

Porque los preceptos, las reglas de la una, no los anula, ni siquiera los excluye, la otra.

Que un lidiador, segun sus facultades, su inteligencia ó su valor, intente y ejecute suertes que otro no se atreve á hacer, no significa que el arte sea distinto para el uno que para el otro.

Lo que para éste puede ser fácil y sencillo, para aquél parecerá difícil de ejecutar.

Ambos saben cómo se hace la suerte, pero los dos no la practican del mismo modo.

En este arte, como en todos, hay instintos, genios y talentos privilegiados que van delante de los demas, sin que nadie pueda remediarlo ni oponerse á ello.

No intente ninguno hacer lo que no haya estudiado bien.

Pero sigamos.

Como el modo de torear de Pepe Hillo, lo mismo que el de su maestro Costilláres, ó sea el de la llamada *escuela sevillana,* es, si no viene acompañado del de la llamada *rondeña* (cosa difícil, aunque no imposible, de poseer por igual), ménos seguro con toros revoltosos y de algun *sentido,* que con los sencillos ó *boyantes,* ambos diestros pidieron en las corridas celebradas en 1789, cuando la jura del rey Cárlos IV, que no se corrieran toros de Castilla por lo resabiados que estaban.

Pero como Romero se comprometió á matar cuantos de aquella clase se presentasen, la superioridad quedó desde entónces en él, que en su vida taurómaca probó «que con serenidad y no saliéndose de las reglas del arte, se matan todos los toros de todas condiciones que se presenten».

Creemos nosotros que desde entónces aumentó, si cabe, la emulacion que con Romero tenían Costilláres y Pepe Hillo; pero es una coincidencia rara que éste tuviese tal aversion á matar toros castellanos, y que uno de éstos fuese el que con él acabase doce años más tarde, desde que él pidió su proscripcion.

El suceso trágico, aunque descrito en elegías, romances y sonetos de aquella época, no lo ha sido en ninguna parte tan minuciosa y claramente como en una carta escrita entónces por un célebre literato, de la que nos permitimos copiar algunos trozos, seguros de que lo han de agradecer nuestros lectores.

«Siempre que se han corrido toros de dicha clase, ha presenciado el público idénticas contingencias, como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo, la que acabamos de experimentar. Únicamente me propondré por ahora hablar del mencionado sétimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio de que se hará la más comprensible demostracion. Sólo recibió tres ó cuatro varas, á las que entró siempre huyendo de los caballos, por ser para éstos demasiado cobarde. Despues, con mucha maestría, le puso un par de banderillas el aplaudido Antonio de los Santos, y seguidamente le clavaron otros tres pares Joaquin Díaz y Manuel Jaramillo. Luégo se presentó á matarle José Delgado; le dió tres pases de muleta, los dos por el órden comun (ó despidiéndole por su izquierda), y el restante, de los que llaman *al pecho,* con lo cual se libertó del apuro contra los tableros, en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvió el toro, algo atravesado de resultas de haberle dado el segundo pase no hallándose puesto aquél en la mejor situacion. Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él, y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle, le tanteó citándole, ó llamándole la atencion á la muleta (deteniéndose y sesgándose algo más de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el piton derecho por el cañon izquierdo de los calzones, y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca

arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar para conocer que en aquel lance debió de estar sin movimiento, es lo cierto que, careciendo de él, se mantuvo en dicha forma ínterin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho más de un minuto, destrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho (á más de diez costillas fracturadas), hasta que le soltó en tierra, inmóvil y con sólo algunos espíritus de vida. Ésta la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad más religiosa. Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente punto ménos que inevitable el riesgo de perecer á que se exponían para quitar la fiera de la inmediacion á él, ya casi cadáver (en un paraje tan sin recurso en aquel caso como es el de la puerta del toril), superó á esta prevision de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situacion del toro. Tambien lo emprendió, en cuanto le fué dable, el celo de Juan López, procurando ponerle una vara *á caballo levantado.*»

Y luego añade dicha carta en otro párrafo:

«Muchos son los lances que pudieran individualizarse en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singula-

ridad despues de haber sido gravemente herido con veinticinco cornadas (en otras tantas azarosas suertes) que, repartidas en todo el cuerpo, recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó más su gran presencia de ánimo que en la última, en que, con admiracion, le vimos forcejear sobre los brazos, apoyadas las manos al piton que le tenía atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demas miembros descoyuntados, caidos y hecho un objeto de la mayor compasion. Ésta se renovó en la mañana de hoy, por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital General, en que estaba depositado el cadáver, hasta la parroquia de San Gines, en que fué sepultado y conducido con una laudable y edificante profusion, dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero Antonio de los Santos.»

Pocos detalles podemos añadir nosotros á los mencionados en esta carta. Dirémos, sin embargo, que el lugar del enterramiento de Pepe Hillo lo fué en el patio ó atrio que da entrada á la iglesia de San Gines por la calle del Arenal, y que vivía en la calle del Cármen, esquina á la de la Salud, paralela á la de la iglesia, y que hoy, edificada de nuevo, está señalada con el número 14 moderno.

En el año de 1800, uno ántes del de su desastrosa muerte, dictó y publicó con su nombre un libro titulado: *La Tauromaquia* ó *Arte de torear,* que es el mejor y más extenso de los hasta entónces publicados.

Hemos dicho que le dictó, porque Delgado no sabía escri-

bir, y solamente trazaba su mano firmas mal hechas que dicen: «*Joseph Hillo*», y que son las que ponía en sus contratos; así que es seguro que bajo su inspiracion se escribió, pero tambien lo es que él no le hizo.

Un conocido novelista ha asegurado que la mujer de Delgado y Gálvez se llamaba María del Pópolo.

No lo hemos podido nosotros comprobar; pero hemos visto la firma que ésta puso en la nómina en que consta el pago de su haber á aquel infortunado por la corrida en que fué muerto, y sólo dice: «*María Salado*», lo cual no excluye la verdad del mencionado aserto.

En lo que no creemos ande muy acertado dicho estimable novelista, es en asegurar que Pepe Hillo tuvo un hijo militar, que por haberse distinguido en las guerras que España sostuvo con el imperio frances á fines del siglo anterior, fué ascendido á capitan.

Tal vez la necesidad de la fábula le hizo crear este personaje para darla mayor interes, y en este caso nada tenemos que decir.

Lo contrario es inverosímil.

Pepe Hillo murió á los treinta y tres años; y á esta edad no debe suponerse tuviese ya un hijo capitan del ejército por acciones de guerra, cuando en esto se caminaba entónces tan despacio.

Apuntarémos, para concluir, una rara coincidencia.

Próximamente en el mismo sitio en que murió Pepe Hillo, distante del toril de la plaza vieja de la puerta de Alcalá como

unos seis metros, frente al tendido número 6, otro toro inutilizaba para la lidia, sesenta y ocho años despues, á otro simpático diestro muy querido del público madrileño, llamado Antonio Sánchez *el Tato,* que por fortuna, en medio de su desgracia, aunque inútil, vive hoy.

De ambas cogidas tuvo la culpa la impremeditacion.

¡Lástima que un temerario arrojo privase tan pronto á las lidias taurinas de tan esforzado campeon como fué José Delgado!

JERÓNIMO JOSÉ CÁNDIDO.

La celebridad de este nombre es debida, como en otras muchas ocasiones, si no á pura casualidad, al ménos á la precision de adquirir el hombre el sustento necesario.

Ha hecho héroes la necesidad, y en varios artes, y áun en ciencias, el hambre ha obligado á estudiar á quienes nada hubieran aprendido si les sobrasen rentas ó bienes con que vivir.

Un ejemplo bien vivo de esto es el torero cuyo nombre va á la cabeza de este artículo.

Nació, como su padre José, en la villa de Chiclana, provincia de Cádiz, pueblo entónces de ménos de cuatro mil almas y que hoy pasa de nueve mil, y en el que, lo mismo en hombres que en mujeres, rebosan la gracia y la sal hasta derramarse.

Tenía once años de edad cuando murió su desgraciado padre, y catorce cuando falleció su madre, puesto que él vino al mundo el dia 16 de Abril de 1760.

Fácil es comprender que un muchacho jóven, con regular fortuna y sin freno que le sujetase, había de gastar en bromas y diversiones más de lo que debiera; y así es que con otros compañeros y vecinos se ejercitaba frecuentemente en faenas de campo con ganado bravo, llegando á adquirir nombre como excelente aficionado é inteligente práctico.

Y como no hay mal que por bien no venga, cuando le faltó el caudal que en bromas y francachelas había derrochado, se encontró con otro caudal de conocimientos útiles para torear.

Y pensó en ser torero.

Su padre lo había sido; llevaba en sus venas sangre torera; afícion le sobraba y recursos para vivir le faltaban. ¿Por qué no serlo?

Comunicó su pensamiento á importantes personas; y con el apoyo de las mismas, y muy especialmente con el del rico é inteligente aficionado D. José de la Tijera, ingresó Cándido en la cuadrilla del ya muy notable matador de toros Pedro Romero.

Le tomó éste bajo su proteccion, con sus lecciones le hizo perfeccionarse en el arte que le había de dar envidiado renombre, y cuando el maestro se retiró, dejó al discípulo ocupando su puesto dignamente.

Con suma rapidez se vió adelantar á Jerónimo José Cándido, sobresaliendo entre todos los banderilleros de la época.

Muy poco tiempo ocupó tambien el puesto de media espada; porque sus adelantos, y la aceptacion que en todas las pla-

zas tenía, aconsejaron á Romero darle, como le dió él mismo, la alternativa.

No era, como su maestro, pausado en el modo de torear. *Paraba* cuando era debido, es decir, en las suertes de capa que lo requieren, en los *pases* de muleta, y sobre todo en la admirable suerte de *recibir,* que aprendió perfectamente de Romero.

Pero valido de su portentosa agilidad, émulo entónces de Costilláres y Pepe Hillo, en cuyo toreo veía más movimiento y actividad, no quiso quedarse atras, y cuantos juegos con los toros intentaban los demas, Cándido los ejecutaba con gran aplauso y serenidad.

En los *galleos,* y sobre todo en los *recortes,* fué, como en otras muchas cosas, una notabilidad.

Generoso y espléndido, como lo es generalmente el que se cria en la abundancia, ni había á su lado pobres, ni pagaba nadie lo que en cualquier francachela se gastaba.

Recorrió muchas plazas en España con gran aceptacion, llegando á reunir una excelente cuadrilla de picadores y banderilleros, que le reconocieron como jefe.

Al frente de ella trabajó en todas partes como matador de primera; y aunque en una notable obra taurómaca se dice que en Madrid se le vió alternar por *primera vez* con el *Bolero* y el *Castellano,* es lo cierto que mucho ántes mató y dirigió las cuadrillas en la corte como primer espada, y en 10 de Octubre de 1808 trabajó por mañana y tarde, siendo segundo espada el famoso Curro Guillen.

Retirado en 1812 por consecuencia de un padecimiento reumático, y habiendo consumido la mayor parte de sus ahorros en bromas y diversiones, obtuvo un empleo público en 10 de Junio de 1824, y fué á desempeñarle á Sanlúcar de Barrameda.

Antes de esto, cuando en 1820 murió en Ronda el inolvidable Curro Guillen, y Cándido vió que el arte iba en decadencia, volvió á él, animó á los que más descollaban, y reuniéndolos, formó cuadrilla, á cuyo frente se puso.

Consiguió algo en favor del toreo, aunque no todo lo que él se prometía.

Los aficionados agradecieron aquel esfuerzo, porque mantenía viva la aficion al arte; pero éste entónces no adquirió muchos prosélitos.

Las pasiones políticas por espacio de tres años absorbían completamente la atencion, y hubiera sido preciso, para despertar la aficion, presentar en el redondel grandes colosos en tauromaquia, que no había entónces por desgracia.

Brillaban, es verdad, algunos que, perfeccionándose más tarde, fueron luégo notabilidades; pero entónces no lo eran todavía.

Retirado á Sanlúcar de Barrameda, como hemos dicho, cumplía los deberes de su cargo, cuando en 1830 le llegó el nombramiento de director de la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Antes de tomar posesion de este empleo, se dictó, á instancia de Pedro Romero y de sus admiradores, una real órden

por el ministerio de Hacienda, que designó á Jerónimo José Cándido para ocupar el segundo lugar en aquel nuevo establecimiento, confiriendo el cargo de director al gran Romero.

No se crea por esto que Cándido se ofendió al ver que aquél iba á desempeñar un cargo con el que para sí contaba.

Reconoció desde luégo en Romero mayor antigüedad, y sobre todo á su maestro, y se congratuló de tenerle otra vez á su lado oyendo teóricamente preceptos que él había aprendido practicándolos.

Por su parte, Romero tuvo una singular complacencia al volver á ver, para tratar del arte que tanta gloria le había dado, al discípulo que más quiso.

Hé aquí la real órden:

«Al Intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue:

»He dado cuenta al Rey Nuestro Señor del oficio de V. E. de 2 del corriente, en que da parte de haber nombrado á don Jerónimo José Cándido para la plaza de maestro de tauromaquia, mandada establecer en esa ciudad por Real órden de 28 de Mayo último, y á Antonio Ruiz para ayudante de la misma escuela; y S. M. se ha servido observar que, habiendo llegado á establecerse una escuela de tauromaquia en vida del célebre D. Pedro Romero, cuyo nombre suena en España, por su notoria é indisputable habilidad y nombradía, hace cerca de medio siglo, y probablemente durará por largo tiempo, sería un contrasentido hollarla, sin esta preeminente plaza de honor y de comodidad, especialmente solicitándola como la solicita,

hallándose pobre en su vejez aunque robusto. Por tanto, y penetrado S. M. de que el no haber tenido V. E. presente á D. Pedro Romero había procedido de olvido involuntario, é igualmente de que el mismo D. Jerónimo José Cándido se hará asimismo un honor en reconocer esta debida preeminencia de Romero, se ha servido nombrar á éste para dicho cargo; y para ayudante, con opcion á la plaza de maestro, sin necesidad de nuevo nombramiento por el fallecimiento de éste, con el sueldo de ocho mil reales anuales, á D. Jerónimo José Cándido, á quien, con el fin de no causarle perjuicio, S. M. se ha dignado señalar, por vía de pension y por cuenta de la Real Hacienda, la cantidad que falta hasta cubrir el sueldo de doce mil reales señalado á la plaza de maestro, miéntras no la tiene en propiedad por fallecimiento del referido Romero, en lugar del sueldo que como cesante jubilado ó en activo servicio habrá de disfrutar. Al mismo tiempo ha tenido á bien S. M. mandar le diga á V. E. que, por lo que toca á Antonio Ruiz, no le faltará tiempo para ver premiada su habilidad.»

»De Real órden lo traslado á V. E. para su noticia y para que informe, así sobre el estado actual que tiene este negocio, como en lo sucesivo sobre todo lo que concierna á la Escuela de tauromaquia establecida en Sevilla.

»Dios, etc.—Madrid 21 de Junio de 1830.—Ballesteros.—Señor Conde de la Estrella.»

Del contenido de esta real órden se desprende que no es cierto, como ha habido quien lo afirme, que se le reservase su empleo anterior, constando únicamente que cuando la Escuela

fué suprimida, Fernando VII le señaló una pension, que vino disfrutando hasta la muerte de dicho rey.

Jerónimo José Cándido estuvo casado en primeras nupcias con una hermana de su maestro Romero, y luégo, despues de 1812, volvió á contraer matrimonio en Andalucía. Cuando ya se quedó sin empleo ni pension, fijó su residencia en Madrid, donde falleció el dia 1.° de Abril de 1839, viviendo en la calle de Santa Brígida, número 25, y siendo enterrado en el cementerio general de la puerta de Fuencarral.

Fué siempre hombre franco, dadivoso, y muy apreciable en su trato; y como torero, gran conocedor de la índole é inclinaciones de los toros, muy concienzudo para dar á cada uno la clase de lidia que requería, y especialísimo para arreglarles la cabeza y colocarlos á la muerte.

No era bravo ni arrojado hasta la temeridad, pero sí sereno y oportuno, y en él se vió siempre más al hombre entendido en su arte, que al atrevido torero que por satisfacer su amor propio ó por conseguir aplausos se expone sin necesidad á ser víctima de su imprudencia.

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ (CURRO GUILLEN).

De nadie puede decirse con más razon que de este torero, que le viene de abolengo el ejercer la profesion que tantos lauros le proporcionó durante su vida, y que le causó la muerte prematuramente.

Fué hijo del acreditado Francisco Herrera Guillen (Curro), matador de toros á principios de este siglo y fines del anterior.

Nieto de Francisco Herrera, notable matador de toros que precedió á Pedro Romero.

Y fué su madre Patrocinio Rodríguez, hija de Juan Miguel Rodríguez, tio del famoso Costilláres, y hermana de los banderilleros Cosme y José María.

De modo que por ambas líneas, paterna y materna, le venia de casta ser torero.

Nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 13 de Octubre de 1775, y no en 1778, como ha dicho equivocadamente algun autor.

Desde los primeros años de su vida se distinguió por su aficion; y siendo muy jóven, demostró ser bravo con las reses y tener especiales condiciones para la lidia.

Tanto en el campo, como en las plazas ó cotos cerrados, intentaba la ejecucion de cuantas suertes había visto, lo mismo á pié que á caballo, y al practicarlas felizmente, aprendía á conocer el instinto y resabios de las reses; cosa utilísima de que no se cuidan los toreros todo lo que debieran.

Así es que, al presentarse en las plazas como jefe de cuadrilla, su fama se extendió tanto, que era buscado con empeño, por lo mucho que animaban su toreo y su destreza.

Contribuían tambien á ello, ademas de sus recursos en la lidia, su gallarda figura, su lujoso vestir, su rumboso porte y su serenidad en los trances más apurados.

Y todo esto hacía que el público demostrase por Herrera Rodríguez grandes simpatías, con lo cual llevaba ya mucho adelantado para dominar á la masa general de espectadores, que, impresionables siempre, siguen comunmente los primeros impulsos del corazon en todos los actos de la lidia taurina, sin pararse á reflexionar hasta dónde llega el mérito de una suerte practicada con general aplauso.

¡Cuántas veces el público ha sido injusto con determinados diestros, que, á pesar de haber hecho cosas muy buenas lidiando, eran para aquél antipáticos!

¡Y cuántas otras se han aplaudido á rabiar suertes de poco mérito medianamente ejecutadas, porque las había practicado el hombre cuyas acciones, cuyos gestos ó movimientos

le habían colocado en el puesto de niño mimado por los aficionados!

Y no es que en esto sea injusto completamente el público, no; es que las simpatías se adquieren inconscientemente, y se trasmiten del mismo modo.

Una accion generosa, un rasgo notable en momentos determinados, son bastantes para empezar á conseguir que el público se interese por el que intenta agradarle.

Y precisamente esto era lo que le sucedía á Herrera.

Trajo á la arena el prestigio que le dieran sus antepasados, y hasta conservó el mote de *Curro Guillen*, sin llamarse Guillen, como no fuese en cuarto lugar de apellidos; sacó partido de su graciosa figura, se esmeró siempre en complacer al público, y de este modo le fué muy fácil lograr simpatías justísimas y adquirir excelente fama, que conservó hasta el fin de su vida.

Añádase á esto los mil cuentos, anécdotas y sucesos que se atribuían á nuestro Curro, y se comprenderá hasta qué punto era forzoso pesasen en la balanza pública los sentimientos de entusiasmo por el mismo.

Decíase que nadie en el campo había podido *enlazar* un toro, y que Curro lo había conseguido en breve tiempo; que para *derribar* era el primero, y que no había quien le aventajase con el capote en la mano.

Hasta llegó á decirse con visos de mucha verdad, y así está escrito por un distinguido autor, que por consecuencia de una apuesta salió Curro en cierta ocasion al campo con el

intento de vencer á un toro picado, al que no había habido medio de conseguir se uniese á la torada de que procedía.

Ni á pié ni á caballo, ni con vacas ni cabestros, pudo conducírsele á la dehesa en que debía pastar.

Mató un caballo, hirió algunos cabestros, y puso en peligro la vida de los mayorales, quedando siempre en el sitio á que había tomado tan pertinaz querencia.

Llegóse á él Curro Guillen, extendió la capa y acometió el bicho.

Pausadas *verónicas,* rápidas *navarras* y soberbios cambios cansaron de tal modo al resabiado animal, que ántes de un cuarto de hora había caido en tierra.

Y entónces el bravo Herrera sentóse sobre el anca de la res, sacó la navaja y cortó la cola y alguna otra parte del toro, para llevarlo, como testimonio de su valor, á sus compañeros de apuesta.

Necesariamente su nombre había de correr de pueblo en pueblo, y por la Andalucía con más razon, siendo allí nacido, y siendo allí el teatro de sus hazañas.

En el resto de la Península no podía entónces lucir sus conocimientos, porque la guerra que España sostenía con Francia imposibilitaba la lidia en muchas plazas, y en Madrid, como él decía, había muchos afrancesados con quienes no podía transigir.

Marchó, por lo tanto, á Portugal, llevando, entre otros, como primer banderillero, al que luégo fué buen espada, Juan Jiménez *el Morenillo.*

Allí recogió por más de dos años grandes cosechas de aplausos y dinero, y su gallarda figura especiales favores de altas damas portuguesas.

Concluyó la guerra, y con la paz vino el ánimo de los españoles á gozarse y recrearse con sus corridas de toros.

Era el año de 1815, en que Fernando VII acababa de revocar una órden que en el año anterior había dado suspendiendo las corridas de toros.

Renacían en Madrid las aficiones que ántes habían estado sujetas, y como rio desbordado marchaba todo el vecindario á la puerta de Alcalá, unos para entrar en la plaza de toros á ver la corrida, y otros á ver pasar á un famoso torero que por primera vez iba á pisar el ruedo de la capital de España.

Desde el momento en que se presentó en la plaza cautivó el corazon de las damas; y claro es que, conseguido éste, el hombre no puede resistir los ímpetus del suyo, que casi siempre con el de ellas se va.

Mató el buen Curro sus toros de una sola estocada, ménos uno que sin probar el estoque murió al primer intento de descabello; y desde aquel instante Madrid dió carta de naturaleza al simpático espada.

Pero como la condicion humana siempre quiere el más allá, y en materia de toros cada uno tiene su opinion particular, difícil de contradecir y mucho ménos de convencer, no se tardó en querer suscitar competencias, poniendo enfrente de Curro Guillen al acreditado maestro Jerónimo José Cándido.

Los círculos taurómacos altos y bajos, es decir, los de la

gente de alto copete, de elevada alcurnia, y los del pueblo de Lavapiés y Maravillas, se estremecieron de placer cuando en el año de 1816 supieron que en el primer redondel del mundo iban á torear juntos y en competencia Francisco Herrera Rodríguez (Curro Guillen), que contaba cuarenta años de edad, y el maestro Jerónimo José Cándido, que ya tenía cerca de cincuenta y seis, y hacía tiempo que no toreaba por sus dolores reumáticos.

Ninguno de los espadas que entónces vivían se hubiera atrevido á tanto.

Es verdad que tampoco ninguno de ellos había llegado á ser tanto como Curro Guillen; al ménos, nadie había conseguido como él las palmas y demostraciones de simpatía que los públicos español y portugues le dispensaron en todas ocasiones.

Cuestionaban los aficionados acerca del mérito de uno y otro, y como sucede siempre, los viejos suponían en lo antiguo lo mejor, y la gente jóven defendía lo moderno.

Alegaban aquéllos que Cándido estaba enfermo, en el ocaso de su vida, y sin unos banderilleros tan de punta como Juan Jiménez *el Morenillo* y Juan Leon, que auxiliaban á Curro.

Y los partidarios de éste decían que como él no había habido otro torero, y ménos otro matador de toros, desde Pedro Romero en adelante.

Llegó la temporada, y hubo contento para todos.

Hemos oido referir á inteligentes aficionados que ambos diestros estuvieron á la altura de su reputacion.

Cándido, sorprendiendo al público con la perfecta ejecucion de las suertes segun las reglas escritas; Curro Guillen, con sus infinitos juguetes y arriesgados lances; y aunque los inteligentes prefiriesen el concienzudo trabajo del primero, la verdad es que la inmensa muchedumbre gustaba más de las salerosas gracias del rumboso torero, que de la serena y fria exactitud del quebrantado en sus facultades, renombrado maestro.

La fama de Herrera Rodríguez fué en aumento, así como su modo de descabellar toros sin haberlos estoqueado; sus repetidos *galleos* y sus ceñidos *recortes* eran cada vez más aplaudidos; de manera que era solicitado en todas las plazas con empeño, porque era el que daba dinero á las Empresas, proporcionando buenas entradas.

Llegó por desdicha el dia 20 de Mayo de 1820, en que con su cuadrilla trabajaba en Ronda.

Lidiábanse toros de D. José Rafael Cabrera, que, como decimos en otro lugar, eran entónces de los más acreditados, y el público rondeño, entusiasta por la escuela ó modo de torear del gran Pedro Romero, que siempre le ha calificado de *toreo verdad*, mostró desde el primer momento, segun dice un autor, cierta manifestacion de desagrado contra los toreros sevillanos.

Al frente, digámoslo así, del núcleo de intransigentes rondeños se hallaba un tal Manfredi, que en voz alta, y cuando pasaba de muleta á un toro el espada Guillen, le dijo en són de burla:

—¿Y es usted el rey de los toreros?

Estas imprudentes palabras alteraron el ánimo de nuestro gran hombre, que no estaba acostumbrado á oir censuras, sino aplausos.

Puesto ya el toro para la muerte, gritó la gente de Manfredi:

—¿A que no lo *recibe* usted?

Y entónces, sin atender Curro más que á su amor propio, olvidándose que no era su especialidad la de *recibir* toros, y sin la calma que da la conciencia de lo que se hace sabiendo, citó al toro para *recibirle*, acudió el animal, y enganchó con una tremenda cornada por el pecho al desgraciado Herrera, que á pocos pasos cayo exánime, siendo conducido á la enfermería, por el contratista de caballos Francisco Caamaño.

De nada sirvió que el bravo Juan Leon, su banderillero entónces, se arrojara materialmente con temerario empeño sobre los cuernos del toro para salvar á su jefe.

La cornada recibida por éste era de muerte instantánea, y los espectadores creyeron por un momento, al ver colgado á Leon de la otra asta (pues el toro tuvo suspendidos á un tiempo á Curro y á Leon), que éste tambien había sido víctima de su excesivo valor y acendrado cariño.

En toda España y en el vecino reino de Portugal fué tan sentida la muerte del simpático Curro, que como circuló rápidamente, se puso en duda por infinitos apasionados, que escribieron, deseosos de saber lo cierto, al pueblo donde ocurrió la catástrofe.

Por desgracia, ésta fué como hemos dicho, y así lo comunicaron los que presenciaron hecho tan terrible.

Doliéronse los españoles de la falta de tan gran torero, y expresaron su sentimiento en romances y estampas que profusamente circularon.

Bien lo merecía la memoria del lidiador que, si bien no marcó adelantos en suertes nuevas, practicó perfectamente aquéllas á que más se ajustaba su inteligencia, y que animó no poco la aficion en época de decaimiento para la misma.

ANTONIO RUIZ (EL SOMBRERERO).

Cuantos aficionados al arte de Romero han seguido con interes el curso de los adelantos y progreso del mismo, al ménos desde que éste se redujo á reglas fijas y exactas, tienen que recordar como aventajado lidiador y matador notable á Antonio Ruiz.

Es verdad que no fué de aquellos hombres cuyo espíritu innovador les hace inventar ó hacer algo diferente á lo que los demas ejecutan.

Pero fué de los que procuran esmerarse de tal modo en su trabajo, que sin hacer nada nuevo, llaman sobre sí la atencion por lo perfectamente acabado que suele ser casi siempre.

En el año de 1783 nació en Sevilla Antonio Ruiz.

Sus padres, que vivían con el honrado producto de un modesto taller de sombrerería, dedicaron á Ruiz á aprender este oficio, en el que, á la verdad, no hizo grandes adelantos.

Como se dice vulgarmente, no le llamaba Dios por este camino.

Era una vida demasiado tranquila y sedentaria para un jóven de imaginacion enérgica y de actividad notable.

Frecuentó por eso, más de lo que sus padres querían, la Casa-matadero de aquella gran ciudad, y allí aprendió los primeros rudimentos del arte.

Sin embargo, como en aquella época, y especialmente en ciertas familias, se observaban hasta con rigor los preceptos de los padres, Antonio siguió al lado del suyo, ayudándole en el oficio referido con la docilidad y sumision propias de un buen hijo.

Pero cumplió la mayor edad; y como el arte del toreo le ofrecía más ancho campo que ningun otro para sobresalir en él, y áun para ganar lo suficiente á sostener una holgada subsistencia, sin los apuros y estrecheces que hasta entónces había visto en su casa, se decidió por ser torero.

Mucho le impulsó á ello el consejo de los amigos y compañeros, que conociendo sus adelantos, le concedían el primer lugar como inteligente práctico.

Así lo creyó el célebre Curro Guillen, que en cuanto observó que Ruiz, por haber adelantado á todos sus compañeros de matadero, podía servir y ser útil en su cuadrilla, se le llevó de banderillero.

Pocos años de toreo formal en las plazas bastaron á Ruiz para crearse una reputacion.

Y eso que era la mala época para el arte.

Pepe Hillo había muerto desastrosamente, lo mismo que Perucho y Antonio Romero; y los famosos Pedro Romero y

Joaquin Rodríguez no pisaban la arena donde tantos triunfos conquistaron.

Pero Antonio Ruiz había visto torear á todos ellos, y más de una vez había envidiado los vítores y aplausos que recibieran.

Se aplicó más que ningun otro, y llegó á ser notabilidad con la capa, especialmente para acudir con presteza á los *quites* en la suerte de vara, y preparar la colocacion de las reses á la muerte.

Así es que su maestro, el mismo Curro Guillen, le dió la alternativa en el año de 1809, y desde esta fecha lidió como tal en todas las plazas de toros de España, con preferencia á la mayor parte de los espadas que entónces había.

La circunstancia de haber marchado á Portugal el Curro, favoreció no poco á Antonio Ruiz.

Curro Guillen en España toreando con Ruiz, que entónces empezaba, hubiera tenido siempre más aceptacion que su discípulo, y éste forzosamente habría girado como un satélite alrededor de aquél.

Sabía más por sus largos años de práctica, era necesario guardarle las consideraciones de maestro, y tenía conquistadas las simpatías de todos los públicos por su gracia y su *aquel*.

Al reves de lo que le sucedía á Antonio Ruiz, cuya seriedad y altivez más bien movían en su contra que á su favor.

Por eso hemos dicho que la marcha á Portugal de Curro le fué favorable.

Quedó solo, y si no precisamente solo, en uno de los primeros puestos de la época.

Formó cuadrilla con los mejores jinetes y peones que entónces pudo reunir, y en ella figuró Juan Leon como banderillero, que luégo lo fué del famoso Curro Guillen cuando éste regresó del vecino reino.

A pesar de su adusto carácter, casi siempre conseguía aplausos, y su reputacion iba en aumento de dia en dia.

Su toreo era excelente.

Nunca su capote se soltaba fuera de tiempo; su mano izquierda era con la muleta una cosa más que regular, y siempre se mostró valiente y bravo.

Concienzudo para la lidia, no permitió nunca barullo ni desórden en el redondel; y todas las cuadrillas, cuando él era director de la lidia, miraban tanto á la cara del maestro como á los cuernos del toro.

Era exagerado en el cumplimiento de su deber, y esto y su inteligencia, que nadie puso en duda, le hicieron adquirir buen nombre, como hemos dicho, y fama de buen torero.

Pero á su carácter seco y poco expansivo tuvo que añadir, para su mal, la circunstancia de haberse marcado mucho y hecho pública ostentacion de sus opiniones políticas exageradamente absolutistas.

Y claro es, en cuanto los realistas fueron de capa caída, como vulgarmente se dice, ya era imposible que Ruiz trabajase con desahogo en ninguna plaza.

Verdad es que algunas veces, á pesar de la pasion, que en

política no perdona, su mérito real, ó la ejecucion de cualquier suerte de una manera perfecta, arrancaba por fuerza aplausos hasta á sus mismos adversarios.

Mas, como se comprende fácilmente, esto no era bastante, y Ruiz tenía el suficiente entendimiento para comprender que si él se acaloraba ó se comprometía, podría tener una desgracia; así que se dominaba perfectamente, con ceño airado, pero con actitud tranquila.

Llegó el año de 1832, y la Junta de Hospitales contrató en Madrid á Antonio Ruiz como primer espada, á su hermano Luis, y al nuevo Francisco Móntes.

Éste fué recibido como su mérito hacía esperar, y aquél silbado sistemáticamente y sin razon, sólo por sus opiniones realistas, y sin tener presente, porque en estos casos la pasion ciega, que él y sus partidarios hicieron pasar peores ratos á Juan Leon, á Roque Miranda y á otros, nada más que porque fueron milicianos en la época de 1820 al 23.

Resentido Antonio Ruiz de que el público no le hubiese hecho justicia una tarde en que cumplió su cometido con notable maestría y gran fortuna, ántes bien continuando los silbidos, se retiró del redondel sin hablar con nadie, se fué á su casa, y á la mañana siguiente se metió en un coche y marchó á la Granja, donde estaba de jornada el rey.

Fiado en que éste había siempre distinguido á Ruiz, oyéndole algunas veces con muestras de agrado, pidió una audiencia, que en seguida le fué concedida.

Expuso con gran calor y vehemencia el daño que en su

reputacion estaban causándole los *negros* con su injusto proceder, y pidió un castigo, que, como se comprende, era imposible de aplicar.

Indudablemente estaba retrasado el buen Antonio Ruiz.

Creyó que vivía en el año de 1824, cuando los *blancos* apaleaban á los *negros*, les quemaban las casas y cometían con ellos otras fechorías.

Y el año de 1832 ya no se parecía en nada á aquella ominosa época.

Empezaban á respirar los liberales y á ser despreciados los realistas.

En una palabra, que, girando la rueda, iba subiendo lo que había estado abajo, y lo de arriba caía.

Oyóle el rey con marcada atencion y maliciosa sonrisa, y hasta le dió un cigarro.

Concluyó su queja, y Fernando VII, cuyo sentido práctico nadie puede poner en duda, dijo en cortadas frases al torero:

—Retírate; yo proveeré.

Y efectivamente, proveyó en seguida.

¿Saben qué nuestros lectores?

Pues dió la providencia de que no se permitiese volver á torear en la plaza de Madrid al matador Antonio Ruiz *el Sombrerero*.

Los que conocían bien á Fernando VII no esperaban otra cosa: era lógico el acuerdo, dadas las condiciones de aquel rey.

Pero Antonio Ruiz no esperaba eso ciertamente. Cuando ménos, creyó encontrar palabras de consuelo en la alta perso-

na, que tanto le había distinguido cuando mandaban los realistas.

Y como no sucedió esto, tan amargo desengaño hizo á Ruiz tomar una determinacion extrema, muy en armonía con su altivo carácter.

Se cortó la coleta.

—El que ha sido bueno veinte años para torear en la plaza de Madrid y en todas las de provincia, y se le despide de la primera por causas ajenas al arte, no debe trabajar en parte alguna,—dijo á sus amigos con entereza y dignidad.

Y se volvió á Sevilla.

Desde entónces concluyó la historia de este distinguido matador de toros, que no ha tenido rival en dirigir la lidia y hacerse obedecer de los peones y jinetes.

Llegó á la vejez, y con ésta á la indigencia.

Pasaron cerca de treinta años, y en la ciudad que le vió nacer se proyectó dar una corrida de toros á beneficio del antiguo espada.

Pensamiento filantrópico, al que se asociaron de buena voluntad el célebre *Cúchares,* Lúcas Blanco, el *Tato* y Manuel Carmona, entre los cuales salió formado á dar el paseo, siendo la última vez que pisó el redondel.

Esto era en el año de 1859, teniendo Ruiz setenta y seis años de edad.

Al año siguiente, el 20 de Junio de 1860, murió en el hospital de San Jorge, ó sea de la Caridad, de aquella ciudad andaluza que tantos y tan buenos toreros ha producido.

Fué profesor honorario de la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Dicen cuantos le trataron, que era tan esclavo de su palabra, que, una vez dada, podía tenerse completa seguridad de que la cumpliría, si fuerza superior no lo estorbaba.

Más de una vez renunció ajustes ventajosos, por haberse exigido firma de compromiso.

Si hubiera conocido á muchos empresarios de los que hay ahora, habría cambiado de opinion.

Fino en su modo de torear y con excelentes facultades, Antonio Ruiz *el Sombrerero,* sin su intransigencia política imprudentemente manifestada, hubiera toreado muchos más años, y el arte hubiera ganado con su ejemplo.

JUAN JIMÉNEZ (EL MORENILLO).

Hay á veces coincidencias raras en la vida de dos personas, que hacen semejantes la mayor parte de sus actos.

Como si procedieran de un mismo sér, los hechos del *Sombrerero* y el *Morenillo,* en cuanto al toreo, son tan iguales, existe en ellos tal semejanza, que parecen gemelos.

Los dos nacieron en Sevilla.

Ambos vinieron al mundo en 1783, por más que un autor haya fijado equivocadamente el año de 1794 al nacimiento de Jiménez.

Uno y otro se conocieron y fueron compañeros en el matadero de Sevilla.

Los dos fueron banderilleros del famoso Curro Guillen.

En el año de 1809 tomaron respectivamente la alternativa de matadores.

Si el uno fué torero de escuela clásica, tambien lo fué el otro; y como directores de cuadrilla, poco tenían que echarse en cara.

¿Pueden darse más coincidencias?

Pues hasta el carácter altivo de Ruiz era lo mismo que el de Jiménez, y la dignidad en éste, semejante á la que en aquél tenía aposento.

Pero perdónennos nuestros lectores si nos hemos metido en comparaciones ántes de hacerles conocer al matador de toros cuyos apuntes biográficos son los siguientes:

Ya hemos dicho que nació en Sevilla en 1783.

Dedicado al oficio de zapatero, atendía más á las faenas del matadero de dicha ciudad, que á las de la obligacion del arte de obra prima; en términos de que á los doce años de edad se distinguía por su arrojo con las reses y su prodigiosa ligereza.

Era entónces, como lo fué siempre, sereno de espíritu, duro de corazon, delgado de cuerpo y de una elasticidad muscular envidiable.

El color de su tez hizo que le llamaran *el Morenillo.*

El famoso y entónces notable matador de toros, conocido por el *Curro Guillen,* le ofreció puesto en su cuadrilla en cuanto le vió hecho un mozo, y por su buen comportamiento le protegió evidentemente.

En la ciudad de Jerez de los Caballeros alternó Jiménez por primera vez con su maestro, que quedó sumamente complacido del esmerado trabajo y afortunado éxito de su discípulo.

Hemos referido, cuando de Herrera Rodríguez nos hemos ocupado, que este matador, en la época de la guerra de la In-

dependencia, marchó á torear al vecino reino de Portugal, donde tan buena acogida se le dispensó.

Allí fué con él Juan Jiménez, y allí hizo suertes tan arriesgadas, demostrando extremada serenidad y temerario valor, que cautivó la atencion de los más valientes portugueses.

Pero era poco espacio para lucir sus facultades el de las plazas de Portugal, y el *Morenillo,* despues de cuatro años, regresó á su patria, aunque á disgusto y contra el deseo de su maestro.

Desde 1813, en que su regreso á España tuvo lugar, trabajó en algunas plazas de segundo órden, hasta que en 1815 ingresó como banderillero en la cuadrilla del célebre Jerónimo José Cándido.

Nunca pudo Juan Jiménez tomar mejor determinacion que ésta.

Al lado de tan distinguido maestro aprendió tanto, que bien puede decirse se perfeccionó en el arte.

No le consideraba Cándido como banderillero solamente, sino como matador, y várias veces le hizo trabajar de media espada, con lo cual consiguió grandes adelantos, especialmente en la suerte suprema de *recibir* toros.

Volvió de nuevo Jiménez á recobrar su puesto de *espada* de cartel, alternando desde el año de 1818 con Francisco Hernández *el Bolero,* que le confirmó en su cargo en cuantas plazas fué ajustado.

El trabajo del *Morenillo* era tenido en mucho por los verdaderos inteligentes, que reconocían en él felicísimas disposi-

ciones para el toreo de buena escuela, y su fama, por lo tanto, fué extendiéndose cada vez más por toda la Península.

Los partidarios del *Bolero* hicieron que éste se indispusiera con el *Morenillo*, porque al primero no se le tributaban los aplausos que al último.

Rompieron, pues, sus amistades, y cada cual giró por su lado.

Esto era en 1819.

Entónces fué cuando Jiménez declaró solemnemente que delante de él no consentiría nunca de primeros espadas más que á sus maestros Francisco Herrera Curro Guillen y Jerónimo José Cándido.

Cumplió esto siempre tan puntualmente, que áun cuando, años despues, Móntes hizo que otros le cedieran la antigüedad y se colocó á la cabeza de ellos, no pudo conseguirlo del *Morenillo*, que siempre fué primer jefe de la lidia, en términos de que en Madrid, en el año de 1836, llegó á anunciarse en los carteles la siguiente advertencia:

«En virtud de un convenio hecho entre los espadas, se ha establecido que en todas las corridas de seis toros mate dos Móntes, y los cuatro restantes los otros tres, quedando en cada funcion uno sin matar; en consecuencia, los seis toros de este dia serán estoqueados por Jiménez, Móntes y Santos, quedando sin hacerlo Miranda. Las cuadrillas de banderilleros trabajarán á las órdenes de los cuatro espadas.»

Por resultado de esta conducta, que nosotros, léjos de criticar, elogiamos, porque demuestra dignidad el no permitir

que los más modernos se antepongan á los antiguos, los ajustes de Jiménez fueron escaseando.

Bien es verdad que ya su edad no le permitía más que cumplir con su obligacion, sin bregar demasiado, y que habían aparecido diestros tan notables como Móntes y Yust, Redondo y Arjona, que en la cumbre de su poder y facultades tenían precisamente que dejar atras á cuantos habían pisado hasta entónces el redondel.

Sin embargo, trabajó todavía en 1852 y 53, y áun le vimos en Madrid una corrida en 1854, sereno y bravo como en sus buenos tiempos, pero vencido por los años.

Tenía la grandísima ventaja de ser ambidiestro, y en Madrid le vimos matar *á volapié* un toro cobarde y aplomado usando la mano izquierda con facilidad, por haber sido imposible sacar de las tablas al bicho, y ménos colocarle á derechas.

Fué primer jefe de la primera cuadrilla de toreros en las funciones reales de toros celebradas en Madrid en 1846 con motivo del doble casamiento de la reina Doña Isabel II y su hermana Doña Luisa Fernanda, distinguiéndose *en plaza* por los trajes verde y plata que vistieron todos los que componían aquélla, y matando en el puesto que le correspondía, que no cedió tampoco en esta ocasion, á pesar del ejemplo de algun otro, que cedió el suyo á matadores más modernos.

Retirado por sus años de la profesion en que tanto se distinguió, ejerció la industria de vendedor de pan para mantenerse con el escaso producto que le proporcionaba, hasta que

falleció en Madrid de un ataque cerebral el dia 29 de Octubre de 1859, á las siete y cinco minutos de la mañana.

Su cadáver fué sepultado en el cementerio de la sacramental de San Martin, al que le condujeron, acompañado de la mayor parte de los toreros que en Madrid se encontraban y quisieron pagar este tributo de consideracion al que fué tan aventajado compañero.

Dirémos, en conclusion, que en cuanto á sus condiciones personales, Juan Jiménez *el Morenillo* fué siempre decente en su trato, algo reservado y muy altivo.

Como torero, siempre valiente, de buena escuela, sin hacer mojigangas, parado y ceñido, gustándole mucho ejecutar la suerte de *recibir*.

¡Por fin no murió en un hospital como el *Sombrerero!*

JUAN LEON (LEONCILLO).

Al hacer mencion de este notable matador sevillano, dudamos cómo hacerlo en nuestro libro, porque precisamente nos sucede lo mismo que al señor Velázquez cuando en su gran obra habló de *Leoncillo*.

Queriendo ser imparciales, tememos que los aficionados nos supongan apasionados, pues «las pasiones favorables ó adversas son tan imperiosas y arrebatadas en este género de aficiones, que, una vez fuera del camino de la neutralidad crítica, suele notarse que las personas más competentes desbarran en la materia mucho más que las imperitas y profanas».

Harémos, sin embargo, cuanto podamos para decir la verdad, sin atender á personales simpatías; y si no lo logramos, no es porque no queramos ser verídicos, sino porque no acertemos á explicarnos.

En 2 de Setiembre de 1788 nació en Sevilla Juan Leon y López, hijo de Antonio y de María Josefa, que le dedicaron

al oficio de sombrerero que aquél tuvo, y á los veintidos años de edad ya era oficial aprobado por el gremio.

Por este tiempo se dedicó á lidiar toros con varios toreros de segundo y áun de tercer órden, y así siguió hasta que en clase de sobresaliente de espada mató dos toros en Madrid el año de 1816, no alternando, como dice un autor, sino en el concepto que ántes hemos dicho de sobresaliente de los célebres Jerónimo José Cándido, Curro Guillen y Antonio Ruiz *el Sombrerero*.

Desde entónces *Leoncillo* fué siguiendo á todas partes á Curro Guillen, que se declaró su decidido protector, vistas las especiales condiciones del protegido.

Ocurrió en 1820 con su maestro el desgraciado lance que Ronda presenció, y allí demostró Juan Leon su bravura, y muy principalmente sus nobles y generosas inclinaciones.

Quiso evitar á su maestro la cogida cuando ya era tarde, cuando ya el toro le había colgado del cuerno derecho, y con la vehemencia del que á cualquier trance quiere conseguirlo, se arrojó materialmente sobre la fiera, que tambien le enganchó á él con el cuerno izquierdo por bajo de un brazo.

El maestro y el discípulo fueron arrojados á buena distancia.

Aquél quedó inerte en la arena.

El último, sin lesion notable, pero con profundo sentimiento y honda pena.

Reflexionó acerca de su posicion como torero, y conoció lo que valía.

Su carácter le aconsejó no depender de otro, y efectivamente, decidió gobernarse por sí y crearse reputacion propia.

Fácil le fué conseguirlo.

Hombre de entendimiento práctico, comprendió que por mucho que él supiese y pudiese hacer, para conquistarse un nombre tenía que ir por sus pasos contados.

Y tomó otro camino.

Siguiendo sin duda sus naturales inclinaciones, se alistó en dicho año en la Milicia Nacional de caballería, campeando entónces hasta el año de 1823 en cuantas plazas quiso, puesto que los demas lidiadores de aquella época eran y estaban señalados como afiliados al bando absolutista, con muy raras excepciones.

Cuando ménos,—debió decirse,—contaré siempre con las simpatías de un gran partido político, y á poco que yo en mi profesion me esfuerce, he de conseguir más aplausos y mejor acogida que otros.

Esto podía tener un inconveniente.

Si bien por el pronto le favorecía, y sobre todo le daba á conocer y distinguirse, que es lo que quiere toda persona que vive del favor del público, tambien podía perjudicarle si la política cambiaba.

Así sucedió.

Pronto vió los efectos de su conducta.

El dia de San Antonio, 13 de Junio de 1824, toreaba en Sevilla con el realista Antonio Ruiz *el Sombrerero*, que exagerado hasta más no poder en sus ideas políticas, quiso de ellas

hacer alarde, estrenando para aquella corrida un magnífico traje *blanco* bordado de oro.

Leon lo supo, y para demostrar que él no era blanco, sino *negro,* tuvo el valor, que valor se necesita y en gran dósis, de vestirse un traje de este último color, sucediendo lo que no podía ménos de acontecer, que las turbas del populacho, compuestas probablemente de los mismos individuos que un año ántes le vitoreaban, quisieron matarle, y le persiguieron hasta su casa *por pícaro negro,* salvándole únicamente su serenidad y el auxilio de pocos pero buenos amigos.

Sin embargo, el objeto que pudiera proponerse Leon en 1820, ya estaba conseguido: se había dado mucho á conocer, había demostrado ser valiente y bravo dentro y fuera de los cosos, y que toreando, considerada la época en que lo hacía, pocos se le ponían delante; y todas estas circunstancias influyeron poderosamente para que, áun en la época del absolutismo, tuviese ajustes y trabajase en la plaza de Madrid á despecho y contra las intrigas de los realistas.

A no haber aparecido en 1831 en esta corte el genio de la tauromaquia, Francisco Móntes, difícilmente se hubiera destronado de su primer puesto á *Leoncillo,* como le llamaban aquí las gentes; porque si alguno de los espadas de entónces sabía más que él, podía ó se atrevía ménos, y Leon tenía grandes recursos, que nadie como él sabía aprovechar.

Volvió á Madrid, sin embargo, seis años más tarde, en el de 1837, luégo en 1839, y finalmente en 1845, de primer espada, con los notables *Cúchares,* su discípulo querido, y el

Chiclanero, que á su vez lo era de Móntes; y la verdad es que, á pesar de sus años y del entusiasmo que aquellos dos competidores producían en el espectador, el bravo Leon no hizo mal papel.

Un inteligentísimo aficionado escribió de él una ligera semblanza, en que estampó las siguientes palabras:

«Veterano de provecho, torero aprovechado, no pierde ripio, y el que se descuida, se encuentra con él de sopeton.»

En lo cual aludía á mañas que para matar usaba en las ocasiones de compromiso, salvando la persona, pero sabiendo.

Medio por nosotros siempre combatido, y reprobado como ajeno á la dignidad de un buen matador, y que, sin embargo, reconocemos su utilidad en contados y peligrosos lances.

Casi casi en determinados dias en que le salieron toros de respeto y *sentido* aplaudimos su modo de *aprovechar,* haciéndonos cargo de que ya tenía cincuenta y siete años de edad, y que por lo tanto las piernas no correspondían á la firmeza del levantado corazon de *Leoncillo.*

Al año siguiente, ó sea en el de 1846, celebráronse en Madrid las magníficas corridas que con motivo de las bodas de la reina Doña Isabel ordenó en la Plaza Mayor el Ayuntamiento de Madrid, á cuyo frente se hallaba el inteligente aficionado y ganadero duque de Veragua, D. Pedro Colon.

En ellas trabajó Juan Leon como espada; pero no estuvo á la altura que le correspondía por su antigüedad en la alternativa, y por su fama.

Cierto es que en los carteles figuró despues de Juan Jimé-

nez *el Morenillo,* que ya contaba sesenta y tres años de edad.

Pero tambien lo es que ni uno ni otro pudieron hacer más que cumplir, gracias á su valor y conocimientos.

Y no podía ser otra cosa, estando en la arena á su lado el gran maestro Móntes, el inteligente *Cúchares,* y el nunca bien ponderado *Chiclanero.*

Astros esplendentes del toreo que estaban en el zenit de su carrera.

Volvió Juan Leon á Sevilla, concluidas que fueron aquellas funciones reales, con el propósito de retirarse del toreo, y desde 1847 lo estuvo realmente, hasta que en 1850 se presentó de nuevo en la plaza de Sevilla.

Alentado con el buen éxito de esta nueva campaña, se ajustó al siguiente año, 1851 para torear en Aranjuez, en donde tuvo una tremenda cogida, aunque relativamente con suerte.

Por cierto que para que pudiera torear, se colocaron diferentes burladeros, puesto que su edad no le permitía saltar la barrera. ¡Tenía sesenta y dos años!

No es éste sitio ni lugar oportuno, ni queremos ni está en nuestro carácter descender al terreno de las comparaciones; pero nos ocurre una pregunta. Si Leon hubiese sido torero de ésos que hay que todo lo fian á sus piés, ¿hubiera toreado á aquella edad, firme, sereno y plantado ante la fiera con entera confianza en sus manos?

Juan Leon murió en Utrera el 5 de Octubre de 1854, en la casa de su antiguo amigo el bravo picador Juan Pinto.

Fué, como hemos dicho, entendido en los lances de la lidia hasta un grado superior.

Capeaba con mucha calma y desenvoltura, pero no mejor que Móntes, con perdon de un escritor ántes citado; daba magníficos cambios en la cabeza, y mejor que tardar en la muerte de los toros, prefería *aprovechar* y áun esperarlos á la carrera, viniendo *empapados* en un capote.

Era muy hombre de su palabra, tenía gran partido entre la gente baja, cantadores, bebedores y demas de esta calaña, con quienes se gastó un dineral, y era hombre de carácter fuerte, de tenacidad, y muy pagado de su opinion, sin doblegarse nunca á nadie.

Sin haber sido una lumbrera en el arte, supo en él llamar la atencion lo bastante para figurar dignamente al lado y al frente de grandes toreros, sin desmerecer notablemente, y su nombre ha de ser siempre citado como muy especial en bravura dentro y fuera del redondel.

ROQUE MIRANDA (RIGORES).

Hé aquí un hombre que en todas las acciones de su vida no tuvo más norte ni le guió otro interes que el de hacerse simpático al público y obtener sus favores, esforzándose en el cumplimiento de su obligacion.

Dentro y fuera de las plazas, como hombre y como torero, Roque Miranda era de aquellos séres que pueden llamarse afortunados porque á todos los que les tratan inspiran simpatías.

Hombres que tienen un *no sé qué* que á ellos nos atrae, como lleva el iman tras de sí al hierro endurecido y al rayo de la tempestad.

Y cuidado que Miranda, ni era gracioso en su conversacion, ni arrogante en su figura, ni como torero un genio.

Era, ni más ni ménos, un hombre como otro cualquiera.

Pero afable, de rostro animado, complaciente hasta el extremo, y de ese trato especial, fino, que sin estudio tienen los madrileños.

Sic que dicen los franceses, *sal* los andaluces, y *aquel* los nacidos en la corte.

Miranda, pues, tenía un *aquel* tan marcado, que llamaba la atencion.

Nació en Madrid el año de 1799.

Fué hijo de Antonio y de Isabel Conde, y hermano de Juan y de Fermin; el primero de éstos, banderillero de escasa reputacion, y el segundo, ménos aficionado al arte de Pepe Hillo que sus hermanos.

El célebre maestro Jerónimo José Cándido tuvo en su cuadrilla á Roque Miranda en clase de banderillero ántes de que cumpliese diez y seis años; y tales fueron los adelantos que en él observó y tales las exigencias de los aficionados, que, cediendo á las instancias de éstos, le llevó poco despues á diferentes plazas como sobresaliente de espada.

En 1820 trabajó en Madrid de media espada; pero habiendo sido elegido sargento de la Milicia Nacional de caballería de Madrid, se retiró del toreo por un exceso de respeto á la institucion á que voluntariamente se había afiliado.

No le parecía decoroso que un hombre que había de alternar y áun mandar en la Milicia á compañeros de mejor posicion social y elevada jerarquía que la suya, se expusiese algun dia á sufrir tal vez los insultos del pueblo bajo.

Y esto no lo hacía por dar realce, ni mucho ménos, á su personalidad, sino al cuerpo popular que le eligió sargento.

Grado en la Milicia Nacional el más inmediato, el que tiene más contacto con los individuos de todas clases que

forman las compañías, y que por lo mismo, es tan de confianza de los jefes como de los individuos.

Es el eslabon que une á éstos con aquéllos.

Sin embargo de su decidido empeño, hubo una ocasion en que, contra su voluntad, toreó en Sevilla.

Y precisamente vestido de su uniforme de miliciano, para que de este modo quedase más desairado en su propósito.

En el año de 1822, época en la cual saben nuestros lectores que desde Madrid marcharon á Cádiz muchos milicianos nacionales á defender las instituciones liberales de la injusta agresion que intentaban y realizaron los cien mil hijos de San Luis, encontrábase Miranda en Sevilla presenciando una corrida de toros.

En cuanto el público se apercibió de su estancia en el circo, pidió unánimemente que bajase á la arena á lidiar un toro, por sólo el gusto de verle.

Resistióse Miranda cuanto pudo, quiso abandonar su sitio de espectador, y se lo impidieron con ruegos; y cuando manifestó á un dependiente de la autoridad presidencial que él no bajaba al redondel por no poner en evidencia su honroso uniforme, fué tal la insistencia del público, que accedió por fin, suplicado por el presidente, para evitar un conflicto.

Pisó la arena, tomó en la mano banderillas, clavó dos pares en ménos tiempo del que se tarda en decirlo, y con la muleta en la izquierda, dió dos *pases* naturales, quedándose el toro en suerte, y arrancando á él, le mató de un acertadísimo *volapié*.

Caer el toro al suelo y no encontrarse ya en él Roque Miranda, fué todo uno.

Los aplausos y demostraciones de entusiasmo eran ruidosos; y en vez de recibirlos en el redondel, los recibió desde su asiento.

Quiso tener el ménos tiempo posible su uniforme en el sitio en que no creía debía estar.

Desde entónces no volvió á torear en mucho tiempo.

En los primeros meses del año de 1823, en que los franceses quitaron la Constitucion y restablecieron el poder absoluto en España, Miranda se ocultó, por evitar persecuciones de los *blancos*.

Se había marcado mucho como liberal; y por si esto era poco respecto de su mera personalidad, una triste circunstancia vino á aumentar su renombre.

Su hermano Fermin murió peleando heroicamente en el arco de la calle de la Amargura la noche del 7 de Julio de 1822 contra los guardias insurreccionados. Era granadero del segundo batallon de la Milicia Nacional, al que tocó cubrir aquel puesto, y sabido es cómo le defendieron los milicianos.

El valiente Fermin era, como Roque, natural de Madrid, soltero, maestro de música y de treinta y tres años de edad; y por su muerte, el Ayuntamiento de esta heroica villa señaló á su madre una pension, trasmisible á la hermana de aquél, jóven de veintiocho años, á la que, en otro caso, se le darían veinte mil reales como ayuda de dote.

De modo que Roque era muy tildado como liberal, segun

hemos dicho; pero al poco tiempo pudo presentarse sin temor en los sitios públicos.

Los *blancos* que apaleaban á los *negros,* ó no se atrevieron con Roque Miranda, ó las simpatías que tenía como torero valieron más que el deseo de ejercitar con él, como con otros de su color político, aquellas bárbaras venganzas que han dejado nombre amargo en la historia de nuestras discordias.

Recorrió algunos pueblos de segundo órden toreando, y aunque muchos aficionados de Madrid le dijeron se presentase al rey pidiéndole levantase la prohibicion que sobre él pesaba para no torear en la corte, nunca accedió á ello.

Se conformó con que sus amigos ó su familia lo solicitasen, pero él siempre se negó á ver en Palacio á Fernando VII.

Por fin pudieron conseguir de este rey una cédula, fecha 7 de Octubre de 1828, por la que se encargaba á las autoridades y Junta de Hospitales permitiesen trabajar en la plaza de esta corte á Roque Miranda; y el dia 13 se presentó, en compañía de *los Sombréreros* Antonio y Luis, y de Manuel Parra, que le cedieron sus toros con gran contentamiento del pueblo madrileño.

Cuando en 1831 se presentó en Madrid Francisco Móntes, corrió la voz entre la gente del pueblo bajo de que éste era realista; y como ya en dicha fecha los partidarios del absolutismo no podían levantar el grito contra los *negros* con la misma osadía que años anteriores, porque empezaba á marcarse en el horizonte político una línea extensa de tinte liberal, se temió por algunos que Móntes fuese mal acogido, sin razon.

Podía esto haber sucedido, porque en Madrid siempre hubo más liberales que realistas, y porque la revancha de pasados desmanes lo autorizaban.

Pero los buenos y honrados, como dijo Miranda, no debían tolerar que, áun siendo ciertas las hablillas, se juzgase á un hombre como político y no como torero.

Y arrojando su influencia en el peso de la balanza política, se ofreció á llevar á su lado á Móntes, seguro de protegerle con su prestigio, sin que nadie se le atreviera.

Y lo consiguió.

Conducta noble que no hubiera observado, si la envidia, como á otros, le dominara.

Por fortuna para el arte, Móntes gustó muchísimo, y las primeras impresiones de agrado en su favor se convirtieron en simpatías al saber que nunca había vestido el traje de realista.

Por eso Móntes siempre contó en el número de sus verdaderos amigos á Roque Miranda, y con él volvió á presentarse en el coso madrileño en el año de 1838.

Pero ya no venía como ántes Miranda de primer espada, sino de segundo.

Había engruesado mucho, y por consiguiente perdido facultades.

Si algun aficionado le reconvino por haber cedido á Móntes su antigüedad en alternativa, contestó con sinceridad:

—Vale más que cuantos toreros he conocido; y á él y á otro que valga más que yo, es mi deber cederles el puesto.